CIRCULO DEL CRIMEN

EL SEGUNDO MAS LARGO

BILL S. BALLINGER



EDICIONES FORUM



Nº 42

Bill S. Ballinger

EL SEGUNDO MÁS LARGO

Planeta

COLECCIÓN BEST-SELLERS

Dirección editorial: R. B. A. Proyectos Editoriales, S. A.

Título original: The longest second
Traducción de Mario Montalbán

Traducción cedida por Ediciones Picazo
Diseño de colección: Hans Romberg
Diseño de cubierta: Neslé Soulé
Primera edición en esta colección: marzo de 1986
Depósito legal: B. 42.102/1985
ISBN 84-320-8671-1

El segundo más largo *fue la novela que más problemas me causó. Empecé a escribirla en 1956, tras trasladarme desde Brooklyn a Manhattan. Yo vivía en el piso superior de un viejo edificio, junto a la esquina de la plaza Universidad y la calle Diez. Corría el rumor de que Diana Barrymore había habitado en aquella misma casa, cosa que aún dudo. Y si fue así, estoy seguro de que nunca se ufanó de ello. Incidentalmente, entre Brooklyn y Manhattan, hice una parada en Conneticut, una experiencia bucólica, donde apenas escribí nada, aunque sí escuché el croar de las ranas. Huí de allí con el ánimo desolado y me dejé el cuaderno de apuntes, no en San Francisco, sino cerca de New Milford.*

Tampoco me gustó la calle Diez, pero no podía romper el contrato de alquiler. Sin embargo, alquilé un pisito, sin agua caliente, en la calle Cuarenta y Nueve Este, entre las Primera y Segunda Avenidas. Desde entonces, el edificio se ha derrumbado, y me alegro por las termitas. No obstante, allí trabajaba a gusto... aparte del hecho de pagar dos alquileres, y de tener a varios conocidos que entraban y salían de distintos hoteles, cuyas cuentas también abonaba.

Aquel piso era prácticamente un club social, habitado por una anciana pareja que vivían con sesenta dólares al mes y sólo comían cebollas fritas; por una bailarina de un espectáculo de Broadway y su amigo que (por suerte) era viajante; una esposa emocional, ya divorciada del propietario de una galería de arte muy famosa, una mujer que escribía para una revista muy conocida, dos coristas, un joven escritor que deseaba pasar por intelectual, aunque jamás ha hecho desde entonces la menor referencia de haber vivido allí; un empleado de treinta años que trabajaba para una compañía de investigaciones atómicas de Nueva Jersey, y una joven viuda con tres hijos. Ocasionalmente, venía alguien más. Sospecho que era la profesión la que poseía el apartamento, que iba de mano en mano. Mas como nadie tenía contrato firmado, no había problemas. El precio era bajo, la situación excelente, y todo

era paz y amor, excepto por los pasillos, que olían tan mal, que al pasar por ellos tenía que apretarme fuertemente la nariz. Una vez en mi apartamento, no obstante, podía poner en marcha el acondicionador de aire.

En estas condiciones, tal vez capté la vida que me rodeaba con demasiado cinismo. Lo que me impulsó a escribir El segundo más largo fue una frase de T. S. Eliot, de uno de sus poemas:

...tiempo pasado, tiempo presente, tiempo futuro.

Esto me dio la idea de la estructura de la novela. Decidí que el protagonista, Victor Pacific, sería la antítesis de Danny April, protagonista de mi Retrato de humo*. Esta decisión se vio apoyada con la lectura de los informes del comité de las Naciones Unidas aparecidos en los periódicos y revistas de aquellos días. Por desgracia, la situación descrita en tales informes, ¡ay!, no ha mejorado desde entonces. Junto con Leo Durosher, había observado que los tipos buenos casi nunca resultaban triunfadores, y empecé a preguntarme qué sucedería si una mala persona trataba alguna vez de comportarse bien. ¿Lograría su intento? No lo creía, o al menos no creía que triunfase. De modo que ¿qué le sucedería a Vic Pacific, que tenía el instinto de conservación de un tigre, si alguna vez realizaba un gesto simpático y noble en su vida?*

Cogí la máquina de escribir, que tenía en la calle Cuarenta y Nueve Este, y la trasladé al nuevo piso con aire acondicionado. No recuerdo cómo la escribí con tanta claridad como Retrato de humo*. Sé que escribía a todas las horas del día y de la noche; que renuncié a muchas invitaciones y que pasé largos momentos de verdadero dolor. Mi existencia personal estaba hecha ruinas y ya pensaba en terminar cuanto antes y trasladarme a otro sitio. Posiblemente, a Tahití. Dos años más tarde, me fui a California.*

Bien, aquí está El segundo más largo*. Por tercera vez empleé la estructura de capítulos alternos en el relato. Una vez la hube terminado, me marché a Grecia.*

Pero esto es otra historia.

Hollywood North, California.
15 de octubre de 1970.

B. S. B.

1

Puede ocurrir que los planetas se queden inmóviles y que la eternidad suspenda su aliento. Un segundo se convierte en toda una vida, y para uno se trata del segundo más largo del mundo.

Cuando me desperté, miré directamente encima de mí, hacia el techo; vi una forma ancha y oblonga, de color blanquecino. En algún lugar de la estancia, una pequeña bombilla ponía una nota luminosa en la oscuridad. Al cabo de un momento, oí el movimiento de cuerpos, el susurro de ropas en el cuarto, y entonces intenté volver la cabeza.

Fue en aquel instante cuando comprendí que me habían cortado la garganta.

El dolor me atenazaba los dos lados del cuello, descendiendo cálidamente hacia el pecho. Jadeé, ansiando absorber el aire.

Al día siguiente volví a recobrar el conocimiento. Encima de la cama colgaba un recipiente de cristal lleno de glucosa, y las gotas iban descendiendo gradualmente por un tubo de plástico transparente hacia el interior de mi brazo. El fluido vertía su vida en mi cuerpo, y no me dolía. Unos pasos suaves, de zapatos con suela de goma, se acercaron a mi lecho, y una cara enmarcada por una cofia de enfermera, me escrutó atentamente. Su cara, larga, delgada y preocupada, prorrumpió en una sonrisa impersonal al ver que yo tenía los ojos abiertos.

—¡Ah! —exclamó; de repente apareció su mano, y sus dedos me tocaron los labios—. No intente hablar. Manténgase inmóvil y volveré con el doctor.

Sus pasos se alejaron y yo continué tendido en la cama, sintiendo el zumbido de mi pulso contra la aguja insertada en mi brazo. Por el rabillo del ojo presentí más que vi un amplio biombo. Al otro lado del mismo, oí los muelles de una cama, y la pesadez de un cuerpo al cambiar de postura. Luego, silencio.

Al cabo de unos minutos, la enfermera regresó seguida por un médico. Ambos se detuvieron a los pies de la cama, y el médico estudió un diagrama sujeto allí. Era joven, de piel sonrosada, y el cabello muy corto, color castaño claro. Parecía excesivamente joven.

De pronto, me asaltó la idea de que yo no sabía mi edad. Ni siquiera cómo me llamaba.

El médico dejó el diagrama y levantó los ojos hacia mí.

—Es usted un hombre de suerte —dijo con voz grave—. No puede darse cuenta, seguramente, de lo cerca que ha estado de la muerte.

Levanté mi brazo izquierdo, el que tenía insertada la aguja; señalé mi garganta.

—Sí —asintió el doctor—, tiene cortada la garganta. ¿Se lo hizo usted mismo?

No lo sabía.

—Por el momento —prosiguió el médico—, no puede hablar. Con franqueza, es posible que no vuelva a hablar jamás.

Me observaba fijamente pero yo no le mostré ninguna reacción particular. Era como si estuviese hablando de otra persona. Me miró. Le devolví la mirada.

Fue la enfermera la que rompió el silencio, en un intento de suavizar el golpe.

—Bueno, esperemos que suceda lo mejor.

El tono era tan optimista como banal.

—Mientras tanto —asintió el joven doctor—, tendrá que permanecer muy quieto. No trate de hablar, no intente mover la

cabeza. De lo contrario, le sobrevendrá una hemorragia. Durante los próximos días le mantendremos bajo el efecto de sedantes. Pasará usted casi todo el tiempo durmiendo.

La enfermera se acercó a la cama, me levantó el brazo, lo frotó con alcohol y de pronto sentí el pinchazo de la aguja hipodérmica. El médico y la enfermera desaparecieron por detrás del biombo. Luego, volví a dormirme.

Tal vez a causa de la morfina empecé a soñar la pesadilla habitual. Al principio fue una pesadilla. Simplemente, la sala del hospital no era la misma estancia. Era otro cuarto, alumbrado tristemente por una bombilla en un rincón. Yo esperaba que apareciese algo por detrás del cono de luz. Nada más. Pero el terror de la espera, la ansiedad del suspense, la anticipación del miedo resultaban opresivos. Nunca había estado tan desesperadamente asustado.

Como si fuese una escena de película proyectada una y otra vez, la pesadilla continuó. Yo seguía esperando, a solas con mi horror. Posiblemente, aguardé en esta pesadilla tres días, porque sólo tres días más tarde volví a ver al médico. Cuando enfoqué en él mis ojos, inclinó la cabeza para contemplarme atentamente.

—Bien, ha dormido usted mucho... sesenta y dos horas —empecé a asentir con la cabeza— ¡No se mueva! —me ordenó tajantemente—. Mantenga la cabeza tan inmóvil como pueda. Creo que ya no existe peligro de hemorragia, pero ha de continuar teniendo cuidado.

Tentativamente, levanté la mano izquierda y asesté el índice hacia él. El doctor me miró fijamente. Bajé el dedo y levanté dos. Repetí la maniobra varias veces. El médico sonrió y asintió.

—Buena idea... ¡excelente! Levante un dedo para decir «sí» y dos para decir «no». ¿Bien?

Levanté un dedo.

—Necesitamos cierta información para la ficha —me explicó el doctor—, de modo que sería conveniente que conteste a mis

preguntas con un sí o un no. Cuando le recogió la ambulancia usted no llevaba ningún documento de identificación. ¿Posee alguno?

Levanté dos dedos: no. El médico pareció sumamente extrañado.

—¿Figura usted en el listín telefónico?

¿Figuraba, sí o no? Ignorando mi propio nombre, no podía saberlo. Ni podía contestar. Desesperadamente, volví la palma de mi mano hacia arriba en un gesto sin compromiso.

El médico captó inmediatamente el significado.

—¿Ignora quién es usted?

«Sí», asentí con el dedo.

—¿Ha perdido la memoria?

«Sí.»

—¿Ha olvidado su nombre y sus señas?

«Sí.»

Se pasó una mano por su cabello castaño.

—¿Trató usted de quitarse la vida? —quiso saber.

Volví a levantar la palma de la mano hacia arriba, para indicar que no lo sabía.

Apartándose de la cama, juntó varias secciones del biombo, apartándolo a un lado.

—Mañana estará usted ya bastante bien para que le vean los policías —me indicó—. Quizás ellos podrán identificarle.

Salió de la sala y durante unos minutos estuve mirando al frente, al espacio existente al pie de la cama, reflexionando. La herida no me causaba mucho dolor, y sí en cambio una combinación de sensaciones. Una era como una quemazón; otra, una molestia. Estas sensaciones no constituían un dolor, al menos no en el sentido literal, no eran difíciles de soportar. Posiblemente, todavía me hallaba bajo el efecto de las drogas.

Sosteniendo la mano ante mi cara, la estudié. No recordaba haberla visto antes, y la examiné cuidadosamente y con curiosidad. La mano era ancha, grande, de dedos fuertes. Las uñas estaban bien cortadas y en buen estado, demostrando el buen cuidado

recibido. La volví, y la palma no mostraba callos de ningún trabajo duro.

El dorso de la mano, tras otra inspección, reveló una sombra de vellosidad, mas la piel era lisa y sin arrugas.

No había utilizado las manos para ganarme el sustento; éste fue el primer hecho que descubrí a mi respecto. Dejé caer la mano sobre la cama. ¿Y mi nombre? ¿Cuál era mi nombre? ¿Quién era yo? Diversos nombres empezaron a pasar por mi cerebro, como surgidos de la nada, sin el menor esfuerzo: Ali Khan, duque de Windsor, Ernest Hemingway, Gary Cooper, coronel Horstman, Adlai Stevenson, Goethe.

El flujo de nombres cesó de repente. Como si hubiese cerrado una esclusa. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba pensando? Los nombres que recordaba, surgidos de ninguna parte, acababan de afluir a mi mente, pero se trataba de nombres que todo el mundo veía o conocía por los periódicos, la radio, la televisión, el cine, y los libros en el curso de su vida cotidiana. ¿Conocía realmente a tales personas, o al menos a algunas? ¿O sólo había oído hablar de ellas?

En mi excitación, luché por estar sentado. Inmediatamente me ahogué, anhelando aire, asfixiándome, y volví a caer contra la almohada.

—Tómeselo con calma —oí una voz al otro lado de la sala—. Ya oyó lo que le aconsejó el doctor.

Al cabo de unos momentos volví a respirar. Llevando mi mirada al pie de la cama y luego más allá, busqué al dueño de la voz. Ante mi vista apareció el extremo de un segundo lecho. No podía ver quién lo ocupaba... Sólo dos pirámides blancas, que eran los pies, bajo las sábanas... La voz volvió a hablar. Era una voz masculina, estridente y desagradable.

—He oído al doctor cuando habló con usted y creo que es mejor que tenga calma y no trate de hablar.

No contesté, naturalmente, y la voz continuó:

—Por estar en la misma sala somos ya compañeros.

Por mi cerebro pasó el destello de otra sala, un aula universitaria, con un techo lleno de vigas y paredes enyesadas. Otro compañero distante y pasado. Pero la escena huyó rápidamente bajo la cascada de palabras de mi nuevo compañero.

—Me llamo Merkle, Edward Merkle. Mis amigos me llaman Ed.

La voz prosiguió su incesante charla. Se convirtió en un murmullo monótono mientras me hablaba de su enfermedad, de su operación. Cerré los ojos, en tanto sus palabras me iban inundando, arrollándome bajo un alud de sonidos. En tanto me iba describiendo cuál era su trabajo, me quedé dormido, a pesar de mi empeño en recordar algo. Pero por el momento, no podía recordar nada.

2

El Precinto ([1]) Octavo de Manhattan está localizado en Mercer, entre las calles Tercera y Cuarta. Es un edificio de cinco plantas, con fachada de piedra gris; cinco peldaños conducen a una portalada doble de madera labrada. Las partes superiores de dicha puerta muestran delicadas obras de hierro forjado, y están flanqueadas por dos lámparas de metal insertas en la fachada. De noche, estas lámparas relucen con una luz verdosa.

El Precinto vigila desde la calle Houston, en el Bowery, por la Sexta Avenida (o Avenida de las Américas), hasta la calle Catorce. Es una zona cosmopolitana, que incluye sectores del Bowery, distritos de fábricas, la Universidad de Nueva York, secciones de Greenwich Village, sin contar la parte inferior de la Quinta Avenida, zonas de tiendas, Washington Square, una parte pequeña de Broadway, e innumerables calles laterales con casitas encantadoras, apartamentos, pisos de alquiler, restaurantes, cafés, bares, algunas salas de fiesta, hoteles baratos, hoteles caros, el Sailor, Snug Harbor, puestos del Ejército de Salvación, un departamento de bomberos siempre muy ocupado, y muchas iglesias.

En el Precinto Octavo trabajan ciento ocho policías de uniforme y dieciséis detectives. Por regla general, el Octavo es un Precinto extraordinariamente sosegado y pacífico, con muy pocos problemas para quienes trabajan en él. Pero ocasionalmente, cuando se comete

un crimen, se presenta un problema interesante, extraño, que satisface a quienes se ocupan del mismo.

Eran aproximadamente las dos de la madrugada cuando llegó el aviso, y el detective David Burrows quedó asignado a él. Hacía el turno de medianoche hasta las ocho de la mañana. La calle Mercer, que a la luz del día no tiene nada que ofrecer como paisaje interesante, de madrugada está oscura, se ve estrecha, muy sucia, y bordeada por edificios melancólicos y almacenes.

Burrows fue en el coche, junto con dos agentes de uniforme, a la dirección indicada, donde se le reunió casi inmediatamente el detective Alvin Jensen, de la brigada de Homicidios del Este. A partir de aquel momento, los dos detectives, Burrows como detective del Precinto y Jensen de Homicidios, colaboraron, integrando sus actividades y compartiendo las responsabilidades.

Tres coches de patrulla se estacionaron en la angosta calle, con sus faros apartando las tinieblas de la fachada de la casa donde se hallaba el cuerpo. A los coches de patrulla se añadió pronto la furgoneta laboratorio de la policía.

Burrows se acercó al cuerpo y lo contempló. Tocó apenas una mano sin vida con la punta del dedo. Respiró y miró a Jensen.

—Parece un señorito.

3

La señorita Pierson penetró en la habitación con un recipiente lleno de glucosa.

—Es hora de otra intravenosa —anunció.

Colgó el recipiente en el poste de metal unido a la cama, y le ensartó el tubo de plástico. Merkle la contempló con interés. Todo lo de la sala le interesaba; se negaba a leer y pasaba el tiempo hablándome.

—Hoy hace una semana que le trajeron a usted —observó, mientras la enfermera metía la aguja en mi brazo.

—Fue de madrugada —le corrigió la joven—, hacia las dos.

—Cuando lo entraron, estaba más blanco que la sábana con que iba envuelto —añadió Merkle. Hizo una pausa y agregó secamente —. Naturalmente, esto no es decir mucho, considerando cómo lavan la ropa aquí.

La señorita Pierson no se dio por ofendida.

—Tal vez preferiría usted lavar las sábanas por sí mismo, señor Merkle.

El aludido movió la cabeza.

—No —rió—. Bien, por mi parte, pensé que se trataba de un fiambre.

La enfermera abrió la pequeña válvula del recipiente, y la glucosa empezó a bajar por el tubo.

—Tuvo usted mucha suerte —me confió— de que el doctor Stone estuviese todavía en el quirófano cuando usted llegó.

Efectué una pregunta con los ojos, que ella interpretó correctamente.

—El doctor Stone es uno de los mejores cirujanos de Nueva York. Había terminado una operación de emergencia, un caso privado suyo, cuando usted llegó. Y accedió a verle a usted —comprobó la caída de la glucosa y continuó—: Sí, puede dar gracias de que el doctor Stone estuviese aquí. Una verdadera casualidad.

Era la primera vez que oía hablar del doctor Stone. Aquel hombre, un desconocido, me había salvado la vida, y yo no sabía si tenía que agradecérselo o no. Quizás había tenido una buena razón para querer morir, y lo ignoraba. El doctor Stone tal vez no me había hecho ningún favor.

Merkle, durante su estancia en el hospital, había captado varios términos médicos que usaba siempre que podía.

—¿Sufría un *shock* muy profundo? —preguntóle a la enfermera.

La señorita Pierson le miró.

—Claro que sufría un *shock*. La herida ya era mala en sí, pero el *shock* era peor.

—Durante dos o tres días —recordó Merkle—, todo el mundo estuvo entrando y saliendo de aquí con plasma y sangre...

La enfermera no contestó y salió de la sala.

—...y haciéndole a usted transfusiones —concluyó Merkle.

Yo ya podía pensar con claridad, aunque no poseía el menor recuerdo más allá de las cuatro paredes de aquella sala. Tres días en *shock* al ingresar; otros tres días de sedantes y drogas; y hoy. Siete días... una semana. A todos los propósitos prácticos, a esto se reducía mi existencia. Antes de esto, nada existía. Yo contaba una semana de edad. Mi cerebro volvió a concentrarse en el día anterior. Mi nombre... ¿cómo me llamaba? Traté de recordar qué había pensado al acordarme del duque de Windsor, de Ernest Hemingway y Adlai Stevenson, pero mis pensamientos fueron interrumpidos por la llegada del doctor Minor.

El médico estudió seriamente el diagrama. Asintió con gravedad y me miró.

—¿Cómo se encuentra hoy? ¿Bien?

Le indiqué que sí.

—Ya veo que está disfrutando de una buena comida —murmuró, señalando la glucosa y riendo el viejo chiste del hospital.

—Sí —exclamó Merkle desde el otro lado del cuarto—, mucho alimento y buen sabor.

—Ciertamente —asintió el médico—, es glucosa de la mejor.

El médico estaba muy satisfecho por su ingenio. A mí no me hizo gracia. En realidad, no me importaba. Minor y Merkle trataban de mostrarse amables. Pero no sé si lo lograban. Podían intentarlo, bien, mas por mi parte hubiese preferido que callasen.

Apareció la señorita Pierson y Minor la llamó. Ella volvió a marcharse y regresó poco después con un tipo moreno y bajo. Tenía los hombros muy anchos y una ligera panza. Su rostro era vigilante, inquisitivo. Miró a Minor interrogativamente.

—¿Empiezo, doctor?

—Creo que sí; mas, como ya le dije, no puede hablar. No intente forzarle o tendrá que marcharse.

El hombre moreno asintió y volvió su mirada hacia mí. Me contempló impasiblemente, a cierta distancia de la cama. Durante un momento se registró los bolsillos y al fin sacó un paquete de cigarrillos. Se puso uno en la boca, aunque no lo encendió.

—Me llamo Santini —dijo finalmente—. Soy detective del Precinto Octavo. He venido a hacerle unas preguntas. El doctor dice que contestará usted mediante signos... *sí* o no. Por mí está bien. Bueno, primera pregunta: ¿sabe quién es?

«No.»

—¿Recuerda algo?

«No.»

—¿Recuerda quién le hirió?

«No.»

—¿Recuerda si se hirió usted mismo?

«No.»

—¿No recuerda dónde consiguió los mil pavos?

«No.»

No sabía que tuviera mil dólares. Sin embargo, esto explicaba ciertas cosas... Por qué gozaba de una sala casi privada, por qué un especialista como el doctor Stone accedió a realizar una operación de emergencia... Los casos gratuitos, especialmente los policíacos, no suelen recibir tal trato.

De modo que tenía mil dólares. Santini escrutaba mi rostro, intentando leer mi expresión. No leyó nada, que era precisamente lo que yo tenía que ocultar.

El detective se quitó de la boca el cigarrillo apagado, lo retorció por los extremos hasta convertirlo en un circulito, lo alisó y volvió a metérselo en la boca.

—Bueno —observó sin dirigirse a nadie en particular—, no es corriente encontrar en la calle a un fulano con la garganta rajada. Sobre todo, si sólo lleva un par de zapatos y está por lo demás tan desnudo como el día que nació.

Me miró de repente. Sus pupilas eran pardas y duras, y sus ojos estaban muy juntos. Daban la impresión de una intensa emoción, de curiosidad, crueldad y reprimida amargura.

Le devolví la mirada. Intuía una animosidad que no comprendía. El detective representaba para mí una amenaza, un peligro, y no obstante ignoraba por qué. No comprendía que mis problemas personales pudieran afectarle. Al fin y al cabo, yo era el herido; posiblemente, me había causado yo mismo la herida, en cuyo caso, no entendía por qué tenía esto que molestarle a él. Finalmente, apartó de mí la mirada y clavó los ojos en el doctor Minor.

—¿Ha visto a menudo tipos con la garganta cortada y mil dólares en un zapato, doctor? —preguntó.

Minor contempló a Santini con expresión de leve disgusto.

—No a menudo.

El detective se encogió de hombros.

—El doctor dice «no a menudo». ¿Y yo? Nunca en mi vida —volvió a concentrar en mí su atención—. Los zapatos no dicen mucho. Hemos tratado de seguirles el rastro... Caros, bien hechos, mejores que los que llevamos los polis. Pero no de artesanía. No, no de artesanía. Se venden pares iguales al cabo del año.

—¿Y las huellas dactilares? —inquirió el doctor Minor—. ¿Y la vieja cicatriz de la espalda?

—¡Ah, sí! Las huellas y la vieja cicatriz —replicó Santini, fingiendo una súbita memoria—. Bueno, hemos buscado en nuestros archivos y no hay ficha de estas huellas. Hemos consultado con el FBI y no las tienen. Ahora estamos buscando en los archivos de la Marina, el Ejército de Tierra y el de Aire, y en los buques en alta mar. Tal vez tengan algo, pero mientras tanto nos vemos precisados a esperar.

Volvió el rostro hacia mí y sus ojos se posaron agudamente en mi cara.

—Yo creo que está usted fingiendo —me espetó suavemente— y que no ha perdido la memoria. Acepto la palabra del doctor de que no puede hablar, pero no creo que no pueda recordar. Usted oculta algo.

—No lo creo así —le corrigió el doctor—. Es muy difícil fingirse amnésico con éxito.

—¿De veras? —replicó Santini con sarcasmo—. ¿Es difícil, cuando uno no habla? —se metió las manos en los bolsillos—. ¡Oh, al diablo! Si un tipo quiere largarse al otro barrio, no tengo nada que objetar. Que se muera, mientras no cause molestias. Pero si no muere, intervengo yo. Tomémoslo de otra forma: alguien le pega una cuchillada y él sabe quién fue y se niega a hablar. Entonces, yo tengo que investigar.

Comprendía el punto de vista de Santini. Pero a mí no me interesaba necesariamente ni hubiese servido de nada discutir con él.

—Naturalmente, la mujer afirma que no le había visto nunca a usted —continuó Santini pensativamente.

¿Una mujer? ¿Qué mujer? ¿A quién se refería? El detective continuaba vigilándome astutamente. Moví los labios, formulando la

palabra «¿quién?»

—¿Quién? —repitió Santini—. ¿Se refiere a la mujer?

«Sí.»

—¿La que le encontró?

«Sí.»

—Bueno, la mujer se llama Hill, Bianca Hill. ¿Le recuerda algo?

«No.»

—Por lo que sabemos, una buena mujer, decente. Lo encontró sangrando en el umbral. Avisó a la policía, se sentó a su lado y mantuvo sus pulgares apretados contra su garganta, hasta que llegó la ambulancia.

Primero, pensé, el doctor Stone que cosió el corte, me salvó la vida... sin duda, por una parte de los mil dólares. Luego, una mujer llamada Hill se sentó en el umbral de su casa y apretó mi garganta con sus manos para impedir que sangrase hasta la muerte. ¿Por qué?

Por fin, Santini encendió el cigarrillo.

—Me largo —anunció—. Volveremos a vernos. Durante unos días, usted no puede ir a ninguna parte.

Aquella tarde, poco después del almuerzo, le dieron el alta a Merkle. Antes de irse me dejó escritos su nombre, señas y teléfono, rogándome que lo llamase. Una vez desapareció, la sala quedó en silencio, completamente sosegada, y no le eché de menos. Me quedé tendido en la cama, inmóvil, dejado que mi mente vagase... Había muchas cosas que recordaba, cosas que flotaban en mi cerebro, mas sin poder conectarlas con nada. Por ejemplo, sabía que me hallaba en Nueva York; conocía la Quinta Avenida, el Empire State Building, Times Square, pero no conseguía recordar si yo vivía o no en Nueva York; ni cómo conocía tales lugares.

Esta cadena de ideas me condujo eventualmente a preguntarme de nuevo mi nombre... Bing Crosby, Pablo Picasso, Charles Lindbergh, el coronel Horstman... ¡El tapón! Otra vez un tapón había cerrado mi mente. Lenta, muy lentamente, volví a repasar los nombres: Crosby, un vocalista; Picasso, pintor; Lindbergh, héroe

nacional, Horstman... ¿quién era Horstman? El nombre del coronel Horstman me resultaba familiar, tanto como los otros, mas no conseguía identificarle. ¿Quién era el coronel Horstman? Sondeé la idea, abordándola directa e indirectamente, no logrando averiguar nada más. Sólo sabía que el nombre de Horstman me era muy conocido; pero ignoraba a quién pertenecía. Era como si existiera en otra dimensión, separado de mí por el tiempo, el espacio, la memoria... y el contacto. Contacto, en el sentido de comunicación, o sea que sólo podía llegar hasta él mediante otro tipo de ideas, con otra mente u otro lenguaje.

No metieron a ningún paciente en mi sala. Aquella noche volví a soñar. Con la misma sala de antes y el mismo cono de luz en el rincón. Yo estaba en el cuarto, aguardando que apareciese alguien por detrás de la luz. Un sudor frío bañaba mi frente mientras aguardaba. En mi sueño estuve al acecho toda la noche... toda la noche esperando que apareciese alguien... o algo. Pero fuese quien fuese, o lo que fuese, no apareció. Sin embargo, al despertarme aquella mañana supe que aparecería alguna vez en mi vida.

4

Con los coches y los proyectores, y toda aquella actividad, la calle estaba viva a las dos de la madrugada. El agente de uniforme conservaba a los curiosos a cierta distancia. Gorman, el forense de la policía, inspeccionaba el cuerpo cuidadosamente, sin cambiarle de posición. Las actividades de Gorman quedaban ocultas a la multitud mediante una lona portátil enmarcada en una especie de caballete.

A unos metros de distancia, Burrows y Jensen aguardaban pacientemente a que el forense terminara su examen preliminar, que sólo podía completarse eficazmente en el laboratorio.

—No parece un trabajo sexual —observó Burrows—, a pesar de que el cuerpo esté desnudo.

—Sí, desnudo por completo, salvo los zapatos —añadió Jensen —. ¿Por qué se habrán tomado la molestia de quitarle todas las ropas, dejando sólo los zapatos y los calcetines?

En el interior de la casa, se oyó un chillido estridente, penetrante, muy agudo. Burrows se estremeció al oírlo.

—¡Jesús! —exclamó—. Esto puede conmigo.

—Sí —asintió Jensen—, es la dama que lo encontró. Gorman le ha administrado una inyección, mas todavía no ha surtido efecto.

—Hablaremos con ella por la mañana —replicó Burrows.

—Seguro. Si tenemos suerte. Por entonces, probablemente que su médico de cabecera la habrá puesto a buen recaudo por una o

varias semanas.

El chillido pareció alargarse en la noche.

Burrows reanudó la anterior conversación.

—¿Crees que significan algo los zapatos? ¿Una especie de símbolo?

—Tal vez. ¿Te acuerdas de aquel individuo.», creo que se llamaba Clinton, que estranguló a tres chicas y siempre insistió en utilizar para la faena un par de medias de nylon de color gris humo?

—Tal vez se trate de eso —asintió Burrows lentamente—, aunque también podría deberse al deseo de ocultar la identidad.

Volvió la cabeza y, haciendo copa con las manos, procedió a encender un cigarrillo. La llamita amarilla refulgió ante su rostro, moldeando sus rasgos entre las sombras.

—Es muy difícil ocultar hoy día una identidad —manifestó Jensen —, aunque tampoco es imposible. Tal vez no se trate de pretender ocultar quién es, sino solamente de ganar tiempo, retrasando la identificación.

Burrows chupó el cigarrillo, enrojeciendo la punta del mismo.

—Supongo que podemos también considerarlo de otra forma —murmuró—. Quizá lo desnudaron para identificarlo rápidamente, en busca de algo que significaba mucho para alguien... —hizo una pausa y agregó bruscamente, encogiéndose de hombros—: Oh, ya sé que es difícil entenderlo...

Jensen ni se mostró de acuerdo ni en desacuerdo. Pasó al otro lado de la lona y contempló al forense. Luego, volvió a reunirse con Burrows.

—¿Qué tal va el doctor? —preguntó aquél.

—Sigue en su trabajo —replicó Jensen.

5

Santini siguió al doctor Minor a la sala.

—En un hospital hay algo que siempre me solivianta —comentó el detective—. No es el dolor, sino una impresión. Sí, todo el mundo aguarda que ocurra algo. Que un enfermo se cure, o que se muera.

—Uno se acostumbra a ello —replicó Minor. Me miró, guiñó lentamente un ojo y volvió a enfrentarse con Santini—. Tenga calma con él —añadió.

Medité sobre aquel guiño. No me gustaba la idea de que Minor creyera que me hacía un favor.

—Lo tomaré con calma —contestó Santini—, pero antes de irse, doctor, dígame qué tal tiene la garganta.

Minor me cogió automáticamente la muñeca, pareciendo ensimismarse; ignoro si consideraba la pregunta de Santini o contaba mis pulsaciones. Luego, el doctor dejó mi mano, se enderezó la bata blanca, y empezó a explicar lentamente:

—Las arterias carótidas están una a cada lado de la garganta... en los extremos, por decirlo de algún modo, cruzadas por las venas yugulares. El nervio laríngeo, uno a cada lado de la laringe, controla las cuerdas vocales. La laringe, como usted sabrá, es la caja de la voz. Debajo de la laringe se halla la tráquea.

Santini seguía atentamente las explicaciones del doctor. Asintió lentamente.

—El paciente —prosiguió Minor— recibió toda la fuerza del golpe en la tráquea, que quedó casi cercenada, aunque podía recibir aire a través de la herida. No habría podido respirar así indefinidamente, aunque no se habría asfixiado al instante. La fuerza del golpe se deterioró en los costados del cuello, mas no sin cortar por completo un nervio laríngeo y dañar considerablemente al otro. El peligro inmediato era la pérdida de sangre resultante de las heridas en las arterias carótidas. Estaba, pues, indicada, y se consiguió, una aplicación local de ayuda, y la intervención quirúrgica inmediata a su llegada al hospital.

—En otras palabras —le interrumpió Santini—, de haber sido el golpe un poco más fuerte, de haber penetrado el cuchillo más profundamente, habría fallecido al instante. En cambio, ahora no puede hablar. ¿Podrá hablar de nuevo?

—A veces —repuso Minor lentamente—, los pacientes recobran el uso, parcial o total, de las cuerdas vocales lesionadas, y mediante práctica aprenden a usar otros músculos en compensación. Pero esto no es lo que podríamos llamar el habla normal.

Santini empezó a retorcer los extremos de un cigarrillo, que luego se metió entre los labios.

—Tal vez sí, tal vez no, ¿eh? —observó.

Se encogió de hombros, sacó un pedazo de papel del bolsillo y lo estudió atentamente. Pensé que estaba fingiendo, y que sabía muy bien lo que había en el papel. Sin embargo, continuó mirándolo, con las cejas enarcadas en profunda concentración, hasta que finalmente me espetó, casi con indiferencia:

—Bien, ya sabemos quién es usted.

No contesté; no podía.

—¿Quién? —inquirió Minor.

Santini se tomó la molestia de leer el informe.

—Nombre: Vic Pacific... Victor, sin segundo nombre ([2]), Pacific. Edad: treinta y seis. Domicilio: Nueva York, lo cual es mentira.

Me miró, esperando que le contradijese, cosa que no hice.

—¿De dónde obtuvo esta información? —quiso saber el doctor.

—El Ejército tenía las huellas dactilares en su archivo —replicó Santini—. Es gracioso, pero el Departamento de Información es muy lento. Bueno, no encontramos ninguna dirección... ni, en realidad, ningún otro dato.

En el fondo de mi cerebro una lucecita parecía indicar peligro, aunque sin saber por qué ni de dónde.

—¿Qué información dio el Ejército? —insistió Minor.

—Pacific afirmó ser huérfano. Hemos comprobado las señas que dio, y hemos descubierto que allí se levanta una fábrica de gas, cerca del East River Drive.

—¿Estuvo en la guerra?

—Seguro. En la Segunda, claro. Buen expediente. Tanques... En el Seiscientos Cuatro. En África. Sargento de primera. Herido. De ahí proviene la cicatriz en la espalda. Hospitalizado allí y dado aquí de alta —deliberadamente, Santini dobló el papel y se lo metió en el bolsillo—. Sin parientes, ni está casado. Tampoco hay ficha policíaca. Una vez dado de alta, cobró su sueldo y desapareció. No pidió jamás los beneficios como veterano, ni atención médica. No volvió a oírse hablar de él, hasta doce años más tarde, con su garganta cortada —me miró con desagrado—. ¿Qué diablos estuvo haciendo todo ese tiempo?

Levanté la palma de mi mano hacia arriba. No lo sabía.

Santini le preguntó a Minor cuándo me darían de alta.

—Tan pronto como pueda comer cómodamente —repuso el médico—. Probablemente, dentro de una semana. Ya está fuera de peligro, y recupera rápidamente las fuerzas. Su mayor problema ahora es poder comer y beber sin molestias. Pronto lo hará.

La señorita Pierson penetró en la sala con otro recipiente de glucosa. Empezó a arremangarme la camisa. Santini se marchó, y Minor quedóse al pie de la cama. Señaló en dirección a la puerta por donde había desaparecido el detective.

—¿Ha dicho ese policía algo que tuviese sentido para usted? —me preguntó.

«No.»

—Quizás irá lentamente recobrando la memoria —continuó el doctor—. No lo intente con exceso ni se obligue a reflexionar muy de prisa. Ya verá cómo, gradualmente, irá conjuntando fragmentos de su pasado. De repente, recordará una información clave y todo quedará bien asentado.

Dio media vuelta y se marchó.

Al menos tenía algo en que ocuparme. Unas cuantas cosas más cada día. Minor, sin embargo, no me permitió abandonar el hospital hasta al cabo de dos semanas. Durante aquellos quince días intenté desesperadamente recordar en qué lío había estado metido. A veces, casi recordaba la noche en que sucedió. En mi memoria, en extraña mescolanza, había un cuarto oscuro, un cono de luz y rostros. En particular, dos caras que siempre estaban presentes, aunque no podía pensarlas claramente, y otras más al fondo. Pero al llegar aquí pensaba: ¿lo recuerdo realmente, o es sólo una parte de mi pesadilla que tomo ahora por real? Mi mente se desviaba por la tangente, y exclamaba para mí: «¡No!»

Lo que ocurrió en realidad fue en un coche. Me acordaba de la carrera, de cómo torcía por las calles... Por desgracia, no obstante, no existía en ello ninguna realidad, e inmediatamente pensaba en otra cosa: en un callejón, un corto tramo de escalones de metal, un paso o un puente elevado, un despacho a oscuras...

Había muy poca diferencia en lo que recordaba porque no existían detalles relacionados con mis inestables recuerdos, y aunque por un momento creía estar a punto de recordar algo importante, mi inteligencia me contradecía. Se trataba de recuerdos que cualquiera podía tener. Podían proceder del pasado, mas no significaban nada para mí.

No podía fiarme de nada de lo que recordaba. Por ejemplo, lo que Santini dijo respecto a mi orfandad. Por algún motivo profundo y básico, por algún oculto instinto, yo sabía que ello no era verdad. Obviamente, también había mentido en lo de mi domicilio. Es imposible vivir en una fábrica de gas. ¿Por qué mentí? Lo ignoraba. Tenía que vivir en alguna parte. ¿Dónde? Un retazo de razón medio

olvidado me dijo que últimamente vivía en Nueva York. Mas ignoraba dónde y con qué nombre.

De noche todo era peor, porque cuando estaba adormilado me resultaba muy difícil, casi imposible, diferenciar entre los sucesos, los hechos casuales, y las fantasías y los sueños. ¿Cómo podía separar lo que había leído casualmente, lo que alguien podía haberme descrito, mi historia personal o la de otra persona? Yo podía haber residido en muchos lugares de la tierra, o no haber salido nunca de Nueva York. Podía pertenecerme toda la información del mundo, y no saber cuál era la mía.

Traté de formular listas de nombres. Estudié rostros y fotografías de periódicos y revistas. Forcé mi cerebro, buscando y sondeando para recordar un detalle sólido, específico. Lo único que logré descubrir, al parecer, fue que, más allá del día en que me desperté en el hospital, no tenía pasado. Me llamaba Victor Pacific; tenía treinta y seis años, había luchado en la Segunda Guerra Mundial, afirmaba ser huérfano, y residía en una fábrica de gas.

El día en que me dieron el alta, el doctor Minor y la enfermera Pierson acudieron a despedirme. Era a primera hora de la tarde, después del almuerzo, y por entonces ya me alimentaba con harina, sopa, pasteles blandos y leche. El hospital me proporcionó varias prendas usadas y me compraron algo de ropa interior. En mi bolsillo quedaban sesenta y tres dólares y pico... el resto de los mil hallados sobre mi persona. El cirujano y el hospital se habían quedado con el resto. Minor me estrechó la mano.

—Si no se encuentra bien, venga a verme —me dijo.

Asentí y me marché de allí.

—¿Adónde irá? —quiso saber la enfermera Pierson.

Sacudí la cabeza. No tenía la menor idea.

La joven me acompañó a la salida y allí nos despedimos. Fuera, mirando el cielo, vi la brumosa, caliginosa neblina que planea todas las tardes bajo el cielo de Manhattan. No amenaza lluvia; sólo que el cielo parece lo bastante espeso como para asirlo con los dedos. Comprendí que conocía bien aquel clima. Tras descender los

peldaños de la entrada principal y llegar a la acera, me detuve, tratando de decidir qué hacer. Naturalmente, debía encontrar algún sitio donde pasar la noche. Aunque no tenía equipaje, todavía me quedaba suficiente dinero para pagar una habitación, por lo que no tenía que preocuparme de este detalle. Cruzando en diagonal la calle donde estaba el hospital, llegué a la Sexta Avenida. Torciendo al Sur, empecé a andar lentamente.

Al pasar por delante de una tabaquería me detuve y miré el escaparate, preguntándome si me gustaba fumar. No lo recordé, pues era un detalle en el que no había pensado. En el hospital no había echado de menos el tabaco. Entré en la tienda, donde me vi asaltado por el viejo y familiar aroma, y señalé un paquete de cigarrillos que compré. Encendí uno y dejé que el humo descendiese por mi garganta. No tosí, aunque no experimenté ningún placer, y otra vez tuve la ilusión fugaz de una ocasión en que el mismo experimento me había gustado. Decidí que era fumador, si bien había olvidado aquella sensación. Tras meterme el paquete en el bolsillo, arrojé el cigarrillo y seguí calle abajo.

A varias manzanas de distancia, llegué a una calle bifurcada cuyo nombre era Parnell Place. Sólo tenía dos manzanas de longitud. Aquel nombre me resultó familiar y al repasar mi memoria, recordé que Santini, en una de sus entrevistas, la había mencionado como la calle que conectaba con Newton Mews, donde habitaba Bianca Hill, la mujer que me había encontrado herido a la puerta de su casa.

Bruscamente se me ocurrió que me gustaría conocerla. No le estaba agradecido por haberme encontrado, pero podía fingir lo contrario y tener la oportunidad de verla. Experimentaba cierta curiosidad... no como mujer, sino como el último eslabón que me conectaba con mi pasado.

Newton Mews era todavía más corta que Parnell Place, apenas cuatro metros de anchura, con edificios de piedra de dos pisos, apretujados entre sí. La calle estaba empedrada, y delante de las casas había una acera muy estrecha. Anduve lentamente, leyendo los nombres de los buzones. En uno vi el nombre de Bianca Hill.

La casa, bastante ancha para acomodar dos ventanas, además de la puerta, estaba pintada de gris perla. Las ventanas tenían porticones amarillos, y la puerta era de laca negra. El único peldaño estaba bordeado a cada lado por una delicada pieza de hierro forjado de blanco.

Tras presionar el timbre, esperé varios minutos hasta oír unos pasos. Se abrió la puerta, y durante algún tiempo la mujer me miró sin reconocerme. Luego, su rostro se iluminó y me asió la mano.

—¡Caramba, sí! —exclamó impulsivamente—. ¡Usted es el hombre que estaba herido!

Asentí. Por entonces, ya tenía costumbre de llevar una libreta y un lápiz que utilizaba para escribir mensajes. Garabateé mi nombre y una sola palabra: «Gracias.»

—¿No puede hablar? —se apenó. Yo asentí—. ¡Qué lástima! ¡Esto es terrible! Bien, entre, entre, y tomará una taza. ¿Puede beber?

Volví a asentir.

Me condujo al interior de la casa, pasando por una diminuta salita del frente con una repisa de mármol tallado, hasta una habitación bastante mayor que era a la vez cocina y comedor. Me hizo sentar ante una mesa barroca, y corrió al fogón para apartar una cafetera.

—Iba precisamente a tomar una taza, como hago todas las tardes —me explicó ligeramente—, y me encanta tener compañía. Tal vez le gustará un poquito de coñac. ¿Quiere, verdad?

Sacudí negativamente la cabeza y escribí: «Sólo coñac, por favor.»

El café me resultaba demasiado caliente, pues el calor aún me dolía en la garganta. Sin embargo, no creí necesario dar tantas explicaciones.

Dejando dos tazas sobre la mesa, y una botella de coñac, llenó una taza con café, y se sentó a la mesa. Cuando me condujo hasta el comedor, observé que era bajita, apenas mediría metro sesenta, con una figura compacta dentro de un par de pantalones de torero. Cuando se sentó ante mí, comprendí, con cierta sorpresa, que era

muy joven... probablemente no pasaría de los veinticinco años. Tal vez fuese su nombre el causante de que yo pensara en ella como en una mujer madura. O quizá la descripción de Santini, al llamarla simplemente «Hill», fuese responsable de mi error.

Bianca Hill llevaba el cabello peinado hacia atrás, un cabello sumamente negro. En la nuca lucía un aro de plata que recogía el pelo, el cual colgaba después hasta los hombros. Tenía ojos negros, tanto como su cabello, y cuando sonreía, sus dientes eran muy blancos. No era guapa de cara, pero sí sorprendente... y delicada, y en su expresión leí una gran simpatía y amistad, que algún día podía acarrearle una gran desdicha.

Llevó la taza a sus labios y me sonrió, curvándose los ojos hacia arriba casi en una oblicuidad oriental.

—Señor Pacific —observó—, es un nombre bonito. Me alegro de que haya venido a verme. He pensado mucho en usted. Una vez llamé al hospital y me contestaron que se estaba recuperando rápidamente.

Asentí y probé el coñac. Las manos de la joven atrajeron mi vista. Eran coloradas, con quemaduras. No eran lindas y desvié la mirada.

—Dígame —me pidió—, ¿vive usted en Nueva York?

Negué con la cabeza y escribí que había perdido completamente la memoria. Sólo conocía mi nombre, sin las señas ni nada relativo a mis familiares.

La muchacha se levantó para llenar de nuevo su taza de café.

—¿No tiene ningún sitio adonde ir? —inquirió lentamente—. ¿Ninguno en absoluto?

«No.»

También sacudí la cabeza.

—¿Tiene dinero?

Saqué del bolsillo los sesenta y tres dólares, que dejé sobre la mesa. Ella comprendió y volví a guardarme el dinero. Sus ojos escrutaron mi rostro inmóvil, mientras sorbía el café.

—¡Qué espantoso! —exclamó al fin—. ¿Puede hacer algo para ganarse la vida? Quiero decir... si recuerda algún oficio... una

habilidad...

«Nada», escribí.

—¿Existe la posibilidad de que mejore algún día?

«Es posible.»

La súbita blancura de su sonrisa animó su cara, y empezó a hablar a borbotones.

—Tengo una idea —me explicó—. Tal vez sea una tontería, y seguramente no duraría mucho. Pero creo que es terrible... imposible... que deambule usted solo por esta ciudad. Sin recordar nada, sin ninguna ayuda... ¿Qué opina usted?

No opinaba. Me encogí de hombros, mas esto no aminoró su entusiasmo.

—Todo el mundo diría que soy una necia-continuó—, sin conocerle a usted, ni saber nada de usted. Sin embargo, creo que la gente tiene que ayudarse entre sí, ¿no? Mutuamente, vaya. Llevo mucho tiempo necesitando ayuda... Fíjese en esto —me enseñó las dos manos rojizas y deformes—. No he podido jamás contratar a alguien para que me ayude —vaciló un momento, y añadió con más lentitud y tono embarazado—: ¿Le gustaría trabajar para mí?

«¿En qué?», garabateé.

Se echó a reír.

—Oh, trabajo en joyería: plata... joyas de artesanía. Lo cual me convierte en platera, ¿comprende? Al menos, platera en parte, porque también trabajo el cobre. Tengo el taller aquí en casa... en el sótano. Vendo cuanto hago a un par de tiendas de la Quinta Avenida. Mi gran problema estriba en no poder realizar muchos objetos porque se tarda demasiado tiempo —volvió a reír—. En consecuencia, no tengo mucho dinero.

Mi nota le explicó que no sabía una palabra de platería.

—No se preocupe —me tranquilizó—, usted podría cuidarse del horno, de encender el fuego, del fundido, del vertido. Yo necesito ayuda —agregó, mirando sus cicatrices—. Así es como me quemo constantemente las manos.

Asentí, mas sin comprender por qué deseaba una mujer ejercer el oficio de platera.

6

Se apagaron las luces detrás de la lona, dejando como una luminiscencia plateada en la negrísima noche. Pero detrás de la lona, Gorman ya había terminado su labor. Inclinó la cabeza y los dos sanitarios se alejaron hacia la ambulancia en busca de la camilla de lona para llevarse el cadáver. Mientras tanto, Burrows y Jensen se reunieron con el forense.

—¿Cuál es su opinión? —preguntó Burrows.

—Es casi imposible opinar nada en estas circunstancias —replicó Gorman—. Sabré mucho más cuando lo hayan inspeccionado en el laboratorio.

—Díganos lo que pueda —le apremió Jensen.

—Bien —murmuró el forense, poniéndose la chaqueta—, gozaba de buena condición física. Debía de contar de treinta y cinco a cuarenta y cinco años de edad. Las facciones están tan cubiertas de sangre que no puede ponerse nada en claro, pero la autopsia de algunos órganos pondrá luz en el caso. Medía metro ochenta o algo más, y probablemente pesaba unos ochenta y cinco kilos.

—¿Ha observado algo especial? —quiso saber Jensen.

—¿A qué se refiere?

—A señales o marcas características.

—Sólo las más obvias en tales condiciones —repuso Gorman testarudamente—. Tenía una vieja cicatriz en la espalda. Como

procedente de un trozo de metralla.

—¿Algo más? —insistió Burrows.

—Ahora no.

—¿Cuánto lleva muerto?

Jensen miró el cuerpo ya.

Gorman consultó su reloj de pulsera.

—Había muerto a las dos, por lo que sabemos. Este trabajo es muy difícil... el cuerpo desnudo, en la calle... Sólo puedo conjeturar.

—Bien, doctor, conjeture —le animó Jensen.

—¡Oh, muchachos! Ustedes me atacarán más tarde si fallo en mis pronósticos o cambio mi declaración —Gorman se mostraba resentido.

Ya le había sucedido antes tener que revisar sus opiniones y no le gustaba verse impulsado a darlas sin una buena base.

—No le acusaremos de nada —prometió Burrows.

—Naturalmente —replicó Gorman—, porque solamente adelantaré una conjetura. Voy a ayudarles ahora, si puedo, pero me reservo el derecho a cambiar de opinión más tarde —los dos detectives asintieron—. Bien —continuó Gorman—, sospecho que a ese tipo lo liquidaron a medianoche. Quizás, incluso, a las once, y a lo sumo a la una. Trataré de ser más riguroso cuando esté en el laboratorio.

7

—¿Qué le parece mi idea? —preguntó Bianca—. Arriba sólo hay dos dormitorios, y uno lo utiliza una amiga que vive conmigo y me paga alquiler; pero abajo, en el taller, existe un gran diván de cuero que pertenecía a papá. También hay una ducha. Usted podría dormir allí y comer aquí. No podría darle mucho, claro, pero sí lo que pueda. ¿Un tanto por ciento de lo que haga, por ejemplo?

Me miró inquisitivamente.

Yo no sabía nada.

—Naturalmente, es usted libre de marcharse cuando guste; sin embargo, esto le dará al menos la oportunidad de buscar algo mejor.

Hasta nosotros llegó el sonido de la puerta del apartamento al abrirse. Luego, oí el taconeo ligero de una mujer en el pasillo. De pronto, en el umbral de la cocina apareció una rubia alta y explosiva. Con los tacones, mediría metro setenta, esbelta, con el cabello peinado hacia atrás en un moño... dejando ver la exquisita regularidad de sus facciones. Al verme se paró en seco. Se paró como helada, y cuando me miró comprendí que sus ojos estaban tan fríos como dos icebergs.

—¿De dónde ha salido éste? —preguntó.

Bianca se echó a reír.

—Rosemary, te presento a mi nuevo socio, empleado, huésped, y hombre que me debe su vida, el señor Victor Pacific.

Rosemary se limitó a contemplarme.

Bianca trató de aliviar la situación.

—¿Has oído hablar de hombres que murieron por una mujer? Pues bien, el señor Pacific no murió por mí, aunque sí estuvo a punto de hacerlo en los peldaños de mi casa —rápidamente puso otra taza de café y un platillo sobre la mesa—. Vamos —le dijo a Rosemary—, acompáñanos. Por lo visto, has tenido un día muy ocupado.

La rubia sentóse lentamente, sin dejar de contemplarme con hostilidad.

—Por favor, cuéntame de qué se trata —le rogó a Bianca.

La joven le contó todo lo ocurrido. Al terminar, Rosemary volvióse hacia mí.

—¿De modo que ha perdido usted completamente la memoria y no puede hablar? —me preguntó.

Asentí. En realidad, no me importaba quedarme o no. Me limitaba a aceptar el ofrecimiento de Bianca Hill porque, por el momento, era igual que estuviese en un sitio que en otro. Era la solución más fácil sobre dónde ir y qué hacer, y además, podía dejar aquella casa cuando mejor me conviniese. Sin embargo, la otra joven me inquietaba. Sabía que me estaba sondeando, como inspeccionándome en busca de algo. Tal vez sólo fuese curiosidad femenina, pero me parecía algo más. Era muy bonita, e indudablemente poseía encanto cuando quería. También era obvio que yo no le gustaba ni se fiaba de mí.

—¡Debes estar fuera de quicio —le espetó Rosemary a su amiga —, o loca del todo!

Bianca sonrió.

—¿Recuerda? —se volvió hacia mí—. Ya dije que todo el mundo me tomaría por tonta.

—Pero, querida —protestó Rosemary—, ¿quién es y qué ha hecho este hombre? Si alguien intentó matarle y no lo logró, tal vez vuelva a intentarlo. Y esta vez tú estarás en peligro, y también yo.

Su objeción me divirtió. Escribí una nota.

«Tal vez me herí yo mismo. Prometo no volver a intentarlo.»

—No le encuentro la gracia —refunfuñó Rosemary, con tono agresivo—. Bien, no sabes nada de este hombre. Ni siquiera quién es ni qué ha hecho. Puede ser un criminal.

—Si Victor fuese un criminal —objetó Bianca, de modo que me pareció muy razonable—, la policía nunca le habría permitido abandonar el hospital.

—¡No le conoces! —continuó protestando Rosemary. Coléricamente, alargó la mano y cogió la botella de coñac, del que se sirvió una ración abundante en su café—. Podría ser un delincuente y haber logrado escapar hasta ahora de la policía.

Tomó varios sorbos de café y concentró de nuevo en mí su atención. Sus ojos estaban tan fríos como antes... o sea totalmente helados.

—Le repito, señor Victor Pacific, que no me gusta la idea.

—Rosemary siempre habla en términos duros —se disculpó Bianca—. Asimismo, es una de las modelos de alta costura más ocupadas de Nueva York. Esta noche está cansada. No le haga caso. Mañana se disculpará.

—¡No, oh, no! —se obstinó la joven modelo.

—¡Yo necesito ayuda, y él hará todo el trabajo duro! —casi sollozó Bianca—. Oh, Rosemary... ¿dónde está tu sentido del humor y la aventura?

—Para algunas cosas carezco de todo sentido del humor —replicó Rosemary con sequedad. Bruscamente, suavizó su tono y acarició afectuosamente la mano de Bianca—. Está bien, Bi, adelante, haz la prueba. Pero —la joven volvió hacia mí sus ojos calculadores y añadió lentamente—: Sin trucos, ¿entendido?

Cogí la libreta y escribí:

«Si pregunta cómo es la gente de aquí, he de contestar que lo mismo que en todas partes.»

Le entregué la libreta a Rosemary.

Lo leyó y enarcó las cejas.

—¿De dónde es esto? —inquirió.

«De Goethe», escribí casi automáticamente.

Esto me sorprendió, pues en realidad ignoraba de dónde era la cita, y no había efectuado ningún esfuerzo especial para recordarla. Estrujé el papel, lo puse en mi bolsillo y le devolví a la joven su mirada, en silencio. Rosemary se levantó y fue hacia el pasillo. Pude oír sus pasos al subir la escalera, unos pasos que sonaban muy altivos.

Bianca suspiró hondamente.

—Sígame, Vic —dijo Bianca amablemente—, y le enseñaré mi taller.

Abrió una puerta de la cocina y dejó al descubierto un corto tramo de escalera que conducía al sótano. Encendió una luz girando un interruptor, y abrió camino.

El sótano era tan grande como toda la casa, formando una sola estancia. En un rincón, bien separados, se veía un horno a petróleo y el calentador de agua. El resto de la habitación contenía una serie de bancos de madera, que llegaban a la altura de la cadera, con altos taburetes. En los bancos de trabajo había estantes y ganchos de donde colgaban diversas herramientas manuales. Firmemente colocado contra un muro había un banco más pesado con varios yunques manuales, muy pequeños, pues el mayor de los cuales no era más grande que mi mano. También divisé una sierra de metal automática, una rueda, como un volante de tope, con diversos elementos, y un recipiente de metal para gas acetileno y una linterna.

Bianca indicó un pequeño horno de ladrillos, aproximadamente de un metro cuadrado, que estaba en el centro del sótano.

—Éste será su trabajo más importante —dijo—. Es el horno de fundición donde fundo la plata y el cobre. Fíjese en los fuelles de abajo —su pie tocó una tabla negra y lisa que sobresalía del horno a unos centímetros del suelo—. Usted moverá esto con el pie, con lo que el fuelle soplará dentro del horno —se llevó una mano a la espalda y sonrió—. ¡Las horas que he pedaleado con esto!

Al lado del horno había sacos de papel que indicaban «cock». Los miré inquisitivamente.

—Sí —afirmó—, quemamos cock. Usualmente, necesito un fuego muy caliente... extremadamente caliente... unos setecientos grados centígrados...

Fue hacia el rincón donde se hallaba el diván de cuero negro, ya viejo. Aquel mueble era casi liso, aunque un extremo mostraba cierta curvatura con un poco de elevación.

Por mediación de la libreta pregunté si yo dormiría allí.

—Sí, y es muy cómodo. He dormido aquí centenares de veces, cuando he trabajado de noche. Le traeré unas mantas y una almohada, que podrá guardar en esa cómoda —me señaló una para guardar herramientas, del tamaño de un zapatero—. Sólo hay dentro unas cuantas herramientas, pero inmediatamente la limpiaré.

Moví la cabeza.

—De acuerdo, lo hará usted —asentí y me sonrió—. ¡Ah, otra cosa! Allí hay un baño con ducha. Todo es suyo —se acercó al pie de la escalera—. Tiéndase y descanse un poco. Le llamaré dentro de una hora para cenar.

La joven empezó a subir la escalera. Cuando estaba a la mitad, se detuvo para mirarme.

—¿Quién sabe? —suspiró—. Quizás estemos volviendo al sistema gremial...

Cuando hubo desaparecido, tomé asiento en el diván. Estaba muy fatigado, y durante largo tiempo me limité a estar sentado. Por fin me puse de pie y encendí un cigarrillo. Volví a sentarme. No ejerció ningún efecto sobre mí. Aunque mi cerebro pensaba en Bianca, no tardó en derivar hacia Rosemary. ¿Rosemary? ¿Rosemary qué? Ni siquiera sabía su segundo nombre. Por algún motivo desconocido, yo no le gustaba a la joven, ni se fiaba de mí. Y hasta cierto punto, yo tenía mis suspicacias sobre ella. Dejé de lado su imagen y me tendí en el diván. Bianca no había exagerado. Era muy cómodo. Mis ojos miraban el techo, pintado de verde. En su centro había una lámpara con dos tubos de neón. Por el sótano había bastante luz regularmente distribuida, sin producir resplandor. Probablemente, era

el sótano más agradable de cuantos conocía... si había conocido alguno. Luego, me dormí.

Bianca y yo estábamos sentados a la mesa redonda del comedor, cenando. Con gran dificultad, conseguí ingerir algunos alimentos y beber un vaso de leche. Rosemary apareció en la habitación, poniéndose un par de guantes blancos. Lucía un lindo vestido negro con un abrigo de visón.

—Estás maravillosa —la felicitó Bianca—. ¿Sales fuera a cenar?

—Sí —asintió Rosemary casi con indiferencia—. He de ver a alguien en el Acton-Plaza —me miró y preguntó—: ¿Sabe dónde está?

Había oído el nombre pero no podía situarlo.

—Es un hotel de la Quinta Avenida —me explicó Bianca.

Asentí.

—Ciertamente, este chico es un conversador formidable —comentó Rosemary.

—¡Esto es cruel! —exclamó Bianca.

Rosemary vaciló antes de replicar:

—Lo siento. Ahora tengo prisa. Volveré temprano.

Se marchó, y oímos el portazo de la calle.

Le escribí a Bianca preguntándole el apellido de Rosemary.

—Martin —me comunicó—. Rosemary Martin. Muy bello, ¿eh? Es gracioso... peculiar quiero decir. Hace tiempo que conozco a Rosemary. Nos conocimos en un desfile de modelos. Yo había accedido a proporcionar algunas joyas para el desfile, y cuando fui a llevarlas la conocí. Inmediatamente nos hicimos amigas y continuamos en contacto. De vez en cuando almorzábamos juntas. Sin embargo, jamás hemos sido amigas íntimas.

Bianca hizo una pausa para tomar un sorbo de vino.

—Ella poseía un hermoso apartamento en la Quinta Avenida, aunque nunca la visité allí. Creo que se ganaba muy bien la vida. De pronto, me llamó un día notificándome que iba a trasladarse, y me preguntó si podía venir a vivir conmigo. No sólo me encantó tenerla, sino que el dinero de su alquiler me ayudó mucho.

—¿Por qué se trasladó? —escribí.

—Me explicó que vivir en aquel apartamento tan lujoso le costaba demasiado dinero, por lo que había decidido ahorrar un poco. Aquí abajo, la vida es mucho más barata que en aquel distrito. Rosemary es muy popular y sede casi todas las noches —Bianca sonrió y añadió—. A cenar. Con esto se ahorra el dinero de las cenas.

—¿Usted no sale? —inquirí.

—No a menudo. Suelo trabajar mucho de noche, y aunque no sea así, al concluir la jomada me siento fatigada. Usualmente, prefiero quedarme en casa... para leer o ver la televisión.

Estaba durmiendo profundamente cuando se encendió la luz del sótano. No sabía qué hora era por carecer de reloj. Pero debía de ser de madrugada, probablemente las dos o las tres. Vi aparecer las esbeltas piernas de Rosemary por la escalera, descendiendo cautelosamente. Se detuvo al pie de los peldaños, balanceándose ligeramente, y mirándome fijamente. Estaba algo bebida. Me apoyé en un codo y le devolví la mirada. Todavía llevaba el vestido negro y el abrigo.

—No sé cuáles son sus planes, Vic —me espetó con voz lisa y baja—, pero tenga cuidado. No quiero que me pase nada. ¿Entendido?

«No», indiqué con el gesto.

—Corte el truco —rezongó—. Buenas noches y felices sueños.

Se marchó hacia arriba.

Aquella noche soñé de nuevo con el cuarto oscuro y el cono de luz. Toda la noche, después de la visita de Rosemary, estuve aguardando en mi pesadilla, bañado en un sudor frío y mortal, una desconocida aparición.

8

Habían quitado el cadáver. Las luces que alumbraban la zona estaban ya apagadas. Gorman se disponía a marcharse. Jensen y Burrows, no obstante, continuaban reteniéndole con su conversación. El forense tamborileaba sus dedos incansablemente sobre el volante de su coche. Estaba ansioso por hallarse en el laboratorio y dar comienzo a la autopsia.

—Recibió un buen golpe —comentó Burrows.

—Una decapitación casi completa —replicó el médico.

—Sí, en el cuello —asintió Jensen—. ¿Cómo lo hicieron? ¿Con un hacha?

—No, no fue un hacha —denegó Gorman—. Un hacha no tiene la hoja bastante ancha para ejecutar tal herida de un solo tajo.

—¿Fue un solo tajo? —inquirió Burrows.

—Sí, por lo que puedo afirmar ahora.

—Debió de ser una buena navaja —observó Jensen.

—Tampoco estoy seguro de que fuese una navaja —objetó el forense lentamente—. Al menos, no un cuchillo ordinario. Un solo golpe como éste requeriría una hoja extremadamente larga y pesada.

—Posiblemente... una bayoneta —apuntó Jensen.

—O un machete —añadió Burrows.

—Algo por el estilo —asintió Gorman—. Bien, debo irme —puso en marcha el coche—. Les enviaré mi informe lo antes posible.

—¿Cuándo? —le apremió Burrows.

—Un informe preliminar, a mediodía —accedió el doctor.

—¡Eh, otra pregunta! —gritó Jensen—. ¿Hizo falta mucha fuerza para propinar el golpe?

—Sí, hizo falta un hombre muy fuerte —replicó Gorman.

Arrancó con decisión, encaminándose calle abajo, mientras los faros del coche alumbraban las casas en la noche.

Jensen y Burrows se quedaron solos, cada cual absorto en sus propios pensamientos. En la calle había un solo coche de patrulla, aguardando pacientemente para conducir a ambos detectives a sus respectivos puestos de trabajo. Todavía no asomaban las luces que preludian el alba. Era la hora solitaria, la más solitaria de la noche.

—Supongo que no le dolió mucho —comentó Burrows finalmente—. Una forma de irse al otro barrio sin sufrir demasiado. Y de prisa, además.

Dio media vuelta y se alejó hacia el coche.

Jensen le siguió. El aire nocturno era fresco y el detective se estremeció. Jensen, lo mismo que Burrows, era un hombre metódico, y consideró la observación de su compañero.

—Sí —asintió lentamente—, una muerte muy rápida. No tanto tal vez como un revólver, pero casi igual. Lo malo es que, de esta forma, se ve venir la muerte.

9

—Naturalmente —estableció Bianca—, es posible comprar plata ya refinada, enrollada y a punto de empleo. Viene en láminas, como las de allí, y en cualquier calibre. Pero lo prefiero fundir y enrollar mi plata. ¿Sabía que la plata pura no lo es en realidad?

Sacudí negativamente la cabeza y continué pedaleando en el horno.

—Pues no lo es. Por cada kilo de plata pura, se han añadido setenta y cinco gramos de cobre, de lo contrario sería demasiado suave.

Abrió el portillo del costado del horno y atisbo en su interior. Dentro, sobre el crisol, resplandecía brillantemente un recipiente de cerámica usado para fundir la plata. Ella asintió con el gesto y cerró el portillo.

—Claro está —continuó—, yo no hago los filamentos. Realmente, ésta es una tarea imposible. Sin embargo, fundo la plata porque así cobro más por las piezas.

Bianca fue hacia una mesa y cogió un colgador en el que se veía el esquema de un brazalete. El dibujo era sencillo y bien ejecutado, con una simple banda de plata. En el centro del objeto había una sola línea que, al principio, me pareció una línea estilizada, de secciones gruesas alternando con delgadas.

—¿Qué le parece? —preguntó, entregándome el dibujo.

No me interesaba especialmente, mas tampoco quise herir los sentimientos de la muchacha. Por tanto, cogí el dibujo y lo estudié. Inmediatamente acudieron a mi memoria las palabras: *Allah ma'ak.* Me quedé inmóvil por la extrañeza, incapaz de comprender mis ideas; volví a posar mis ojos en el dibujo y repetí mentalmente las palabras una tras otra.

Allah, ma'ak, Allah ma'ak, Allah ma'ak.

La línea estilizada del brazalete era una sola línea de escritura árabe con la frase: *Allah mafak,* repetida varias veces.

Al instante intuí que la frase significaba *Dios sea contigo,* y el resto de la frase acudió a mi memoria: *Allah yittawie omrak* (Que Dios alargue tus días).

—Coja las tenazas —me ordenó Bianca antes de poder pensar más— y levante el crisol; luego, sáquelo del horno.

Había un par de tenazas con mango aislante, y con ellas levanté el recipiente de cerámica, lleno de plata fundida.

—Vierta la plata en estas bandejas —me indicó Bianca—, llenándolas exactamente hasta el borde.

La plata se esparció rápidamente sobre las bandejas de hierro.

—Ahora dejaremos que se endurezca hasta que esté a punto para la enrolladora.

Dejando las tenazas a un lado volví a contemplar el dibujo.

—¿Le gusta? —me preguntó ella.

Asentí. Después, fui a un banco y empecé a escribir.

«¿De dónde sacó la idea para el dibujo central?», le pregunté.

—Rosemary tenía un brazalete —me explicó, después de leer mi pregunta—. Un brazalete árabe. En realidad, posee varias joyas valiosas. A mí nunca me han gustado especialmente los dibujos orientales, pero esta línea me dio la idea. La estreché, la enderecé y al final formé con ella un dibujo. Creo que el resultado es interesante.

No dije nada. Yendo hacia la ducha, encendí la luz. En mi interior anidaba el convencimiento de estar a punto de descubrir algo importante de mí mismo. Tenía la sensación de estar pensando, escribiendo y trabajando en un mundo, y este mundo era el presente.

Detrás de mí, perdido en mi memoria, había otro mundo, otra forma de pensar, de hablar, de vivir. Me pareció, sólo por un momento, poder penetrar aquel velo que me rodeaba, poder hallar la respuesta sobre mí mismo.

Mirándome al espejo, examiné mi cara. Era semejante a otras muchas. No era demasiado morena, ni había presente ninguna característica racial, ni nada desusado. Obviamente, yo no parecía árabe, moro, sirio o descendiente de una raza oriental. Bueno, entonces, ¿por qué sabía leer árabe? Apartando la cara del espejo, me dije: *ma'alesh* (no importa). Y me negué a seguir pensando en ello.

Al día siguiente, sonó el timbre mientras estábamos trabajando, y Bianca me rogó que fuese a ver quién era. Abrí la puerta y me encontré frente a Santini. El detective se empujó el sombrero hacia la nuca. Cambiando de idea, se lo quitó de la cabeza y entró.

—Vaya, esto es agradable y simpático —comentó.-¿Quién es usted? ¿La doncella?

Inclinándome levemente desde la cintura, me quedé a un lado y aguardé que siguiese hablando.

—Me gustaría estar seguro respecto a usted —rezongó—. ¡Oh, sí, me gustaría!

Atravesamos el corto pasillo hasta la cocina, y él me preguntó si Bianca estaba en casa. Asentí e indiqué la escalera que conducía al sótano. Santini se acercó a los peldaños y gritó el nombre de la joven.

Al cabo de unos momentos, Bianca apareció en la cocina.

—Lamento molestarla, señorita Hill —se disculpó Santini, aunque el tono no era de excusa—, pero ésta es la primera vez que estamos los tres juntos desde que el señor Pacific... ejem, se sintió indispuesto.

—Sí, lo sé —afirmó la joven.

—¿Por qué vino hacia aquí, tan pronto salió del hospital? —preguntóme el detective.

Bianca se apresuró a ahorrarme el trabajo de escribir.

—Dijo que deseaba darme las gracias.

—Y estaba tan agradecido que ya no se movió, ¿eh?

Bianca enrojeció.

—¡En absoluto! —replicó indignada—. No tenía dónde ir ni en qué trabajar. Por tanto, le contraté para que me ayudase.

Santini buscó mi mirada para la confirmación. No sé por qué me odiaba tanto; aunque ello no me importaba. Para mí, él y sus investigaciones sólo me inspiraban indiferencia. En lugar de conformarme con asentir, le devolví fijamente la mirada. Por fin, Santini volvióse hacia la joven.

—¿Había visto a este hombre antes de aquella noche? —interrogó.

Bianca negó conocerme.

—Está bien —añadió Santini— ¿Y Rosemary Martin?

—Ni siquiera estaba aquí cuando ocurrió el accidente —repuso Bianca.

—No he preguntado esto —se amoscó Santini—. ¿Le había ella visto antes de aquella noche?

—No, que yo sepa. Además, no quería siquiera que se quedara aquí, para ayudarme, cuando se enteró y le vio en casa.

—Una chica lista —observó Santini como para sí.

Levanté la mano, como el alumno que pide permiso para recitar la lección. Santini me miró y yo empecé a escribir.

«Pregunta: ¿sabe cómo llegué aquí aquella noche? ¿A pie? ¿En coche? ¿Cómo?»

—Debió venir en auto —repuso Santini tras leer lo escrito—. Nadie puede andar por la calle totalmente desnudo, ni siquiera en Greenwich Village, sin que alguien lo vea.

—¿Hallaron sus ropas? —se interesó Bianca.

—No, no las hallamos —repuso Santini—. Pudo quedar inconsciente dentro de un coche, donde le arrancaron las ropas.

—¿Por qué dice «arrancaron»? —quiso saber Bianca.

—Porque tenía puestos los zapatos. Es difícil sacar la ropa con los zapatos puestos, especialmente si un tipo está inconsciente.

Desnudaron a Pacific para impedir su identificación —Santini empezó a andar por el pasillo, pero siguió hablando—. Lo que no consigo entender es por qué lo dejaron aquí.

—A aquella hora de la noche —recordóle Bianca— esta calle está desierta y casi a oscuras.

—Hay otros lugares más desiertos y oscuros —objetó Santini—. Después de arrancarle las ropas para impedir su identificación, ¿por qué no dejarle donde tardaran varios días en encontrarle?

—No lo sé —confesó Bianca.

—Ni yo —replicó Santini, marchándose.

Yo lo supe de repente. No me acordaba de nada, pero conocía la razón de haberme arrojado fuera de un coche en Newton Mews. Era un aviso para alguien que me reconocería, aunque no me identificaría públicamente. ¿Cuál era esta persona? No creía que fuese Bianca Hill. Bianca me había encontrado por accidente al regresar a casa. ¿Rosemary Martin? Mas, ¿qué relación podía haber entre ella y yo?

¿Dónde estaba Rosemary a aquella hora? Le escribí la pregunta a Bianca.

—Rosemary —contestó— estaba fuera de la ciudad. En un desfile de modelos de Chicago.

Yo no podía imaginarme a ninguna de las dos jóvenes mezcladas en mi vida, de modo que el aviso no podía ser para ellas sino para otra persona que vivía en o cerca de Newton Mews.

Volvimos al sótano. Bianca cogió un engastador y empezó a trabajar en unos pendientes.

—Vic —murmuró al cabo de un rato—, seguramente podría usted conseguir alguna información del Ejército, o de la Administración de Veteranos en Washington.

Lo dudaba. Incuestionablemente Santini habría realizado las oportunas pesquisas. A menos que se callase sus informes, conocía tan poco de mi pasado como yo mismo. No recordaba con qué hombres había servido; no recordaba a ningún amigo del Ejército; y no era lógico que mis mandos me conociesen lo suficiente como para ofrecer alguna información sobre mí al cabo de tantos años. Pero,

¿y el coronel Horstman? Tal vez fuese amigo mío; posiblemente era uno de mis comandantes. Su nombre fue de los primeros que recordé en el hospital. Mi instinto me decía que en alguna ocasión yo había estado fuertemente ligado a aquel hombre. De poder localizarle, esto me ayudaría.

Mediante la libreta, le pregunté a Bianca si le resultaba familiar el nombre del coronel Horstman.

—No —replicó moviendo la cabeza.

Al menos, esto le eliminaba como figura pública, aunque no significase que yo no hubiese oído su nombre más o menos públicamente. Sin embargo, le escribí a Bianca pidiéndole que llamase a Santini para que se informase, si no lo había hecho, respecto a mí en Washington, y ante todo, respecto al coronel Horstman, a cuyas órdenes debí servir. Ella accedió a llamarle más tarde, pues pensaba que Santini aún no habría regresado al Precinto.

Aquella noche cenamos Bianca y yo solos. Rosemary Martin comía fuera. Solía cenar fuera todas las noches, cosa que pensé que se debía a su deseo de eludirme, pero Bianca me aseguró que no era así. No obstante, Rosemary no solía regresar tarde; usualmente, hacia las diez o diez y media. Esto, a mi modo de ver, no tenía nada que ver con la moralidad y sí con el sueño. La joven necesitaba de ocho a diez horas de sueño diarias para poder cumplir con su trabajo.

Al levantarme de la mesa, me encaminé a la puerta de la casa. Bianca me preguntó si pensaba salir y asentí.

—¿Quiere que le acompañe? —insistió.

Le indiqué que no, y me miró de manera extraña cuando salí.

Tras andar unas manzanas encontré una cafetería.

En la guía telefónica de Manhattan hallé un restaurante especializado en cocina árabe. Garabateé la dirección en mi libreta y, saliendo de la cafetería, cogí un taxi, entregándole las señas al conductor. Mientras iba hacia allí, experimenté una extraña sensación, la anticipación de estar a punto de realizar un

descubrimiento. La sensación casi mística de haber, en algún momento, existido en otro tiempo y otro lugar, de ser otra persona.

El «Jardín de la Abundancia» estaba situado en una calle lateral. La entrada resplandecía de neón, y los parroquianos tenían que subir hasta el segundo piso del edificio. El interior estaba iluminado con una luz triste y gris; el salón estaba desnudo y sin decoración alguna, aparte de las mesas, las sillas y la ventanilla de caja. No había nada en las paredes ni en el suelo. Eran las nueve, y a aquella hora de la noche sólo cenaba allí una media docena de personas.

Varios camareros formaban un grupo junto al muro. Uno me vio y, aproximándose, intentó ofrecerme un asiento en el centro de la sala. Pero yo me dirigí a otra mesa, más cerca del grupo de camareros. El que iba a servirme me entregó la lista de platos escrita en árabe e inglés. Escrutando la parte árabe, señalé café y melón. El camarero abandonó su aire hosco, y me miró con más atención.

- *Mit ahlan wa sahlan* —me dijo. Era una bienvenida.

Escribí en el papel: *Mouta shakker,* dándole las gracias. Volvió rápidamente con una pequeña taza de café turco muy espeso y muy dulzón, con una rajita de melón persa. Dejándolo todo ante mí, se unió con sus colegas.

Mientras sorbía el café y jugaba con el melón, presté oído atento a los camareros. El idioma árabe con sus frases repetitivas, y su cambiante cadencia desde el gutural profundo al trémolo estridente, es un conjunto de sonidos explosivos, terrenal, hondo. Entendí muy poco... sólo unas palabras sueltas de la conversación que, al parecer, era una serie de quejas contra el propietario.

Me di cuenta de que sólo poseía un conocimiento rudimentario de aquella lengua. Debí estudiarla en alguna ocasión, aprendiendo las frases y palabras más corrientes y vulgares, pudiendo entender el idioma si lo hablaban lentamente, utilizando las frases más estereotipadas, mas el lenguaje coloquial y la conversación rápida se encontraban fuera de mi alcance. No poseía la fluidez idiomática. Me pregunté entonces por qué habría querido estudiar árabe.

Según mi expediente militar, yo había servido en África, pasando algún tiempo en el desierto, y siendo más tarde hospitalizado. Lo mismo que miles de soldados americanos. Y sin embargo, ellos no habían aprendido el árabe, aparte de algunas palabras sueltas. ¿Por qué yo sí? Le hice señas al camarero, que me entregó la cuenta y le di una propina. Se inclinó y me espetó:

- *Hallet el-baraka*.

«El baraka aleikum», repliqué con la libreta.

Las frases rituales las entendía perfectamente.

Ya en la puerta, aboné la cuenta en caja y bajé.

Fui andando hacia el Oeste, travesando la ciudad, hasta llegar a la Sexta Avenida. La noche me gustaba y decidí ir andando de regreso al Village. Tardé más de lo que esperaba, siendo casi las once cuando llegué a casa de Bianca Hill. Cuando iba a llamar al timbre, frenó un taxi y del mismo salió Rosemary. Le pagó al conductor y se acercó a la puerta. Por un momento, ambos permanecimos en el mismo peldaño mirándonos fijamente a la cara. En la oscuridad, su rostro parecía extraordinariamente suave, convertido por las sombras y la luna en una máscara. Sólo su boca parecía viva. Negra y retorcida.

—¿Qué espera? —preguntó.

Moví la cabeza. Esperaba porque no tenía llave y no quería molestar innecesariamente a Bianca.

De pronto, coléricamente según me pareció, abrió la puerta y entró. La seguí. Ella subió la escalera. Yo bajé al sótano.

10

El «MPR» llegó a la entrada del Precinto Octavo. En la oscuridad que precede al amanecer, las lámparas de metal, a cada lado de la puerta, relucían verdosamente... alerta contra la maldad de la ciudad. Burrows vaciló momentáneamente antes de salir del coche.

—Bueno, supongo que será mejor empezar a redactar el parte.

Los partes y los informes formaban parte de su vida, pero siempre le resultaban molestos.

—De acuerdo —asintió Jensen—. Yo iré a Homicidios y enviaré mi informe a Manhattan East. Luego, empezaré con el ID.

—Siempre existe la posibilidad de que la familia del fulano lo eche en falta.

Quizá fuese la hora o la noche, porque Jensen sintióse estólidamente filósofo.

—No sé, pero, ¿has observado que estas cosas raras jamás les suceden a los tipos que tienen una familia? No es que los hombres con familia no se metan en líos, pero desde luego, no en esa clase de problemas.

Deliberadamente, Burrows eludió el significado de las palabras de su compañero.

—Seguro —accedió—. Si ese individuo no es de la ciudad, pudo ser secuestrado. Mas no parece rico. Si no vive en la ciudad, posiblemente tardarán más en darle por desaparecido.

—Tal vez nadie lo reclame —observó Jensen.

Burrows abrió la portezuela del coche y salió.

—Hasta luego.

Pegó un portazo y fue hacia el Precinto, en tanto el coche se alejaba. Encendió un cigarrillo y entró. El sargento de guardia levantó la mirada, saludándole.

—Me han dicho que tiene un buen caso —manifestó.

Burrows dijo que sí, que tenía un buen caso, y trepó los escalones hasta el segundo piso donde estaba la sala de detectives.

Sentándose a su mesa, empezó a redactar el informe del homicidio, indicando en la esquina superior derecha «Preliminar y tentativo».

Nombre: desconocido.
sexo: masculino.
señas: desconocidas.
familiares: desconocidos.
edad: 35 a 45 años.
color: blanco.
cabello: castaño claro.
ojos: azules.
peso: ochenta y cinco kilos.
estatura: metro ochenta.
marcas de identificación: cicatriz en la espalda.
dirección donde se halló el cadáver: Newton Mews, 36.
hora de la muerte: 11 noche a 2 madrugada.
método de muerte: puñalada.
testigos: ninguno.
notificado por: Bianca Hill.
dirección: Newton Mews, 36. Nueva York.

Burrows consultó el reloj de la pared. Eran más de las cuatro. Salía de servicio a las ocho de la mañana. Le quedaban todavía

cuatro horas y había trabajado poco. No estaba preocupado; era un hombre cachazudo, y había aprendido un factor muy importante: el tiempo siempre está al lado de la justicia.

11

Gracias a Bianca Hill me había enterado de los nombres de la gente que vivía en Newton Mews. Ella había vivido siempre allí y los conocía a todos, tras heredar la casa de su madre. Las familias que vivían a cada lado de su casa eran los Fairbanks y los Bains. También estaban allí los Cosgroves, Moriss, Janvier, Bryant, MacMurray, y otra media docena. Todos llevaban muchos años en Newton Mews y eran personas respetables, sosegadas y acomodadas.

—Yo soy la oveja negra financiera de la calle —declaró Bianca—. Cuando falleció mamá, me quedé prácticamente sin dinero. Sólo con esta casa. Un año, en vida de mis parientes, estuve en Méjico y aprendí un poco de platería... por divertirme. Luego, decidí probar suerte, ya que siempre me gustó el dibujo. No obstante es muy difícil darse a conocer y apenas si he conseguido salir de apuros. De todos modos, cada vez tengo más pedidos, y me siento optimista.

Por su descripción de los habitantes de Newton Mews, dudé mucho de que yo hubiese podido tener ningún contacto con ellos antes de aquella aciaga noche. Y, sin embargo, estaba convencido de que el ataque perpetrado contra mí era un aviso para alguien que residía en la calle.

Santini volvió otro día. Sólo estuvo un tiempo muy breve.

—Usted cree recordar el nombre del coronel Horstman, ¿verdad? —masculló.

Asentí.

—La señorita Hill me rogó que lo investigase. Bien, Washington asegura que jamás hubo ningún coronel Horstman en el Seiscientos Cuatro en que usted sirvió.

Escribí preguntándole si había consultado todos los archivos militares.

Sus pupilas destellaron de irritación.

—Naturalmente. No ha habido ningún coronel Horstman desde que empezó el siglo. Durante la Guerra Civil hubo un Mayor en la milicia.

Aunque esto pareció finalizar el interés de Santini por el coronel Horstman, no acabó con el mío. Yo estaba seguro de haber conocido a un coronel Horstman.

—¿Cuándo empezará a hablar? —quiso saber Santini.

Me encogí de hombros. No lo sabía. Cuando se hubo marchado, sin embargo, medité en ello. El doctor Minor había dicho que existía una clínica gratuita para pacientes de laringotomía, pacientes cuyas cuerdas vocales habían sido extirpadas mediante operación, debido a un cáncer u otras causas. La clínica la mantenían varios hospitales; de preferirlo, yo podía aprender con un profesor particular, aunque tendría que abonar las lecciones. Como no tenía dinero, decidí asistir a la clínica gratuita. Bianca lo solucionó todo, y empecé a acudir allí dos veces por semana.

El instructor de la clínica me contó que una persona habla, ordinariamente, mediante el uso combinado de los pulmones, la laringe, la lengua y los labios. Si falta la laringe por extirpación, o está muy lesionada, aún es posible que los labios, la lengua y los pulmones, debidamente combinados y coordinados, puedan producir sonidos. No se trata de sonidos naturales, mas pueden ser comprendidos e interpretados. El aire se expulsa por la boca, y los dientes; la lengua y los labios forman un facsímil distorsionado de sonidos semejantes a palabras. Éstas suelen ser inteligibles, aunque

ello depende también de la dificultad que ofrezca la palabra a pronunciar. La clínica empezó a enseñarme a hacer sonidos semejantes a vocales: a, e, i, o, u. Al principio, no pude imitarlas ni remotamente.

Bianca no se opuso a mis ejercicios orales, y continué practicando mientras trabajaba. Durante aquella temporada, experimenté una sensación extraña de pasividad. Era la época de la espera. En mi interior, pese a todo, creía que el mosaico de los días que iban transcurriendo juntaría por fin un dibujo. Entonces, hallaría otras piezas, que añadiría al dibujo existente, y encontraría la respuesta a quién era yo, y lo que me había sucedido.

No sería justo afirmar que estaba contento, pero sí resignado a esperar. Mi trabajo era agradable, y gracias a Bianca había desarrollado cierta habilidad en la soldadura, lo cual eliminaba la monotonía de la fundición y vertido de la plata. Me levantaba temprano, me desayunaba en la cocina, trabajaba durante el día, realizaba mis ejercicios vocales, y me acostaba pronto. Casi todas las noches, volvía a mí la ingrata pesadilla.

Las relaciones entre Bianca y yo fueron cambiando; al menos, por su parte. Comenzó casualmente a preguntarme mis gustos y preferencias. Esto me hizo sentirme incómodo, pues no tenía establecida ninguna preferencia por la comida y otras cosas nimias, prefiriendo aceptarlo todo tal como me lo ofrecían. Ocasionalmente, sugería que fuésemos al cine del barrio. No me opuse a ello, aunque tampoco la alenté, comprendiendo que yo, hasta cierto punto, dependía de su generosidad. Mientras permaneciese en su casa, si esos detalles tenían que aliviar la situación, no me negaría a ellos.

Rosemary, por otra parte, se tornó más irritable. Empezó a regresar más tarde por las noches, y nunca más, desde aquella noche en el sótano, volvió a cambiar conmigo la menor palabra. Jamás la veía a solas, pues siempre era en presencia de Bianca. Mas una tarde, poco después de las seis y media, Bianca decidió ir corriendo a la tienda de comestibles. Me ofrecí a acompañarla, pero

se negó. Tan pronto como estuvo fuera de casa, Rosemary vino a la cocina.

Yo estaba tomando una copa.

—¿Ha salido Bi? —me preguntó.

—Sí... —conseguí articular.

Podía ya pronunciar algunas sílabas, como sí, no, ya y hasta por qué. Cada una de estas palabras sonaba de manera singularmente mecánica.

—¿Sí? —repitió.

Asentí.

—Oiga Vic. Tengo que hablar con usted. ¡Estoy asustada!

—¿Yo?

—No, no estoy asustada de usted —replicó con impaciencia—. Pero usted sabe lo que me asusta. Y quién me asusta.

—No.

Nerviosamente, encendió un cigarrillo.

—Supongo que usted no quiere hablar. He visto su garganta y esto me da repeluznos. Pero usted no es estúpido. Precisamente, lo que siempre admiré en usted fue lo listo que era. Listísimo.

Rosemary sabía algo de mí. Ella era el primer eslabón que me unía al pasado. Experimenté el gozo de la anticipación y, en mi afán por interrogarla, me olvidé de que sólo podía pronunciar unas cuantas sílabas. Por unos instantes, ejecuté unos sonidos ininteligibles.

—Oiga —me interrumpió la joven—, ellos saben que estoy aquí.

—¿Por... qué?

—Porque... bien, ¿por qué supone que lo dejaron ante la puerta?

No se molestó en aguardar mi respuesta, sino que continuó vivamente:

—Y saben que usted no ha muerto. Y yo estoy muy asustada... ¡petrificada! Estando nosotros dos juntos, obtendrán la respuesta... y nos atraparán. Yo no quiero esperar más.

El sonido de la puerta de la calle anunció el regreso de Bianca. Rápidamente, Rosemary puso una llave larga y aplastada en mi

mano.

—Tome —murmuró—. Guárdela —se apartó de mí y añadió por encima del hombro—: Ya sabe cómo encontrarme.

Al entrar Bianca, estábamos separados por todo el ancho de la habitación.

—Bi, querida —exclamó Rosemary— ¿todavía vas de compras a esta hora de la noche?

Su voz sonó muy tensa.

—No me importa —replicó Bianca.

—He de salir inmediatamente —anunció Rosemary—. Ni siquiera me molestaré en cambiarme. Buenas noches —agregó, mirándome directamente.

Sus pasos murieron por el pasillo, y luego se cerró la puerta de la calle.

—¡Qué extraño! —se quejó Bianca—. Yo no he despegado los labios y parece enfadada.

Aquella noche, más tarde, sonó el teléfono. Bianca y yo estábamos sentados a la mesa redonda escuchando unos discos. Llamaba Rosemary, que habló con Bianca. Presté poca atención a la conversación, pero cuando Bianca volvió a sentarse, tenía el semblante descompuesto y asombrado.

—¿Se pelearon usted y Rosemary mientras estuve fuera? —preguntó.

Contesté que no.

—Por teléfono, acaba de comunicarme que se marcha por una temporada. Ni siquiera volverá esta noche en busca de los vestidos.

«Con uno solo no puede ir muy lejos», escribí en mi libreta.

—Rosemary ha dicho que tiene guardadas otras ropas en un lugar donde las recogerá mañana —bruscamente, su rostro se tornó meditabundo y me miró fijamente, desde el otro lado de la mesa—. Honradamente, Vic, ¿hay algo entre usted y Rosemary?

—No.

—Siempre me ha parecido que Rosemary estaba angustiada con respecto a usted. No lo entendí nunca porque le aprecio a usted

mucho. Y pensé que tal vez los dos se conociesen.

«No recuerdo haber visto nunca a Rosemary antes de venir a esta casa», escribí en la libreta.

—De haberla conocido —reflexionó Bianca— ¿por qué Rosemary habría de fingir lo contrario?

Lo ignoraba, aunque recordé algo que deseaba preguntarle a Bianca. Lo hice mediante el cuaderno.

«¿Está segura de que la noche en que casi me asesinaron estaba Rosemary en Chicago?»

—¡Oh, sí! —me aseguró Bianca—. Me llamó desde allí aquella misma tarde. Quería que le enviase por correo aéreo varias cosas que se había olvidado de meter en su maleta. Le propusieron el desfile tan de prisa que prácticamente no tuve tiempo de nada.

—¿Por qué?

—Bueno, no lo había solicitado. Y el día en que las modelos iban a Chicago, una se puso enferma. En el último momento, el director de la casa de modas llamó a Rosemary. Y ésta tuvo que correr para coger el avión.

—Oh... —exclamé.

Un suceso se había aclarado. Yo había sido utilizado para advertir a Rosemary. Inesperadamente, ella no estuvo presente cuando arrojaron mi cuerpo desde el auto.

12

El amanecer desolado y blancuzco se perfiló lentamente por detrás de los edificios de la ciudad, destacando aquí una escalera de incendios, allí una chimenea. Se insinuó diestramente por las claraboyas y ventanas, pintando puertas y postes.

Burrows sorbía su café. Decidió que su sabor era espantoso a causa del vasito de cartón. Por un momento, consideró la posibilidad de tirarlo, mas cambió de idea y decidió bebérselo ya que estaba tan caliente. De pronto, sonó el teléfono de su mesa y alargó la mano para cogerlo.

—Burrows, del Precinto Octavo —anunció.

Era Jensen.

—Acaba de llamarme Gorman, que ha encontrado algo. Al llevar el cadáver al laboratorio, el forense le quitó los zapatos y calcetines para el examen, y en un zapato hallaron un billete de mil dólares.

Burrows digirió a la vez su sorbo de café y este retazo informativo.

—¿Estaba el billete escondido en la suela del zapato? —preguntó.

—No cosido a la suela ni nada por el estilo —replicó Jensen—. Sólo dentro del zapato, con el pie y el calcetín descansando sobre el mismo.

—¿Se trata de una falsificación?

—Parece bueno —comunicó Jensen—. También le hice esta pregunta a Gorman. El billete no está alistado en el Detector de Falsificaciones.

—Dile que nos lo envíe.

—Ya lo hice.

—Un billete de mil cuesta de cambiar. No es posible entrar simplemente en un hotel o una tienda y pedir el cambio. Casi siempre hay que ir a un banco.

—Seguro —concedió Jensen—, y hasta te piden el carnet. Si un tipo tiene un billete de mil dólares, ello significa que sabe dónde cambiarlo. Y también que alguien le conoce.

—Esta mañana obtendré la información de los bancos. Quizás exista una ficha o algo en los archivos —Burrows se tomó otro sorbo de café—. ¿Encontró algo más Gorman en el calzado?

—Aún no. Van a proceder al análisis de la ropa. Probablemente, no hallarán nada, si el fulano iba dando vueltas por las calles.

—Gorman, en su informe, ¿todavía no ha indicado la hora?

—No. Dice que a mediodía.

—De acuerdo.

Burrows estaba fatigado. Él y Jensen colgaron, y el primero se dedicó a revisar los informes del Departamento de Correspondencia.

En los mismos se indicaban los nombres de los últimos fugitivos, delincuentes y personas desaparecidas. Los informes iban encuadernados en portadas negras, y todos los detectives debían aprenderse su contenido de memoria. Pero las listas eran demasiado largas. Y Burrows estaba buscando a alguien que se pareciese a su cadáver.

13

Le di un pedazo de papel al cerrajero, junto con la llave que me había entregado Rosemary. En el papel leyó mi pregunta:

«¿Qué clase de llave es ésta?»

El cerrajero miró apenas la llave. Medía unos siete centímetros de longitud, con menos de un octavo de centímetro de grosor. No había muescas laterales, aunque el borde inferior poseía las usuales dentaciones en el metal. A un lado, grabado había las iniciales KLSK.

—Es la llave de una caja de seguridad —afirmó el cerrajero. Indicó las iniciales—. Fue fabricada por la compañía *«Kingston, Lock Safe Key»* -levantó la mirada hacia mí—. ¿De dónde la sacó?

Le escribí que la había encontrado. Luego, le pregunté si había alguna forma de identificar la caja, a fin de poder devolverle la llave a su propietario.

—Que yo sepa, no —replicó—, a menos que ponga usted un anuncio en el periódico, y aun así, dudo que una persona lograse reconocer a esta llave de otra, a menos que la pruebe en la debida cerradura. De todos modos, podría preguntarlo en un banco. Tal vez ellos conozcan otros métodos.

Para ello, igual daba un banco que otro. Cuando salí de la cerrajería, fui andando por la Sexta Avenida. En la esquina de la Sexta con la calle Catorce entré en el primer banco que encontré, el Cambio de Mercaderes y Químicos, y localicé al vicepresidente

sentado tras un enorme escritorio, al fondo de la sala principal. Tardé algún tiempo en explicarle que había hallado la llave y mi deseo de descubrir a su dueño para devolvérsela. Cogió la llave, la examinó y al final me dijo:

—Existen varias compañías fabricantes de llaves de cajas de seguridad que proporcionan llaves y cajas a los bancos para sus departamentos de depósito. Asimismo, hay varias compañías, no bancarias, que alquilan cajas de depósito a sus clientes. Por regla general, si un propietario de una de tales cajas pierde la llave, le cuesta unos veinte dólares el trabajo de quitar la cerradura y hacer llaves nuevas. Corrientemente, no obstante, a los poseedores de cajas de seguridad se les entregan dos llaves al alquilar la caja, y cuando pierden una, pueden encargar otra por sólo dos dólares. Por tanto, no creo que valga la pena que usted se esfuerce tanto por devolver ésta.

Me hallaba atrapado. Medité sobre la cuestión, considerando todos sus ángulos. Obviamente, Rosemary sabía dónde estaba situada la caja y a quién pertenecía. Mas, ¿dónde estaba Rosemary? Habían transcurrido varios días y Bianca no tenía noticias suyas. Y aunque yo volviese a localizar a la chica, no me diría nada a menos que lo hiciese por propia voluntad. Calmosamente me pasó por la mente la escena de estar yo abofeteándola brutalmente. Esto no me sorprendió; supongo que en ciertas ocasiones, todo el mundo visualiza tales escenas de violencia. En realidad, si la mataba me quedaría sin saber el secreto de la llave.

Decidí que lo mejor era seguir tratando de localizar al dueño de la caja de seguridad mediante mis esfuerzos personales. Más adelante, si Rosemary accedía a procurarme alguna información, llegaría al fondo de la verdad. Quitándome la bufanda que llevaba en torno al cuello, señalé la cicatriz. Todavía estaba muy roja y muy desagradable. Después de haberla mirado atentamente, el banquero fijó de nuevo la vista en su mesa. Volví a escribir en la libreta.

Tras darle a conocer mi nombre, le conté que no tenía familia y había sufrido un accidente de automóvil; testigos de ello la cicatriz y el no poder hablar. Como resultado del accidente, la pérdida de memoria. La llave de la caja de seguridad era mía, pero no recordaba a qué banco pertenecía.

—Seguramente al mismo banco con el que usted trataba de ordinario o efectuaba operaciones —repuso—. ¿Recuerda cuál era?

Negué con la cabeza. Sobre el escritorio había una placa que ostentaba el nombre de C. K. Swan. Escribí:

«Señor Swan, ¿puede hacerme alguna sugerencia?»

Swan reflexionó unos instantes.

—Bueno, primero podría tratar de ver si en algún banco la tienen a usted anotado como depositante. Si localiza una cuenta corriente suya, por ejemplo, probablemente será en el mismo banco donde tenga la caja de seguridad a nombre suyo. Si esto no da resultado, hay en Nueva York una pequeña revista titulada *The New Amsterdam Safe Box News* que circula por casi todos los departamentos de depósitos de bancos y compañías. Le escribiré la dirección, y puede usted dirigirse allí en busca de más información.

—Sí —articulé.

Tras coger su teléfono, Swan llamó al departamento de depósitos del banco.

—Señor Kraft —dijo—, aquí Swan. ¿Podría darme las señas de la *New Amsterdam Safe Box News*? Sí, gracias. Espero

Con el teléfono pegado al oído, Swan atrajo hacia sí un bloc de papel. El bloc llevaba impreso:

...del despacho de
C. K. Swan, vicepresidente del
Banco de Cambio de Mercaderes y Químicos.

Cuando la voz de Kraft llegó a su oído, Swan empezó a escribir en el bloc, pero su pluma estaba seca. Apresuradamente, arrancó la

hoja y cogió un lápiz, escribiendo la dirección. Me entregó la cuartilla y dijo:

—¿Por qué será que cuando necesitas una pluma siempre está seca?

Yo no lo sabía. Sin embargo, asentí cortésmente y escribí en mi libreta:

«Muchas gracias.»

Swan se puso de pie.

—Que tenga suerte —expresó—. Si puedo ayudarle en algo, venga a verme.

Nos estrechamos las manos y salí de la entidad bancaria.

Aquella noche, de manera muy laboriosa, le manifesté a Bianca que cuando llegué al hospital llevaba mil dólares en el zapato. Seguí explicándole que, según toda evidencia, yo poseía bastante dinero antes de ser atacado, y que era posible que tuviera una cuenta corriente o una libreta de ahorros en alguna parte. Por desgracia, si esto era así, me veía incapaz de recordarlo.

—¿No cree que Santini lo habrá comprobado? —preguntó Bianca.

Asentí, escribiendo que seguramente se habría ocupado de este aspecto del asunto, pero que era muy dudoso que hubiese abarcado todos los bancos y cajas de ahorro y, como se trataba de una cuestión poco importante para la policía, no existía ninguna presión especial para obligarles a buscar más. Bianca se mostró de acuerdo conmigo. Sugirió luego que ella podía visitar los bancos, intentando descubrir si yo tenía alguna cuenta, pues era obvio que yo no podía hacerlo.

En Manhattan solamente existen de cuatrocientos a quinientos bancos, incluyendo las sucursales, alistadas en la guía telefónica. Bianca empezó por arriba, mas pronto vimos que obtendría muy poco éxito. Todos los bancos se negaban a dar informes por teléfono. Tras varios fracasos, un banco le indicó que tales informaciones sólo se daban a los negocios establecidos para referencias de créditos.

Mientras ella llamaba, yo estaba sentado a la mesa. Tras dejar el aparato en su horquilla, se me acercó y puso sus manos sobre mis hombros.

—Vic —murmuró con simpatía—, no se desanime. Tal vez se nos ocurrirá otra cosa.

Sus dedos se asieron a mi camisa. La miré a la cara pero la desvió al instante.

Fue entonces cuando me acordé de Merkle. Al salir del hospital, me dejó sus señas, de modo que decidí visitarle. Aquella noche cogí el pedazo de papel donde estaba su dirección y salí de casa. Merkle vivía en un pequeño apartamento de dos habitaciones, situado en el sótano de un antiguo edificio.

La puerta de su apartamento se hallaba bajo un tramo de peldaños de piedra, protegida por una verja de hierro forjado. El orín había oxidado los barrotes, y la verja estaba llena de manchas anaranjadas. Cuando llamé al timbre, abrió el propio Merkle en persona, oteando a la noche. Me reconoció y me invitó a entrar. La salita estaba amueblada con trastos viejos, incluyendo un sofá muy recargado, sillas de anea y una alfombra estilo estera, aunque había un televisor nuevo de pantalla grande. Las mesas, las sillas y los otros muebles estaban atestados de mendrugos, tostadas, platos con confitura, bocadillos a medio comer y frutos secos.

—¡Bien, bien, bien! —exclamó Merkle, sonriendo amistosamente —. ¡Mi viejo compañero de habitación! ¿Cómo está? ¿Se encuentra bien?

—Issss —afirmé.

—¿Eh?

—Issss —repetí, asintiendo.

—Oh, claro, sí... De modo que ha recobrado la voz.

Pensé que era demasiado esfuerzo servirse de un payaso como aquél. Mas, por otra parte, tal vez pudiera ayudarme. Me senté y empecé a escribir. Había cambiado ya la libreta y el lápiz originales por un bloc permanente cubierto por una banda de plástico transparente. Yo escribía en el plástico con un lápiz de madera, y al

acabar levantaba el plástico, con lo que desaparecía lo escrito, pudiendo volver a usar el bloc. Esto eliminaba las hojitas de papel arrancadas y el problema de llevar plumas y lápices diversos en el bolsillo. Intenté explicarle a Merkle que deseaba buscar una cuenta corriente perdida en algún banco. Merkle se refirió al momento a la policía.

—¿Por qué no le ayudan ellos?

Le di la misma explicación que a Bianca, aunque la verdadera razón fuese otra, que no podía dar a ninguno de ambos. De tener yo una cuenta, no sabía de dónde procedía el dinero, y no estaba seguro de que la policía no realizara un descubrimiento poco agradable para mí. Ciertamente, no podía acudir a la policía hasta haber averiguado más respecto a mi persona. Sin embargo, no le dije a Merkle nada de esto y el hombre aceptó mis explicaciones, lo mismo que Bianca, sumiéndose luego en hondas reflexiones.

Como muchas personas solitarias, Merkle estaba ansioso por prestar su ayuda. Y yo, por mi parte, estaba dispuesto a aceptarla, aunque no deseaba ser amigo suyo.

—Creo que ya le dije —expresó al fin— que trabajo para Sampson, Smith y Tobler. Se trata de una gran compañía de ferretería. Reciben pedidos de todas las tiendas del Estado, y llevan un sistema muy aceptable. Verá: envían unas tarjetas postales duplicadas e impresas. Lo único que tiene que hacer el cliente es devolverles una. En la segunda tarjeta hay un recuadro que se arranca y se devuelve por correo. Entonces, ¿por qué no he de coger un buen mazo de tarjetas? Usted podría enviarlas a los bancos, poniendo su nombre como la persona a la que han de devolver el resguardo, y ver qué sucede.

No me pareció mal la idea, salvo que las tarjetas irían a parar a Sampson, Smith y Tobler. Se lo dije a Merkle, el cual descartó mi objeción.

—¿Y qué? —sonrió—. Soy yo quien se cuida de la recepción de las tarjetas, la primera persona que repasa el correo. Me cuidaré de separar todas las tarjetas que lleguen a su nombre, y las romperé, a

menos que sean afirmativas o hagan alguna referencia formal a usted. ¿Qué le parece?

Concedí que nada podía parecerme mejor y quedó establecido que a la noche siguiente iría en busca de las tarjetas.

Era temprano cuando llegué a casa. Bianca me esperaba, y cuando entré en la cocina la hallé sentada junto a la gran mesa redonda, sumida en sus pensamientos, con una copa de coñac en la mano. Se puso de pie, con cierta inseguridad, y me di cuenta de que había bebido demasiado. Esto me sorprendió, porque ella, usualmente, bebía muy poco. Tras vacilar un instante se me acercó y echó los brazos en torno a mi cuello. Inmediatamente, enterró su rostro en mi hombro y sentí el temblor de todo su cuerpo. Me quedé inmóvil, preguntándome la causa de su turbación.

Me soltó y dio dos pasos atrás.

—Hubo una llamada telefónica para usted.

—¿S...sí?

—Pero solamente Rosemary y Santini saben que vive usted aquí.

Esto era cierto, por lo que yo sabía.

—Era una voz masculina. Y hablaba con acento extranjero. Cuando contesté que había usted salido, quiso que le diese a usted un mensaje.

—¿Cuál?

—Me dijo que sólo tenía que pronunciar una palabra... que usted comprendería. No puedo pronunciarla como hizo él, de modo que la anoté en un papel.

Fue a la mesa y cogió una cuartilla. En la misma, estaba escrita en inglés una sola palabra: *Attl.* La miré. Bruscamente, Bianca dio media vuelta, cruzándose de brazos sobre el pecho como para mantenerlo en calor.

—Vic... —murmuró suavemente—, Vic, estoy asustada.

Attl, en árabe, significa *matar.*

También yo estaba asustado.

14

Burrows tenía el turno langosta, o sea de medianoche a ocho de la mañana. Debido a su nueva misión, decidió aguardar hasta más tarde... todo el día, si era necesario, hasta que empezaran a llegar todos los informes y reportajes. No había sabido nada más de Jensen, y por su silencio dedujo que el Departamento de Identificación había fracasado. Era aún demasiado temprano, las ocho para que llegara alguna información de Washington.

Pero no lo era para que Burrows informase al teniente Scott, a cargo de los detectives del Precinto Octavo. Scott llegó puntualmente a las ocho. Llevaba en el Octavo algo más de un mes, adonde le habían trasladado desde el Diecisiete, en el que había servido cinco años. Mediante el sistema de rotación departamental, habían trasladado a Scott a un nuevo Precinto.

Burrows le entregó a Scott una copia de su informe, y rápida y verbalmente, dio a conocer todos los sucesos ocurridos entre las dos y las ocho de la madrugada.

Scott, que estaba abrumado de responsabilidades, pensó:

«¡Qué demonio! Al menos, este caso no será demasiado malo y contiene una novedad.»

—¿Todos los de aquí han tenido oportunidad de ver el fiambre? —le preguntó a Burrows.

—No —replicó el detective—, sólo Jensen, yo y un par de agentes. Gorman tiene el cadáver en el laboratorio.

—Cuando haya terminado, haremos que lo vean todos. Y habrá que sacar fotos y clavarlas en el tablero.

Burrows asintió. Era difícil conseguir que los detectives del Precinto fuesen al depósito a ver un cadáver. Debiendo informar en los tres tumos, a diferentes horas del día, y teniendo que cumplir con sus diferentes misiones, pocos tenían tiempo para tales visitas, a menos que se tratase de un caso espectacular. Preferían, por tanto, efectuar las comprobaciones y exámenes mediante fotos.

—No tardarán en llegar las huellas del departamento fotográfico —manifestó Burrows.

Scott inclinó la cabeza en aprobación.

—Bueno, lo de los zapatos y el billete de mil pueden significar mucho. Por los años treinta, acostumbrábamos a encontrar un cadáver en la calle con un penique en la boca. Durante una temporada, los tahúres muertos llevaban un as de espadas en el bolsillo. A veces, los criminales gustan de esas fantasías dramáticas.

—Esto no parece un crimen vulgar —objetó Burrows—. Los verdaderos delincuentes prefieren siempre la pistola al cuchillo.

Scott se sintió dispuesto a estar de acuerdo con este razonamiento, hasta cierto punto al menos.

—Naturalmente, no creo que se trate de un grupo ni de un sindicato del crimen precisamente —dijo lentamente—. Pero esta faena parece muy bien organizada. No creo que sea obra de un solo fulano. La cuchillada, el haber sido arrojado desde un coche, casi con toda seguridad, y los demás detalles, estuvieron muy bien planeados.

15

—Vic —repitió Bianca— estoy asustada. ¿Quién era el hombre que le llamó?

Me encogí de hombros. Lo ignoraba. Sin embargo, estaba recobrando la calma.

—¿Por qué no duerme esta noche arriba, en el cuarto de Rosemary? —sugirió Bianca—. Ella no está y yo me sentiré más segura.

Con mi bloc intenté alejar sus temores, aunque accedí a cambiarme al piso de arriba. Desde la noche en que se fue, esperaba la oportunidad de examinar aquella habitación; sin embargo, para no asombrar a Bianca, no había aún hecho nada.

—Bien, iré a acostarme —murmuró la joven—. Cuando haya preparado su habitación, le llamaré.

Asentí, y sentándome a la mesa empecé a escribir en el bloc. Bianca me llamó unos quince minutos más tarde. Era la primera vez que estaba en la casa más arriba del nivel de la calle. Una estrecha escalera iba al piso superior, desembocando en un pequeñísimo descansillo. Al otro lado había un cuarto de baño; las otras dos paredes restantes del descansillo, opuestas entre sí, contenían las puertas que daban a los dormitorios. La puerta del de Bianca estaba cerrada.

Encendí la luz del de Rosemary, y miré a mi alrededor. El cuarto era pequeño, con dos estrechas ventanas que daban a la parte posterior de la casa. Estaba atractivamente amueblada con un lecho de columnas, un tocador antiguo, con superficie de mármol, y varias sillas victorianas. A un lado del cuarto había un espejo, con un marco dorado muy recargado, del suelo al techo. Por todas partes había pruebas de ocupación femenina: frascos y cajitas de cosméticos en el tocador, un aroma delicado en el ambiente, un cepillo para el cabello, de plata y marfil, un peine, un espejito de mesa, y un par de zapatillas que parecían atisbar por debajo de una butaca.

Me desnudé con rapidez, apagué la luz y me metí en cama.

—¿Está ya acostado, Vic? —me preguntó Bianca, al oír el crujido de los muelles.

Golpeé fuertemente contra el costado de la cama.

—Buenas noches —me deseó ella.

Deliberadamente, me obligué a dormir.

Desperté, tras haber padecido mi eterna pesadilla del cuarto a oscuras y el cono de luz.

El sudor bañaba mi cuerpo, mas esto no estaba fuera de lo normal. Según el reloj situado junto a la cama, en la mesilla, eran las tres de la madrugada. Me levanté cautelosamente, moviéndome muy lentamente para no hacer crujir los muelles de la cama. Descalzo, crucé el descansillo y apliqué el oído a la puerta, pudiendo oír la respiración profunda y regular de Bianca.

Volví al dormitorio de Rosemary, cerré la puerta completamente y encendí la luz. Sistemáticamente, di comienzo al registro de la habitación. Al abrir el cajón superior del tocador, un olor a madera de sándalo hirió mi olfato. Por un momento, experimenté una gran nostalgia... el recuerdo olvidado de haberlo olido antes en algún momento delicioso. Esta fugaz impresión desapareció tan pronto como había venido, y me quedé solo. Según Nietzsche, bienaventurados son los olvidadizos porque hasta de sus yerros obtienen lo mejor.

Examiné los cajones uno tras otro, sin hallar más que montones de ropa blanca muy perfumada, medias y diversas prendas. En el primer armarito registré los bolsillos de todos los vestidos, de las chaquetas y los abrigos; el interior de los zapatos... todos colocados en una línea recta, cuidada y muy femenina.

Esto me llevó bastante tiempo porque tenía que moverme con sumo tiento a fin de no despertar a Bianca. Fracasado, me senté al borde de la cama y exploré todo el cuarto con la mirada. Directamente encima de la cama había un cuadro al óleo, un original con un marco grande. Me levanté, cogí el cuadro y examiné el dorso; no tenía nada oculto, y devolví la pintura a su sitio. Cuidadosamente, inspeccioné las butacas con sus cojines y sus respaldos; luego, me dediqué a la cama, palmo a palmo, sondeando y probando las columnas en busca de huecos. El único objeto del cuarto que no había examinado era el inmenso espejo. Era sumamente pesado, y no creí que Rosemary tuviera bastante fuerza como para descolgarlo y volver a colgarlo. Pero fui hacia él y lo escruté atentamente.

Finalmente pasé los dedos por los bordes del cristal. Había un papel doblado y pegado con celo dentro del marco. Volví a la cama y leí la nota:

Querido Vic:
Como te conozco, no dudo de que hallarás esto cuando me haya ido. Te escribo por si mañana no tuviera ocasión de verte a solas. Debes de tener buenos motivos para fingir tu amnesia. Ignoro cuáles son tus planes, pero obraré de acuerdo con ellos. Ya he corrido bastantes peligros por ti, de modo que espero mi parte, como prometiste.
Estoy segura de haber visto ayer a Amar y estoy asustada. Puedes ponerte en contacto conmigo con el nombre antiguo en el mismo sitio.
R.

Volví a leer la nota, mas no le encontré ningún significado. No conocía a ningún Amar que pudiera asustar a Rosemary. En alguna ocasión, le había prometido a la chica una parte... unos intereses... Bien, no lo recordaba. Ella tenía otro nombre que se suponía yo debía conocer, y estaría en un lugar que debía de serme familiar.

La nota me confundió, dejándome con una sensación de desvalimiento. El silencio del cuarto me anonadaba, sintiéndome atrapado por los brazos de lo desconocido, por mi propia ignorancia del peligroso pasado.

Por la mañana recordé que Bianca había mencionado en una ocasión el antiguo apartamento de Rosemary Martin. Bianca me dio la dirección, cerca de la Quinta Avenida, y aquella tarde fui a ver si Rosemary estaba allí. El apartamento estaba situado por las calles Sesenta, al Este, y el edificio era bajo aunque con pretensiones. No había portero y el vestíbulo daba directamente a la calle.

El interior estaba decorado con madera y suelo de mármol, con seis buzones brillantemente pulimentados. Examiné cuidadosamente los nombres, sin ver ninguna Rosemary Martin. Los otros carecían de significado para mí: Roache, Townshend, Curtis, Levy, Wainwright y O'Brien. Sin embargo, los anoté todos en un papel. Cuando ya estaba a punto de salir, se abrió una puerta interior del vestíbulo y apareció un caballero de aspecto digno, de unos sesenta años, el cual me miró, me saludó y, abriendo el portal, salió a la calle.

Al cabo de un momento, decidí seguirle. El caballero iba calle abajo, hasta que por fin paró un taxi, en la esquina de la Quinta. No le reconocí, pero me había parecido que su saludo fue algo más que el habitual entre dos desconocidos. Cogí el autobús de la Quinta Avenida, y después salté del vehículo y bajé al Metro, en dirección a casa de Merkle.

Cuando llegué, Merkle ya estaba en su apartamento.

—Tengo las tarjetas —me indicó, invitándome a entrar.

Desde mi visita anterior, no se había limpiado nada. Merkle me entregó una caja de cartón llena de tarjetas impresas. Le di las gracias.

—¿Por qué no se queda a cenar conmigo? —me preguntó.

No me gustaba la proposición, pero me sentía obligado hacia él, y parecía necesitar de manera tan patética un poco de compañía, que accedí a su oferta.

—No comeremos aquí —se apresuró a explicar tan pronto hube aceptado—; hay un buen restaurante en la esquina.

Fuimos al restaurante. Era horrible y la comida resultó peor. Hice lo que pude por disimular, aunque apenas probé los platos. Cuando nos separamos, Merkle me aseguró que no debía de tener el menor temor respecto a las tarjetas. Ya me avisaría si recibía alguna respuesta valiosa de los bancos.

Mientras iba andando por Parnell Place, hacia New ton Mews, tuve la sensación de ser seguido. Esta sensación fue acompañada inmediatamente de un súbito destello de memoria que duplicaba la impresión idéntica de ser vigilado. Por una fracción de segundo, me vi en la cabina de un camión. A mi alrededor, había un horizonte ilimitado de arena que ascendía a la altura de colinas y montañas pequeñas. Cambiando la marcha del camión, aceleré el motor; el vehículo saltó adelante, y detrás mío se produjo una tremenda explosión. Un trozo de metralla penetró en mi espalda. Luego, el recuerdo cesó tan pronto como había venido. Esto era todo lo que recordaba.

Pero tenía la misma sensación, como en mi fugaz recuerdo. Volviéndome rápidamente, miré calle abajo. Estaba oscura y no logré ver a nadie. Esto no me sorprendió, porque a fin de mirar si había alguien hubiese tenido que inspeccionar cuidadosamente las filas de portales a oscuras que se abrían en los edificios. Cosa que no deseaba hacer. Continué mi camino, recordando que Rosemary había visto a alguien llamado Amar. Mis atacantes sabían que la joven vivía en Newton Mews y me habían dejado allí como una advertencia. Como también indicaba ella, sabían indudablemente que yo aún estaba vivo. Y esto quedó confirmado por la llamada telefónica recibida por Bianca. Por tanto, estaba claro que me vigilaban... que alguien me estaba acechando en aquel momento.

Podía considerar varios planes. El primero, era deshacerme de mi perseguidor e intentar desaparecer; pero había varios obstáculos a esta idea. A decir verdad, yo poseía muy poco dinero y ninguna perspectiva de conseguir más. En casa de Bianca me encontraba muy bien. Asimismo, si Rosemary Martin trataba de ponerse en contacto conmigo, y yo desaparecía, no podría localizarme. Quedándome en casa de Bianca, Amar o quienquiera que estuviese interesado en mis acciones, sabiendo donde yo estaba, podría descubrirse... o descubrir sus intenciones.

El segundo plan consistía en dejar que la situación continuase igual por el momento. Y esto decidí hacer.

Me paré de repente, di media vuelta, y regresé a la Sexta Avenida. Al cabo de varias manzanas, llegué a la ferretería que todavía estaba abierta a las nueve de la noche. Entré, pasé por entre dos largos mostradores y me detuve delante de una vitrina llena de cuchillos de buen acero. El propietario aguardó atentamente a que yo eligiese una hoja, delgada y estrecha, de unos veinte centímetros de longitud, con mango de hueso. La señalé e indiqué que deseaba examinarla. La hoja era de excelente acero de Suecia. Atado al mango había una etiqueta con el precio, que aboné al propietario, sacando el dinero de mi disminuido fajo de billetes. No quise que me envolviesen el cuchillo, que deslicé en mi bolsillo, bajo la vigilante mirada del dueño del local. Pero no dijo nada.

Cuando volví a casa, Bianca me preguntó si había cenado. Le contesté que sí.

—Al ver que no regresaba, empecé a inquietarme —manifestó.

Le di a entender que no podía telefonear. Ella convino en ello y poco después se marchó arriba. Aguardé largo tiempo hasta que hubo cesado el ruido de sus movimientos y, quedamente, bajé al sótano.

Apoyando el cuchillo en mi índice, moví la hoja atrás y adelante hasta hallar el punto de equilibrio. El mango pesaba mucho, y con una herramienta hice un hueco en el hueso hasta obtener el equilibrio necesario. Luego, taladrando en un lugar situado justo encima de la

hoja, donde ésta penetraba en el mango, efectué dos agujeros. Los rellené con plata, usando los agujeros para enfriar el metal, hasta que la hoja, en aquel punto, sobrepasó ligeramente el peso del mango.

Manteniendo la mente en blanco, seguí la fórmula de una habilidad olvidada. Instintivamente, mantuve el extremo de la hoja ligeramente entre el pulgar y el índice de la mano derecha, con e] mango hacia abajo. Girándolo velozmente, eché atrás el antebrazo, soltando el cuchillo que describió un arco en el aire, dando una vuelta completa antes de hundirse en un peldaño de madera. No me causó la menor sorpresa, pues sabía que éste sería el resultado. Sin embargo, ignoraba *por qué* lo sabía.

Extrayendo el cuchillo de la madera, apagué la luz y subí al piso. Me dormí con el cuchillo sobre la mesita de noche. La pesadilla quedó levemente alterada aquella noche. Vi el mismo cuarto oscuro con el cono de luz. Seguí aguardando a que apareciese alguien, pero mientras esperaba trataba de sacar el cuchillo del bolsillo de mi chaqueta, llamando a alguien. Me parecía que los dedos no acertaban con el cuchillo, y las palabras que formaban mis labios eran extrañas para mí.

Al día siguiente, puse en las tarjetas los nombres de las bancos sacados del listín, y las envié por correo. Cuando bajé al sótano, encontré allí ya a Bianca.

—Me pareció oírle bajar aquí anoche —comentó.

—Sí.

Aguardaba una explicación que no le di.

—¿Puedo ayudarle en algo? —indagó al cabo de unos instantes.

Contesté negativamente.

Cuando ella subió a almorzar, yo fui hacia uno de los bancos y puse en marcha la muela de afilar. Mantuve la hoja del cuchillo apoyada contra la muela, dejándola como el filo de una navaja barbera por ambos lados. Una lluvia de chispas... rojizas, con puntos alargados como estrellas... danzó a lo largo de la hoja mientras el acero era mordido por la piedra. Fue estupendo.

Cuando levanté el cuchillo, lo sentí perfecto... ligero, equilibrado, listo para saltar. Puse un pedazo de corcho en la punta y envolví la hoja en papel manila; la llevaría así en el bolsillo hasta que tuviera la oportunidad de fabricar una funda. Francamente, no sabía por qué el cuchillo me daba aquella sensación de seguridad y contento; un revólver habría sido una protección mejor y más segura. A decir verdad, no sabía dónde comprar uno, ni cómo hacerlo, pues en Nueva York es ilegal la venta de armas de fuego sin licencia. Sin embargo, esto no me preocupaba porque no deseaba un revólver; me contentaba con el cuchillo.

Más tarde, interrogué a Bianca respecto a Rosemary Martin. Fue un proceso trabajoso, aunque la joven ya era ducha en la interpretación de mis pensamientos y las escasas palabras que podía pronunciar para suplir mi escritura. Quería saber los sitios que a Rosemary le gustaba ir, y dónde se la podía encontrar usualmente.

—Bueno —repuso Bianca—, muchas chicas tienen algunos lugares favoritos adonde ir con los muchachos, como el Stock, el 21 y así... pero a Rosemary jamás le gustaron los clubs. Al menos, eso creo —hizo una pausa y bajó la mirada. Poco después volvió a levantar los ojos—. ¿Por qué le interesa tanto Rosemary? —preguntó. Otra pausa y añadió—: Primero, quiso saber su antigua dirección. Ahora, trata de averiguar dónde va a divertirse.

«Siento que se haya marchado —escribí en el bloc—. No creo que esté enfadada conmigo, pero me gustaría encontrarla para disculparme en caso contrario.»

—Oh, no tema —exclamó Bianca vivamente—. Si está enfadada, ya le pasará. ¿Por qué no se olvida de ello?

—No.

Proseguí mi interrogatorio.

—Rosemary —explicó Bianca a regañadientes— gusta de ir a sitios elegantes para cenar: al Chateaubriand, a Maude Chez Elle, a los mejores restaurantes. Después de cenar, permanece sentada en una breve sobremesa, con una copa de licor y una taza de café, y vuelve pronto a casa. No le interesan los teatros ni los actores.

«¿Cuál era el hotel al que fue varias veces?», escribí.

—¿Se refiere al Acton-Plaza? Era uno de sus lugares favoritos. Es algo anticuado, en el sentido de... bueno, de un buen servicio y la tradición. A Rosemary le gustaba ir allá los domingos a tomar el té.

Era éste el nombre que había intentado recordar. Decidí que empezaría a buscar el rastro de Rosemary Martin en el Acton-Plaza.

16

A las diez de la mañana, Burrows empezó a estar cansado. Por entonces, usualmente se hallaba ya dormido en su casa. La ciudad, a su alrededor, estaba despierta y animada, con los camiones invadiendo las calles estrechas de la parte inferior de Manhattan, los autobuses y los taxis corriendo alocadamente por las principales avenidas, y los muchachos del Precinto Octavo, ocupados en sus deberes, entrando y saliendo como abejas en una colmena.

Burrows se desayunó en un pequeño restaurante situado cerca del Precinto. Cuando volvió, aguardó noticias de Jensen. Mientras esperaba, estuvo ocupado en los interminables informes que parecían inundar sus horas de trabajo: un caso de vandalismo en una tienda; un robo en un apartamento, en el que el ladrón se había llevado una máquina de escribir portátil y una radio; un transeúnte herido por una motocicleta, un incidente con un *voyeur;* un tipo muerto cerca del Bowery...

Sonó el teléfono y lo cogió. Era Jensen, que llamaba desde Jefatura, en la calle Centre.

—Tenemos un ID sobre el fiambre —comunicó Jensen—. Acaba de llegar de Washington.

—¿El FBI?

—Sí, pero procede del Ejército.

—¿Quién era?

—Un sujeto llamado Victor Pacific.

—¿Pacific? —repitió Burrows—. Ese nombre me suena...

—Sí —rió Jensen—, lo mismo me pasó a mí. Pero creo que es por lo del océano Pacífico.

—Seguro —asintió Burrows—, todo el mundo ha oído hablar del Pacífico. Pero a mí me resulta familiar... y como un nombre falso. ¿Quién diablos querrá tener un apellido como Pacific? ¿Por qué no Atlántico o Mar Rojo?

—Bueno, pues ese sujeto se llamaba así. En el Ejército.

—¿Algo más?

—Nada, aparte de sus antiguas señas —replicó Jensen—. Toda la información de su expediente estará aquí dentro de unos minutos.

—¿Dónde vivía?

—En el Treinta y Tres, en el centro del East River ([3]).

—No te entiendo.

—Consta con una dirección de la calle Sesenta y Seis, al este. ¿Estás familiarizado con el barrio?

—Un poco —repuso Burrows con cautela.

—Bueno, esa dirección no existe. De existir, estaría en el centro de la fábrica Con Edison o en el East River. Lo cual significa que este Victor Pacific usaba unas señas falsas.

—Si el nombre era falso y las señas también, ese tipo debía de tener algo que ocultar. Es gracioso que no haya ninguna ficha suya.

—Tal vez fuese un torpedo de corto alcance a punto de estallar cuando empezó la guerra. Quizá no le habían cogido todavía. Y después de la guerra se portó bien. El FBI no tiene ningún expediente suyo.

17

La mayoría de tarjetas para mí, a nombre de Victor Pacific, fueron devueltas por los bancos; al menos, bastantes. Fueron llegando en un período de dos semanas; la mitad de bancos no se molestaron en devolverlas, e interpreté este silencio como la prueba de que no tenían ninguna ficha mía, sobre todo como propietario de una caja de seguridad. Las otras tarjetas, las que fueron devueltas, resultaron ser negativas. Merkle parecía tan desalentado con esto como si hubiese deseado obtener alguna información para sí mismo. Le aseguré que no tenía importancia, y, sin ningún motivo señalado, seguí visitándole ocasionalmente.

Un día, al utilizar la llave de la puerta de casa, me acordé de una palanqueta. Este recuerdo del pasado volvió a mi mente, y con el mismo la certeza de que su posesión era ilegal, incluso para la policía, si bien el FBI las poseía. Es imposible adquirir una palanqueta, pero con la misma facilidad con que sabía vestirme y desnudarme, sabía hacer una palanqueta.

Una palanqueta es un aparato ingenioso, movido por resorte, que inserta una aguja entre las guardas de una cerradura, forzando hasta abrir. Se trata de un aparato muy sencillo, que opera con un gatillo, aunque se necesita mucha práctica para que actúe con buen resultado. Diestramente manejada, un hombre puede abrir con dicha herramienta casi todas las cerraduras y cerrojos.

Hice una lista de los artículos que necesitaba para fabricar una, y se la entregué a Merkle cuando volví a verle. De la ferretería, él podía proporcionarme todo cuanto quisiera a este respecto.

—Seguro —asintió—, se lo traeré todo. No hay nada en contra, pero ¿para qué lo quiere?

Los artículos, en sí, no significaban nada y eran piezas ordinarias de ferretería. Como no deseaba darle cuenta de mis propósitos, eludí la respuesta. Me miró, como si le hubiera lesionado en sus sentimientos.

—Está bien —gruñó al fin—. Todo esto no le costará nada. Lo sacaré del depósito.

Me mostré indiferente a su generosidad; Merkle parecía tener cierta inclinación a los hurtos leves, gozándose en ellos.

Mientras tanto, me impuse el deber de vigilar el Acton-Plaza dos veces al día: a mediodía y por la tarde, a la hora de la cena. El hotel, situado en un gran edificio antiguo, parecía una colmena por sus entradas y pequeños vestíbulos. Su elegancia la constituían fontanas, bancos, plantas, arbustos y corredores alfombrados y sinuosos. En el primer piso había seis comedores.

Me resultaba imposible vigilar todas las entradas al mismo tiempo. Sentía una enorme curiosidad por aquel hotel, pues estaba convencido de que Rosemary Martin aparecería por allí. Yendo día tras día, me limitaba a quedarme en alguno de los vestíbulos, y al cabo de algún tiempo me marchaba.

Una vez hice que Bianca llamara al hotel preguntando si Rosemary Martin habitaba en él. No vivía allí. Sin embargo, Bianca pareció molesta por mi petición, por lo que a partir de entonces hice que fuese Merkle quien telefonease de vez en cuando.

—¿Quién es? —quiso saber—. ¿Una amiguita?

Le di a entender que estaba acertado. Una aventurilla era algo que Merkle podía comprender.

—¿Cuándo la conociste? —nos tuteábamos ya—. ¿Después del accidente? —asentí—. Debe de tener mucha pasta para vivir en ese hotel —comentó—. ¿Tiene alguna amiga?

Contesté que no, que no tenía ninguna. No le expliqué nada más; de todos modos, no quería enojar a Merkle porque pensaba que aún necesitaría probablemente de sus servicios. En realidad, los necesité muy pronto.

Tras redactar un anuncio pidiendo información respecto a una caja de seguridad inscrita a mi nombre, le di a Merkle el anuncio para que lo insertase en el *New Amsterdam Safe Box News*. A la hora de almorzar, Merkle fue a la oficina de la publicación donde dejó el anuncio, pagándolo con el dinero que yo le había entregado para ello. Como la revista sólo se publicaba una vez al mes, tuve que aguardar bastantes días hasta la salida del ejemplar con el anuncio.

Bianca y yo seguíamos ocupados en lo de joyería. Empezaba a gustarme trabajar con metal fundido, con aquella plata negra y fría, y con las delicadas herramientas. De cuando en cuando, siempre que tenía la oportunidad de estar solo en el sótano, sacaba la palanqueta de su escondite y la iba perfeccionando. Eventualmente, cuando estuvo lista, la envolví en un periódico y la escondí debajo del sofá de cuero. Luego, a intervalos oportunos, la sacaba y trataba de abrir las puertas cerradas del sótano. Tardé muchas horas en adquirir la destreza necesaria para utilizarla con éxito.

Bianca no llevaba blusa y pantalones cuando trabajaba en el sótano. Poco a poco, empezó a llevar suéteres y faldas que le daban un aspecto mucho más femenino... y menos artístico o bohemio, para expresarlo mejor. Al principio, me sentí algo aturdido ante aquel cambio de aspecto; no era impersonal. Las relaciones entre ambos tampoco eran impersonales, y las circunstancias de nuestra existencia en común me perturbaban ligeramente. No quería lazos sentimentales, ni obligaciones emocionales, pero me encontraba atado, en contra de mi voluntad, a aquella joven, que parecía desear el amor. Era atractiva, afectuosa, divertida, y me había ofrecido su ayuda cuando más la necesitaba. Y pensando en la ayuda con toda honradez, todavía la necesitaba. Al aceptarla, no obstante, no deseaba asumir ninguna obligación personal. En consecuencia, trabajaba hasta el máximo, dentro de mis capacidades, a fin de no

estar en deuda con ella, aunque comprendía que pronto tendría que abandonar la casa de Bianca.

Todavía no había llegado el momento, aunque sin duda no tardaría en llegar... lo cual dependía de Amar. Verdad que yo no me acordaba de tal sujeto, ni le reconocería caso de verle, pero él era el responsable de la amenaza, de la persecución que se cernía sobre mí, y llegaría el día en que tendría que escapar a su vigilancia. Y aquel día yo desaparecería.

Mi tiempo y mi paciencia se vieron al fin debidamente recompensados cuando logré hallar el rastro de Rosemary Martin en el Patio Victoriano del hotel Acton-Plaza. Se trataba de un patio altamente adornado, con muchos espejos, muchos mármoles, en donde mucha gente de alto copete se citaba para tomar el té. Al aproximarme por uno de los corredores que corren paralelamente al Patio, Rosemary salía por una puerta situada enfrente de una serie de ascensores. Me apresuré, mas no pude llamarla ni llegar hasta ella, antes de que se metiera en una de las cabinas. Furioso, me quedé delante del indicador de pisos, contemplando con creciente enojo cómo la aguja indicadora se detenía en el tercero, el noveno y el decimoquinto pisos. Rosemary había abandonado el ascensor en una de las tres paradas.

Cuando el ascensor volvió al vestíbulo, estudié con cuidado el rostro del ascensorista, a fin de reconocerle en otra ocasión. Era inútil preguntarle en aquel respecto al joven, por intermedio de mi bloc de preguntas, puesto que el ascensor estaba en constante servicio, y el mozo no tenía tiempo para contestar a mi trabajoso interrogatorio.

Como Rosemary no llevaba abrigo, estaba seguro de que vivía en el hotel. Un retraso hasta conseguir una fotografía suya carecía de importancia, pues con la foto se simplificaría enormemente el interrogatorio del ascensorista. Cuando volví a casa le pregunté a Bianca si tenía algún retrato de su amiga. No tenía ninguno. Le expliqué lo ocurrido en el hotel y por qué necesitaba la foto.

—Tal vez podría conseguirla en la casa donde trabajaba como modelo —sugirió Bianca—. La agencia que le proporcionaba trabajo se llama Gaynor.

Por la mañana, Bianca misma telefoneó a la agencia. Hacía algún tiempo que no sabían nada de Rosemary; la joven no estaba en contacto con ellos ni había conseguido trabajo por su mediación. Había fotos en los archivos de la agencia, que utilizaban con propósitos laborales, y Bianca obtuvo permiso para quedarse con una foto de Rosemary Martin.

—Pasaré a buscarla —concluyó por teléfono—, o tal vez enviaré a alguien en mi nombre, si no les molesta.

Los de la agencia dijeron que no les molestaba.

En la agencia Gaynor había un gran salón repleto de butacas, sillas y bancos ocupados por hombres, mujeres y niños en todas las fases de belleza, distinción y edad; esperaban una entrevista, para ser elegidos como modelos. El retrato de Rosemary Martin, dentro de un sobre de manila, me aguardaba ya en la ventanilla de información; en la foto se la veía elegante, lujosa, y sensualmente deliciosa. Me pareció una excelente interpretación de su personalidad.

Volví al Acton-Plaza. Antes de interrogar al ascensorista, escribí en mi bloc:

«¿Vive esta huésped en el piso 3, 9 ó 15?

Cuando bajó la cabina, aguardé hasta que hubieron salido los pasajeros y me aproximé al mozo. Empecé por entregarle un billete de cinco dólares. Se lo metió en el bolsillo y le di la foto junto con la pregunta preparada de antemano. Tras contemplar la fisonomía de Rosemary y leer el papel, asintió.

—Sí, en el noveno.

«Sabe el número de su habitación?», escribí de nuevo.

Contestó negativamente, no lo sabía.

Entró una pareja de edad en el ascensor, seguida por varios pasajeros más. Todos se mostraban impacientes por llegar a su piso.

Sólo tenía tiempo para otra pregunta. Escribí velozmente y le entregué el bloc.

«¿Sabe cómo se llama?»

—No, en absoluto —replicó, devolviéndome el bloc y cerrando la puerta del ascensor en mis narices.

Guardándome la foto, fui hacia el vestíbulo principal donde se hallaba la conserjería. Le enseñé al conserje la foto, y le pregunté si una joven como aquélla estaba inscrita en el piso noveno. Después de leer mi pregunta contestó que lo ignoraba y me rogó que le dijese su nombre; yo no lo sabía, por lo que ambos nos vimos en un callejón sin salida. Era obvio, naturalmente, que Rosemary no utilizaba su verdadero nombre, si Rosemary Martin lo era.

Sin embargo, volví a los ascensores y cogí uno hasta el piso noveno. Al salir, permanecí un momento tratando de trazar un plan, y, al mismo tiempo, grabar en mi cerebro el plano del piso. Por desgracia, no había ninguna ventanilla de información donde poder preguntar. El plano del piso era semejante a un gigantesco tendido eléctrico. Un corredor principal corría a lo largo de los cuatro costados del piso; otros dos corredores menores iban en dirección horizontal, y otros en dirección vertical, dentro del rectángulo principal. En tres de los cuatro corredores había ascensores, siendo por tanto imposible elegir una posición central desde donde ver a la vez todos los ascensores y todos los pasillos. Rosemary Martin podía llegar al noveno piso por cualquiera de los tres rincones del vestíbulo, y salir del ascensor en cualquiera de los tres corredores.

Obviamente, no podía pasar mucho rato deambulando por el piso sin despertar sospechas, ni podía interrogar a las camareras sin que una de ellas lo comunicase a la dirección. Decidí no quedarme en el piso, por lo que bajé y salí del hotel.

Aquella noche visité a Merkle y me contó que había llamado al *New Amsterdam Safe Box News,* donde había una respuesta a mi anuncio. Parecía extremadamente complacido, y atrasó sus labios, sobre sus dientes manchados de nicotina, para sonreír.

—Iré allá mañana, a la hora de almorzar, y recogeré la respuesta.

Era muy amable al ofrecerse, pues a mí me resultaba difícil presentarme en lugares desconocidos y hablar con alguien, ni siquiera por razones simples. Mi habilidad de pronunciar algunas palabras monosílabas a lo sumo y la escritura de las preguntas en combinación con aquéllas me convertían en objeto de curiosidad. Como mis esfuerzos atraían miradas de sorpresa y después de simpatía, que no deseaba, procuraba evitar estas situaciones embarazosas en lo posible. Cuando las circunstancias eran ineludibles... como en el caso del ascensorista del hotel, actuaba yo, mas siempre que podía, delegaba en mi lugar a Merkle o Bianca. Le agradecí a Merkle su amabilidad y convinimos en que a la noche siguiente iría á su casa a buscar la carta.

A la noche siguiente, después de cenar, llegué a su apartamento y observé que la puerta de la verja estaba entreabierta. Llamé, empujé la puerta y entré.

Merkle estaba sentado en su desvencijada butaca, con una tremenda herida en la cabeza, sobre la sien. Un reloj antiguo, instalado sobre una mesa atestada de mil objetos, indicaba un poco más de las nueve. Merkle solía llegar a casa a las seis y media, según aprecié en las diversas ocasiones en que habíamos cenado juntos, por lo que deduje que debía llevar muerto sólo dos horas y media a lo sumo. La sangre del respaldo de la butaca, de sus hombros y de la alfombra ya estaba seca.

Tenía el cuello de la camisa arrugado, y alguien le había apretado fuertemente la corbata... aunque no lo bastante para estrangularle. Por lo visto, lo habían asido por la garganta, en un apretón poderoso, lo habían empujado hacia la butaca y le habían propinado un formidable golpe encima de la sien. Por un instante, me pareció recordar aquella mano, y mis dedos temblaron al tocar el cuchillo dentro del bolsillo. Sí, lo llevaba conmigo. La frialdad impersonal del acero me tranquilizó y reanudé mi examen.

La herida había sido causada con un objeto pesado, probablemente de metal. No es posible dejar huellas dactilares en un cuerpo o en las ropas, por lo que no vacilé en registrar los bolsillos de Merkle con el fin de encontrar la carta en respuesta a mi anuncio al *New Amsterdam Safe Box News.* No estaba allí. Al registrar el apartamento, no obstante, me mostré más cuidadoso y trabajé con la mano derecha envuelta en mi pañuelo.

El terrible desorden y la enorme suciedad del apartamento del pobre Merkle fueron una suerte y un obstáculo, a la vez, para mi inspección. Había pocos sitios donde Merkle pudiese archivar o esconder algo, pero sólo tenía que dejar un sobre en cualquier parte para que desapareciese en la confusión general. Sin embargo, mi registro no dio el menor fruto. Antes de marcharme, apagué las luces y, siempre con el pañuelo en la mano, borré mis huellas de la puerta y la verja, y cerré cautamente.

Honradamente, apenas sentía la muerte de Merkle. La vida que llevaba y el porvenir que le esperaba no constituían ninguna perspectiva halagüeña para un ser humano. Se limitaba a respirar, a comer para que sus órganos siguiesen funcionando, y esto no es vivir sino vegetar. Tal vez Merkle fuese feliz así; por lo menos, no era desgraciado.

Tampoco pensé que debía asumir yo la responsabilidad de su muerte. Merkle me había ofrecido su amistad sin desearlo yo especialmente, aunque la había aceptado, y habíase encargado de recoger la carta sin habérselo yo pedido expresamente. Lo cierto era que yo había aceptado su amistad por motivos de conveniencia, y no creía haber traicionado a Merkle ni en vida ni en muerte. Era un ser humano débil, tonto, un necio y, lo mismo que todos los seres humanos, había muerto. Sin embargo, había muerto de un golpe en la cabeza en lugar de pulmonía o una infección renal.

Por la calle, saqué el cuchillo de su funda, empuñándolo con el mango dentro de la mano y la hoja oculta en la manga de la chaqueta. Era posible que no descubriesen el cadáver de Merkle en algún tiempo, posiblemente en varios días. Pero no sabía si su

asesino había hallado la respuesta a mi anuncio. Podía haber matado a Merkle accidentalmente antes de hallar la carta, o en un intento fatal por robársela. No sabía, por tanto, si el asesino la tenía o no. El cuchillo, dentro de mi manga, parecía cobrar vida, ardiendo contra la muñeca. Ante mí se extendían las calles de Manhattan, arropadas por la noche azulínea.

«Amar —murmuré para mí—, creo que muy pronto nos veremos frente a frente.»

18

—Pensé preferible venir y tratar de solucionar juntos el caso —dijo Jensen.

Estaba sentado ante el escritorio de Burrows, con aspecto de fatiga. Encendió un cigarrillo, que dejó sobre un cenicero sin fumarlo.

Burrows tenía ante sí varias cuartillas de notas telefoneadas anteriormente por su colega. Se referían a los archivos del Ejército sobre Pacific. El detective contempló las notas y el informe preliminar redactado por él.

—Bueno —le manifestó Jensen—, las huellas dactilares no mienten.

—Sé lo que piensas —le interrumpió el otro—, pero no olvides que ha pasado mucho tiempo. Tal vez las cosas cambien en quince años, pero no las huellas.

—Gorman afirmó que el cadáver medía metro ochenta o algo más; lo cual significa metro ochenta y uno o dos. Según la información del Ejército, Pacific medía metro setenta y cuatro.

—Se trata sólo del primer examen de Gorman. Ya sabes que es difícil medir visualmente un cuerpo que está tendido. Tal vez Gorman se equivocó.

—¿En casi doce centímetros? —preguntó Burrows—. No lo creo.

—Sí, es mucho —concedió Jensen—, mas supongamos que Gorman se equivocase en cuatro o cinco centímetros. Digamos que

el muerto mide metro setenta y siete. El Ejército dice que la estatura es de metro setenta y cuatro. En aquella época se cometían errores, incluso los propios médicos del Ejército.

—Sí, lo sé —asintió Burrows a regañadientes—, en los centros de reclutamiento faltaban doctores y los pocos que había estaban terriblemente ocupados.

—Seguro. Casi todos empleaban a ayudantes... sanitarios los llamaban. Recuerdo que cuando yo ingresé, un sargento me tuvo de pie contra una pared donde habían dibujado una escala métrica. Miró adonde llegaba mi pelambrera... y así midió mi estatura.

Esto no era exactamente verdad, pero Jensen lo creía firmemente.

—De todos modos —concluyó Burrows—, me gustaría recibir lo antes posible el informe final de Gorman.

—No tomes sus observaciones demasiado en serio. Él mismo dijo que estaba haciendo suposiciones. Y que podía cambiar de idea en cualquier momento, ¿recuerdas?

—Me sentiría más a gusto si el fiambre midiese solamente metro setenta y siete. Me sentiría mucho mejor. Comprendo la diferencia entre un sanitario abrumado de trabajo, diciéndole al recluta que mide metro setenta y cuatro y a un forense afirmando que son metro setenta y siete. Pero un informe no puede presentar un error tan mayúsculo: metro setenta y cuatro y metro ochenta y uno o dos.

—A menos que hubiese crecido ese tipo —quiso bromear Jensen. Luego, volvió a ponerse serio—. Sé de muchachos que hacen gimnasia para crecer, empleando una especie de arnés, y logran añadir tres o cuatro centímetros a su estatura.

—No hablas en serio, claro.

—Naturalmente —asintió Jensen—. Lo dije porque me pasó por la cabeza, pero sé que es pura necedad.

19

Debatí conmigo mismo respecto al siguiente paso, obligado por el asesinato de Merkle. Él había recogido la respuesta en las oficinas de la revista mensual. Indudablemente, la misma habría llegado por correo en un sobre cerrado, y existía la posibilidad, aunque muy remota, de que el sobre llevase las señas del remitente y que en la oficina de la revista las hubiesen archivado. Al descubrir la muerte de Merkle, la policía trataría de averiguar sus acciones del último día de su vida, y posiblemente descubrirían su presencia en la redacción de la *New Amsterdam Safe Box News*.

Por una parte, no quería verme implicado en absoluto en la muerte de Merkle, mas por otra, si existía una remotísima probabilidad de descubrir el origen de la respuesta, no quería pasarla por alto. Transcurriría otro mes antes de que volviese a publicarse el anuncio, y tal vez en la segunda ocasión no hubiese ninguna respuesta.

Con cierta vacilación, decidí visitar la redacción de la revista y correr los riesgos, fuesen cuales fuesen. Las oficinas estaban en el sexto piso de un edificio vetusto, lleno de despachos mercantiles.

En un despachito exterior, que servía como recepción, se hallaba una mecanógrafa de mediana edad, que aporreaba fuertemente una máquina de escribir y contestaba al único teléfono visible.

En el segundo despacho estaba el editor y único miembro del personal redactor. Se llamaba Holcombe, y su cabeza calva estaba rodeada por una coronilla de pelo color arena. La mesa estaba repleta de recortes, potes con pastas, tijeras y páginas impresas de la revista. Holcombe permanecía rodeado de archivadores de metal.

Cuando le hube explicado que me interesaba recoger la respuesta a mi anuncio, Holcombe llamó a la mecanógrafa.

—¿Hay alguna respuesta al anuncio P-61?

Deliberadamente, la mujer cogió un montón de sobres y movió la cabeza.

—No, no hay nada.

Volvió a su máquina de escribir, mas luego levantó la cabeza en señal de alarma.

—Oiga —observó, medio para sí, medio para Holcombe—, creo que hubo una —hizo otra pausa e inclinó varias veces la cabeza—. Sí, hubo una respuesta. La recogieron ayer.

—¿Vino usted? —me preguntó Holcombe.

—No —repliqué.

Acto seguido y mediante el bloc, le expliqué que probablemente habría recogido la respuesta un amigo mío.

—Entonces, él se la entregará a usted —solucionó Holcombe.

Asentí y de pronto volví a escribir, como asaltado por una idea repentina:

«Tal vez no le vea en varios días. ¿No tienen ustedes un archivo para las respuestas?»

—¿Se refiere al remitente?

—A esto me refería.

—Lo siento —se disculpó Holcombe—. Al fin y al cabo, ésta es una publicidad altamente especializada y solemos insertar muy pocos anuncios, por lo que nunca hay problemas con las respuestas.

Decidí que era mejor no despertar su curiosidad, abandoné el tema y salí de la redacción.

Al día siguiente leí en el periódico que habían encontrado el cadáver de Merkle. El artículo era escueto y se hallaba en la cuarta

página; decía que Merkle no se había presentado a trabajar y que cuando le llamaron desde la ferretería, nadie contestó. Como sabían que era soltero y vivía solo, temieron que estuviese enfermo y enviaron a un chico a visitarle.

La policía opinaba que Merkle había muerto como resultado de un intento de robo. El apartamento presentaba señales de haber sido registrado, aunque se ignoraba si faltaba algo de valor.

Yo sabía que la policía continuaría indagando hasta llegar a un callejón sin salida, momento en que abandonaría el caso. Merkle carecía de importancia; era un don nadie. Las autoridades no podían perder tiempo en un individuo tan poco conocido.

Sin embargo, cada vez era para mí más importante hablar con Rosemary. Debido a la muerte de Merkle, yo deseaba pasar todavía más inadvertido que en el pasado, y no quería ser objeto de curiosidad o preguntas por parte de los empleados del hotel, debido a mi insistencia en estar por allí. Creía que Rosemary Martin vivía muy cerca de su propia habitación, y necesitaba ayuda para localizarla. Por tanto, elegí una agencia de detectives al azar; estaba instalada en la Quinta Avenida, más arriba de la calle Cuarenta y Dos; era un buen lugar y ello me hizo confiar en que la agencia sería eficiente. Me presenté allí.

En la puerta de la oficina se leía: *Bell, Investigaciones.* El interior parecía próspero. Una joven, sentada ante una centralita telefónica, hacía también las veces de recepcionista, siendo ella la que me anunció al señor Delton. No sé dónde estaba el señor Bell, ni si existía efectivamente, pues no le vi jamás. Delton parecía estar a cargo de la agencia. Era un individuo bajo y rechoncho, de facciones compactas y un labio superior muy grueso. Me hizo pasar a su despacho particular y le enseñé la foto de Rosemary Martin. Luego, lentamente, le conté mi historia; naturalmente, parte de la misma, pero tuvo bastante. Al terminar, dejé el bloc a un lado, en tanto hacía un buen resumen de la situación.

—Dice usted que esa joven es amiga suya y que vive en el Acton-Plaza, ¿verdad? —asentí—. Usted cree que se aloja en una

habitación del noveno piso y que se halla inscrita con un nombre falso.

—Sí.

—¿Quiere que descubramos en qué habitación se aloja?

—Sí.

—No es ningún problema —repuso Delton con tono aplomado—. Supongo que no se trata de un caso matrimonial. ¿Me da su palabra?

—Sí.

—Nosotros no manejamos asuntos matrimoniales —añadió— por motivos financieros. Esas investigaciones llevan mucho tiempo... día y noche, con declaraciones ante los tribunales, y otros contratiempos. No es posible obtener grandes beneficios. Por esto, nos dedicamos a investigaciones legales, como la seguridad de bancos, mensajerías y guardianes... Bueno, esa clase de trabajo. No queremos vernos envueltos en nada complicado, ¿entiende?

Indiqué que sí.

—De acuerdo. Creo que localizaremos con facilidad a esa joven, si todavía está en ese hotel. Si nos cuesta medio día, tendrá que abonar cincuenta dólares; si pasamos un día entero, la minuta será de cien.

Entre el escaso dinero que me quedaba y lo que me había podido pagar Bianca, sólo disponía de cincuenta dólares. Decidí correr el riesgo. Delton parecía un individuo muy bien capacitado, y con un poco de suerte no tardaría en localizar a Rosemary Martin. Asentí.

—Firme aquí, por favor —me indicó con energía, señalando un formulario en donde estaba escrito: «Señorita Rosemary Martin, alojada en el Acton-Plaza. Localizar habitación donde vive y nombre supuesto.»

Firmé con el nombre de Kenneth Sloan.

—Gracias, señor Sloan —me agradeció Delton—. Y ahora, ¿le importaría darme un talón?

Naturalmente, sí me importaba. Coloqué, en cambio, cinco billetes de diez dólares sobre el escritorio.

—Le avisaré tan pronto sepamos algo —prosiguió Delton.

Negué con la cabeza y recurrí al bloc. Volvería a ponerme en contacto personal con él. Y nos separamos con este convenio.

En los periódicos no hubo más noticias sobre Merkle. Empecé a sentirme más tranquilo, aunque en realidad aquella muerte no tenía por qué preocuparme. Era dudoso que la policía mostrara un motivo real para el asesinato. Lo archivarían como un caso de muerte accidental en el transcurso de un robo. Si la policía seguía su rastro hasta la *New Amsterdam Safe Box News,* me interrogarían. Pero si yo negaba toda relación con Merkle, aparte de una amistad superficial creada durante nuestra estancia en el hospital, no podrían probar nada contra mí. Merkle carecía de un pasado relacionado con el crimen. No temía la investigación policíaca; deseaba estar libre, sin ninguna vigilancia, a fin de poder proseguir con mis propias indagaciones.

Le conté a Bianca mi visita a la agencia de detectives, y por la noche le pedí que llamara a Delton. A aquella hora había un servicio de respuesta en la línea, y la telefonista se ofreció a llamar a Delton, a fin de que éste telefonease a casa de Bianca. No me interesaba que supiera el número, por lo que negué con la cabeza, y Bianca dejó el recado de que el señor Sloan llamaría al día siguiente por la mañana.

Llamó ella, y Delton le comunicó que había localizado a Rosemary Martin, la cual ocupaba la habitación 944 del Acton-Plaza, estando inscrita bajo el nombre de Nell C. O’Hanstrom, de San Luis. Tras pasarme esta información. Bianca observó pensativamente:

—¡Vaya nombre raro! ¿Quién ha oído nunca ese apellido de O’Hanstrom?

Para mí no tenía ningún significado, y sin embargo, Rosemary esperaba que lo reconociese, que lo recordase.

—No sé por qué ha de querer esconderse Rosemary —continuó comentando Bianca. Respiró profundamente y me preguntó súbitamente—: Vic, ¿qué había entre usted y Rosemary?

Sacudí la cabeza.

—¿No lo sabe? ¿O prefiere no hablar de ello?

—Ambas cosas.

Bianca me cogió una mano. Sentí el calor de su palma, el ardor de su piel al presionarla contra la mía, y aquel gesto me angustió. Intenté retirar la mano, pero la aferró.

—Ocurre algo fatal, lo presiento, lo sé... algo terrible. No sé qué es... ¡pero nos está cercando! Sé que acecha...

Bruscamente, dio media vuelta y se apartó de mí.

—Olvídese de Rosemary —añadió más serena—, olvídese de todo, excepto de que empieza una nueva existencia. Yo tengo algún dinero ahorrado... no mucho, y se lo prestaré. Váyase. Manténgase alejado de Nueva York una temporada. Luego, vuelva cuando haya recobrado por completo la salud.

Intenté contestar que no podía marcharme.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿Acaso porque me ama?

Repuse que no... que no la amaba. Que no amaba a nadie. Esto era verdad y creí que no le haría daño conocer la verdad.

—Lo siento —balbució tras un breve silencio. Su voz sonaba muy baja—. No debí hacerle esta pregunta. Pero... yo sí le amo.

Volvió la cabeza; en sus ojos había cierta cálida humedad.

—Usted no me ama —prosiguió lentamente—, no ama a nadie —miró en tomo por la cocina como si la viera por primera vez, como si sus observaciones estuvieran dirigidas a la estancia—. Yo no soy doctora ni psicóloga, pero soy una mujer y sé una cosa: ¡que usted no ha amado a nadie ni a nada en toda su vida!

No podía contestar nada. Deseaba darle las gracias por su ayuda, decirle que agradecía su amabilidad, pero ella continuó hablando antes de que tuviese ocasión de poner en orden mis ideas.

—Es muy gracioso, porque cuando usted vino aquí al salir del hospital, lo sentí mucho por usted. Creí realmente que necesitaba ayuda —una carcajada trucada le ahogó la voz—. Usted no tenía a nadie que le ayudase, ni ningún sitio adonde ir. Estaba terriblemente delgado y parecía muy enfermo todavía —movió la cabeza como para alejar los viejos recuerdos—. Un hombre delgado, enfermo y

desesperadamente necesitado de ayuda resulta algo irresistible para una mujer sentimental. Luego, viéndole a usted aquí todos los días, trabajar a su lado...

Se encogió de hombros, sin finalizar la frase.

Me sentía embarazado y hasta un poco furioso ante la escena provocada por Bianca. Le profesaba un gran afecto y la joven me había ayudado hasta el límite de sus fuerzas. Pero, al forzar la situación entre ambos, había colocado un grave obstáculo en mi camino y me veía obligado a trazar nuevos planes. Escribí en el bloc que sería una buena idea buscar otro sitio donde vivir. Eventualmente, claro, hubiese debido irme de todos modos, pero en este momento me resultaba un poco inconveniente.

—Lo supongo —asintió ella—, porque ahora sé que usted no necesitaba realmente ayuda, al menos la mía. Ni creo que la necesite nunca. En su interior existe una voluntad inquebrantable que le protege, una dureza que lo escuda contra todo... y todos... excepto usted mismo. Sea lo que sea lo que persigue, sea cual sea su finalidad, logrará su objetivo sin mi ayuda.

En aquel momento me pareció que ante mí se abría una puerta perteneciente a otro mundo, y que dando un solo paso, lo comprendería todo. Me comprendería a mí mismo, al pasado, al presente y al futuro. En mi garganta había palabras e ideas que podría expresar y comprender. Era como si mi cerebro hubiese estado pensando a distancia, traduciendo para mí ideas y conceptos, mas no en la misma forma que lo haría mi propio cerebro. Las palabras que deseaba proferir no eran inglesas ni francesas ni árabes, ni de ningún lenguaje internacional, sino palabras y frases que sólo para mí eran claras, claras, tan cortantes como el cristal, como el filo de una navaja. Aquel momento de exaltación pasó, y volví a estar en la cocina con Bianca, no quedando en mí más que el recuerdo de una cita de Schopenhauer: «El intelecto es invisible para el hombre que carece de él.»

Acordamos que me trasladaría aquel final de semana, para el que aún faltaban tres días, pero los acontecimientos me obligaron a irme

antes. Aguardé hasta la siete de la tarde para presentarme en el hotel en busca de Rosemary Martin. Creía que aquella hora era la indicada para encontrarla en su habitación, ya que, probablemente, se estaría vistiendo para la cena. Sin embargo, cuando llamé a la puerta no obtuve respuesta. Como cabía la posibilidad de que estuviese dentro y no quisiera abrir, permanecí de pie en el pasillo unos minutos sin insistir. A pesar de escuchar con gran atención, no logré oír el menor ruido dentro del cuarto.

Volví al vestíbulo, paseándome con cierta inquietud por delante de la serie de ascensores que subían hacia el lugar más cercano a la habitación 944, esperando ver a Rosemary. Fue aquél el período de tiempo más largo que estuve en el hotel, por lo que poco después decidí volver al piso noveno y aguardarla en su habitación. El corredor estaba desierto, y escudando la palanqueta con mi cuerpo, solté el muelle, disparando la aguja entre las guardas de la cerradura. Al tercer intento se abrió la puerta y entré, cerrando a mi espalda. Todo estaba a oscuras. Tanteé la pared y di la luz.

El dormitorio tenía forma ovalada, con dos ventanas en el muro opuesto a la puerta. A un lado había una cama de matrimonio, hecha, pero con la colcha arrugada, como si alguien hubiese estado tendido en ella. Al otro lado de la cama había una cómoda, y a su lado un tocador con espejos laterales. Debajo de las ventanas había un diván, y a su lado una lámpara de lectura sobre una mesita. Una puerta, entreabierta, daba al baño, que permanecía a oscuras.

Sin despojarme del abrigo, me senté en el borde de la cama y encendí un cigarrillo. Poco después necesité un cenicero y miré a mi alrededor. Había dos... uno en la cómoda y otro encima del tocador. Los dos estaban limpios, sin usar, y a menos que Rosemary hubiese estado el día entero fuera del cuarto, me pareció raro. La joven fumaba y los ceniceros hubiesen debido contener alguna ceniza. De todos modos, podía haberlos vaciado antes de salir.

Como estaba junto a la cómoda, abrí sus cajones. Contenían ropa blanca, medias, camisones y otras prendas personales. En el cajón inferior había tres bolsos de mano.

Estaban casi vacíos. La muchacha, probablemente, había trasladado su contenido al que llevaba actualmente. En todos había, no obstante, fragmentos de facturas y recibos antiguos, cajas de cerillas, alfileres, y en uno una postal manchada de grasa. Representaba un paisaje harto conocido de Nueva York, con un rascacielos altísimo, como en muchas postales de las que se venden en las tiendas de *souvenirs.* No llevaba dirección ni sello al dorso, por lo que estaba claro que no había sido enviada por correo. Sin embargo, podía leerse un mensaje: «Mañana, martes, a las diez en punto.»

Iba ya a devolver la postal al bolso cuando me detuve a estudiarla por segunda vez. Había algo muy familiar en la escritura, y de repente comprendí por qué: era mi propia escritura. Me metí la postal en el bolsillo.

El tocador no contenía nada, aparte de una gama muy completa de cosméticos y afeites. En el armario no hallé tampoco nada de importancia. Encontré otro bolso que, evidentemente, era el que solía llevar habitualmente. Contenía lápiz de labios, la llave de una habitación, un billetero con unos seiscientos dólares, un peine, un espejito, una pitillera, encendedor y varios recibos. Vaciándolo todo sobre la cama, examiné todos los objetos prolijamente. Encajado en el billetero había un recorte de periódico:

...las primeras regatas a remo en el lago Quinsigamond, cerca de Worcester, Mass., y en el lago Saratoga, N. Y., pero la Asociación Intercolegiada de Remo se fundó en 1895, en Pough, en el Hudson...

El recorte no decía nada más, aparte de haber sido subrayada con lápiz la fecha: 1895. Rosemary Martin, a lo que recordaba, no había mencionado nunca las regatas universitarias a remo, y no entendí por qué conservaba aquel recorte en el billetero. Sin

embargo, me lo metí en el bolsillo y devolví todo lo demás al bolso, que dejé en el armario.

Al cerrar el mueble, oí el sonido de un roce en el cuarto de baño. El ruido cesó inmediatamente, pero continuó poco después, para volver a quedar todo en silencio. La cautela más elemental me impulsaba a abandonar el dormitorio, mas decidí que si había alguien en el cuarto de baño, ya había tenido tiempo de verme y hasta de reconocerme. Empuñé el cuchillo y me acerqué a la puerta entreabierta. Volví a escuchar el sonido y abrí de golpe.

Rosemary colgaba por el cuello en la ducha.

El cuerpo giraba lentamente, y el talón de una zapatilla rozaba suavemente contra un costado del cubículo. Encendí la luz, y el resplandor de las losetas blancas me recordó un depósito de cadáveres. Mientras ella giraba al extremo de un cinturón de cuero, pude ver que llevaba algún tiempo muerta y que sus facciones estaban desencajadas y distorsionadas por la desfiguración del estrangulamiento.

No tenía el cuello roto. Esto, junto con otro detalle me turbó extraordinariamente. No tenía las manos atadas, y es muy difícil que una persona se estrangule a sí misma, en un intento de suicidio. Después de perder el conocimiento, el instinto de conservación hace que una persona forcejee hasta romper la cuerda para liberarse. Estaba seguro de que la policía no pasaría esos detalles por alto.

¿Por qué esta nueva muerte? No lo lamentaba particularmente por Rosemary Martin. Fuesen cuales fuesen nuestras relaciones en un pasado más o menos remoto, estaba seguro de que habían sido de carácter egoísta y de conveniencia. Con su muerte, yo perdía un tiempo precioso y mucha información; y su asesinato llevaría a la policía sobre mi rastro.

Volviendo al dormitorio, examiné la colcha y estuve seguro de que la habían estrangulado allí, trasladándola luego a la ducha. En el armario encontré un par de zapatos. Les quité los cordones y los até entre sí. Con esta cinta improvisada, le até las manos detrás de la espalda, haciendo un nudo en una muñeca y otro corredizo en la

otra... tal como habría hecho una persona que intentase atarse a sí misma.

Mi preocupación, mi angustia, era escapar del hotel sin que me viese alguien que luego lo declarase a la policía. Borré cuidadosamente, en ambas habitaciones, todas mis huellas dactilares con ayuda de una toalla de baño. Abrí el armario, cogí el bolso y me quedé con quinientos dólares. Necesitaba dinero y Rosemary Martin ya no lo necesitaría nunca más. Deliberadamente, me tomé algún tiempo, esforzándome en asegurarme de que no dejaba nada comprometedor a mis espaldas. Con la postal y el recorte en mi bolsillo, arrojé la colilla del cigarrillo al retrete, y me asomé al corredor. Cerré la puerta, pues se aproximaba una pareja, hasta que hubo pasado. Al cabo de unos instantes, no había nadie a la vista.

Casi corrí hacia una escalera de escape, descendí al sexto piso, donde volví al pasillo general, y llamé al ascensor.

Una vez en la calle sin el menor incidente, absorbí una gran bocanada de aire fresco.

20

—Comprobación de los ojos —estableció Burrows—: azules.

—Exacto —asintió Jensen—, y el peso tampoco está equivocado.

—Setenta kilos en mil novecientos cuarenta y dos —manifestó Burrows, estudiando sus notas—, y Gorman dice que ahora pesaba ochenta y seis.

—No es mucha diferencia en todos esos años. ¿Cuántos hombres pesan lo mismo que pesaban cuando la guerra? Dieciséis kilos no son muchos para un individuo que viva con cierta holgura.

—Sin embargo, ese fiambre no tenía mucha grasa —observó Burrows—. Si entonces pesaba setenta kilos, ochenta y siete tal vez sean demasiados ahora...

—No sé —repuso Jensen honestamente—. Estoy de acuerdo en que ese cadáver no parece tener mucha grasa... sino sólo carne y huesos. Más bien diría que ese Pacific era un tipo delgado... de setenta kilos o setenta y dos, a lo sumo, y que hubiese parecido un tonel con ochenta y seis.,. Pero en mil novecientos cuarenta y dos, Pacific sólo tenía veintidós años. La guerra, las comidas regulares, y el trabajo pesado pudieron vaciarle un poco.

—Sí, tienes razón. Eso les ocurrió a muchos. Pacific pudo añadir dieciséis kilos a su peso y no parecer gordo.

Burrows se levantó y fue hacia la ventana. Se asomó unos instantes y luego volvió hacia Jensen, sentándose de nuevo.

—Si Pacific contaba veintidós años cuando ingresó en filas, ahora debería tener treinta y siete o treinta y ocho.

—Sí. Gorman afirma que el cadáver tenía de treinta y cinco a cuarenta y cinco años.

—Lo cual sitúa a Pacific en el centro de las suposiciones de Gorman.

—Seguro —asintió Jensen—. ¿Qué mal hay en ello?

—Ninguno —replicó Burrows lentamente—. Pero nos encontramos de nuevo ante suposiciones. Todo son suposiciones, nada más.

—Los ojos son azules, las huellas dactilares coinciden. En esto no hay suposiciones ni generalidades.

—¡Maldición! —explotó Burrows con impaciencia—. Ojalá Gorman terminase su informe de una vez. Tú di lo que gustes, pero metro setenta y cuatro y metro ochenta y uno no es lo mismo; treinta y siete y cuarenta y cinco años de edad, tampoco; y setenta y ochenta y seis kilos de peso también es una diferencia notable. Me parece estar hablando de dos individuos distintos.

—Salvo por lo del Ejército —replicó Jensen calmosamente.

—Seguro, salvo por lo del Ejército.

El tiempo lo cambia todo —explicó Jensen—. Fíjate en el expediente militar. Allí pone que Pacific tiene cabello castaño, no castaño oscuro, sino sólo castaño. En tu informe lo describes como castaño claro. De haber hecho yo el informe habría puesto color arena con algo de gris. Estamos hablando del mismo tipo; sin embargo, cada cual lo ve de forma un poco diferente. Y esto no significa nada, nada en absoluto, te lo digo yo. Antes, ese tipo tenía el cabello castaño, y ahora tenía unas hebras grises entremezcladas. ¿Dónde ves esa enorme diferencia?

21

Me marché de casa de Bianca aquella misma noche. Rosemary Martin había sido asesinada, y por esto era lógico que abandonase aquella casa al momento. Rosemary Martin, Merkle, Santini, el doctor Minor... todas las personas que se habían cruzado en mi camino, desde que salí del hospital, no significaban nada para mí. Pero cuando llegó el momento de despedirnos, no estuve tan seguro de mis sentimientos hacia Bianca Hill, porque en ella había una generosidad que, hasta a mí, me parecía desusada. El resto del mundo, y de su gente, sólo existían para demostrar mi propia realidad. Eran sombras que pasaban todos los días por mi lado, en un mundo formado por fragmentos actuales y horas fugaces. Sólo sabía que cada hombre es un producto de toda la humanidad; la semilla sembrada por los antepasados de miles de años atrás; su presente, sus virtudes y sus vicios son el resultado de su pasado.

Yo no tenía presente porque carecía de pasado.

Pero no podía explicárselo a Bianca Hill. Ella leyó mi explicación silenciosa. Sólo se refería a Rosemary, aunque yo sentía que le debía una disculpa... porque cuándo descubrieran el cadáver de la muchacha, la policía interrogaría a Bianca, y ésta estaba enterada de mi búsqueda respecto a la difunta. Cuando le dije que me iba, se echó a llorar. Su rostro se ensombreció y no supo contener las lágrimas.

—Vic... Vic —gimió suavemente—, ¿qué hará? ¿Adónde irá? ¡La persona que antes quiso matarle volverá a intentarlo!

Le di a entender que mis atacantes desconocidos podían haberme matado ya un sinfín de veces, de haberlo querido. Al parecer, me necesitaban vivo... al menos por algún tiempo.

—Rosemary... pobre Rosemary... —murmuró después.

Toqué su brazo, en un gesto de simpatía que pensé la consolaría, y al cabo de unos instantes dejó de llorar, exclamando con súbita determinación:

—¡No creo que se suicidase!

Estaba de acuerdo con ella, aunque no se lo dije.

—¡No lo creo, Vic! —repitió.

De pronto, vi que sus ojos se nublaban con la sombra de una duda al mirarme, y comprendí que estaba pensando que yo había podido matar a Rosemary Martin. No dije nada y permití que luchara contra sus dudas. Luego, pasó su temor e intentó recobrar su compostura.

—Rosemary sabía algo que usted ha olvidado. Conocía el pasado de usted.

Asentí. La observación de Bianca era obvia.

La dejé, fui arriba a preparar mis pocos objetos personales, que metí dentro de una maleta prestada por la joven.

—Pero, ¿por qué ahora mismo? —inquirió Bianca, cuando me dispuse a partir—. Usted no puede eludirlos. Aquí estaría tan seguro como en otra parte.

Mediante el bloc, traté de darle a entender que identificarían a Rosemary Martin, y que muy pronto la policía interrogaría a Bianca respecto a la época en que ambas vivieron juntas. No deseaba enfrentarme de nuevo con las autoridades, ni verme obstaculizado por ellas o sus preguntas. Si la interrogaban respecto a mí, Bianca debía contestar que me había marchado sin decir a donde. Esto era cierto pues no tenía aún la menor idea de mi próximo destino.

Una vez estuvo de acuerdo en este detalle, formulé una última petición. Le rogué que no declarase a la policía que yo había

conocido a la difunta en tiempos pasados, ni que había ido a verla al hotel. No le pedí que mintiese al respecto, puesto que sabía que Bianca era una pobre embustera. Le dije meramente que no diese espontáneamente esta información. Sabía que la policía trataría de localizarme, pero tal vez tardarían más tiempo si se les retenía la información.

Fui con la maleta hacia la puerta. Al cruzar el umbral, Bianca me llamó.

—¡Vic, si me necesita, llámeme!

—Sí —contesté roncamente.

Por un instante, su acento conmovió mi corazón.

En la Octava Avenida, cerca de la calle Cuarta, hay un hotel español llamado *El Castillo.* Ignoraba su existencia hasta que pasé por delante con la maleta. Era un establecimiento vetusto y rancio, con un vestíbulo de linóleo que sólo contenía unas mesas y algunas butacas. En uno de sus extremos había un largo mostrador, donde anunciaban que era también una agencia de viajes para Puerto Rico, Cuba y América del Sur. Decidí que aquel hotel estaba especializado en la importación y exportación de mano de obra nativa... para explotar a los obreros convenientemente. Si estaba acertado en mi suposición, el personal del hotel se ocuparía sólo de sus propios asuntos, de la misma manera que lo hacían los clientes, por lo que el lugar iba de acuerdo con mis propósitos. Entré.

Un conserje de mejillas chupadas, piel teñida por la ictericia, y el pelo aplastado, me habló en inglés. Me inscribí como Harold Rocks. El nombre no tenía la menor importancia, especialmente porque aboné la habitación con dos semanas de adelanto. También el cuarto era más o menos lo que esperaba; aunque, en realidad, poco importaba.

Antes de acostarme, saqué del bolsillo la postal y el recorte hallados en los bolsos de Rosemary, metí mi cartera con los quinientos dólares dentro del cabezal, y dejé el cuchillo en el suelo junto a la cama. Después, me dispuse a dormir. Lo hice rápidamente; sin embargo, hacia las dos de la madrugada me desperté.

Durante el sueño había obtenido una respuesta. Había hallado la clave al nombre que Rosemary utilizaba en el Acton-Plaza: Nell C. O'Hanstrom. Era un nombre que nadie podía tener o, al menos, usar. Sin embargo, poseía cierta lucidez, una vaga sensación que lo convertía en algo desequilibradamente lógico. Subconscientemente, descubrí todo eso, o por lo menos, estuve muy cerca del descubrimiento, por lo que lo único que me quedaba por hacer era escribir los nombres en el bloc.

Coronel Horstman
Nell C. O'Hanstrom

Si aceptaba el supuesto de que el apóstrofo de O'Hanstrom representaba una segunda *O,* el nombre de Nell C. O'Hanstrom era solamente un anagrama de Coronel Horstman.

Esto era iluminador, aunque ignoraba todavía quién era el tal coronel. ¿Cabía la posibilidad de que Rosemary Martin fuese Horstman? Esto era ridículo, y no logré creerlo ni esforzando terriblemente mi imaginación. Aquel nombre no le pertenecía. Esto lo sabía instintivamente, ni aun cuando Rosemary hubiese sido coronel durante la guerra en un regimiento femenino. Incluso esta extrema posibilidad quedaba eliminada por el hecho de que la muchacha era demasiado joven para haber podido servir en aquella época.

Permanecí sentado en la cama, fumando cigarrillo tras cigarrillo. En la hora que precede al amanecer, a menudo los hechos se ven mucho mejor con un razonado escrutinio y un certero examen. También es posible que entonces queden distorsionados, concediéndoseles una excesiva importancia o hinchados por la desesperación y la emoción. El nombre de Horstman no me resultaba desagradable; estaba seguro de haberle conocido en alguna época, de haber sido amigo suyo. Yo estaba ansioso por encontrarle de nuevo, por verle y conseguir su ayuda. Decidí que Rosemary Martin había utilizado su nombre en forma de anagrama porque obviamente

esperaba que yo lo reconociese; era un nombre lleno de significado y buenas intenciones hacia mí, y se suponía que yo lo conocía.

Tras llegar a esta decisión, volví a tenderme. Con el sueño empezó mi pesadilla. La misma habitación larga y oscura, el mismo cono de luz en un extremo. Fuera del radio de luz, había movimiento y ciertos preparativos ignorados... como un agrupamiento de las negras sombras, mas ninguna materialización. Al despertar, tenía el cuchillo en la mano, el cuerpo bañado en sudor, y la luz del día se filtraba a raudales por la sucia ventana de la habitación.

Me desayuné en el bar de la esquina. Mientras sorbía el poco sabroso café, examiné de nuevo la postal, con su litografía barata del rascacielos neoyorquino. Estando sentado en un taburete alto, mirando atentamente la postal en colores, la luz del día se reflejaba en la imitación de mármol del mostrador, yendo a dar contra la cartulina, y observé algo que no había visto anteriormente. Casi en la parte alta de los edificios, habían hecho un agujero con un alfiler o una aguja. Seguramente hubiese resultado completamente invisible, a no ser por el rayo de luz. Me aseguré de la realidad del agujero, y de que lo habían hecho deliberadamente.

La razón de su presencia me pareció clara. Indicaba el edificio donde debía encontrar a Rosemary aquel lejano martes a las diez de la mañana. Por desgracia, no reconocí el edificio. En el pasado, Rosemary y yo debimos conocer muy bien aquella dirección, por lo que la joven sólo había necesitado aquel leve indicio para captar mi intención. Pero ahora no era para mí más que una postal en colores, con un edificio desconocido que se elevaba algo por encima de los circundantes. No tenía torres ni adornos como el Empire State Building o el Chrysler que lo distinguiera de otros. Según la postal estaba situado hacia el norte y ligeramente al oeste del Empire, aunque la distancia relativa no podía determinarse con exactitud. Me marché a una biblioteca pública, pero los planos de la ciudad no me sirvieron de ayuda, pues ignoraba el nombre del edificio y su ubicación.

Fui en Metro hacia el centro de la ciudad, saliendo en la calle Catorce. No tenía motivo para ello, salvo que ya estaba cansado de ir. en Metro. Ansiaba escapar a sus confines y al estruendo de su estructura, y decidí ir andando el resto del camino hasta mi hotel.

En la calle Doce, entre University Place y la Quinta Avenida, pasé ante un edificio viejo de seis pisos, cuya fachada estaba empañada por una pátina de humo, suciedad y herrumbre. Encima del portal había un letrero:

SE NECESITA OBRERO
EXPERTO EN METALES.

SEXTO PISO

El edificio lo ocupaban varias compañías manufactureras, una en cada planta. Un ascensor decrépito se bamboleaba en su prisión, de lado a lado, subiendo precariamente hasta arriba, donde lo dejé. El sexto piso pertenecía a la *Warner Stained Glass Company,* una zona cavernosa que abarcaba todo el perímetro del edificio, oscura y blanqueada por una capa de polvo granulento. Al frente, entre las ventanas, habían fabricado varios cubículos de dos metros de altura, donde se hallaban instalados tres despachos separados. El resto del piso estaba atestado de mesas de madera, y tremendos estantes para almacenar el cristal.

Un hombre, que se presentó como capataz, me abordó y me preguntó qué deseaba. Escribí que buscaba trabajo. Me dijo que se llamaba Haines y se interesó por mi experiencia... especialmente en vidrios de colores. Contesté que carecía de experiencia al respecto, pero que había trabajado de platero, y por tanto, podía calificarme debidamente como obrero de metales. Estudió el bloc que yo había utilizado para darle las respuestas y quiso saber si era un veterano de guerra. Repuse que sí. Esto le impresionó favorablemente, pues él también lo era, y evidentemente decidió que me habían herido en el frente. Lo cual era cierto, aunque no en el sentido que él creía;

pero no quise desilusionarle. Haines me indicó que le siguiera al fondo de la estancia.

—Aquí sólo tenemos cuatro empleados fijos —me explicó por el camino—: un artista que realiza los dibujos, dos obreros del cristal, a los que llamamos cortadores... y un obrero metalúrgico. Yo hago un poco de todo.

Se detuvo ante un amplio banco de trabajo donde había cierto número de tiras de plomo en forma de U. El capataz eligió una pieza irregular de vidrio coloreado y me la entregó.

—Veamos si sabe soldar los cuatro lados con plomo.

En el banco había un hierro bastante caliente para su uso. No tuve ninguna dificultad en realizar la labor asignada, que era relativamente menos minuciosa que la soldadura de la plata enseñada por Bianca.

—No está mal —decidió Haines, tras una prolija inspección—. La soldadura de plomo en el vidrio requiere un poco más de precisión, pero ya la adquirirá con el tiempo.

Le indiqué que estaba seguro de ello.

Después de preguntarme por mis señas personales, le dije que me llamaba Rocks y que vivía, por el momento, en el hotel Castillo. Evidentemente, no lo conocía; lo cual me convenía. Nos estrechamos las manos y quedamos en que empezaría a trabajar en la empresa al día siguiente. Aquel trabajo me satisfacía por dos motivos: aunque poseía los quinientos dólares de la difunta Rosemary Martin, no sabía hasta cuándo tendría que durarme aquel dinero. Podía necesitarlo por razones de emergencia, y el trabajo en la Warner me ayudaría a conservarlo. Asimismo, si la policía me seguía el rastro, el hecho de trabajar hablaría en mi favor, pues demostraría que carecía de bienes con que mantenerme. En la Warner cobraría un sueldo bastante regular, mucho mejor que lo que me daba Bianca, y ello era la mejor excusa que podía ofrecer a la policía por haber dejado su casa.

Los diarios de la noche indicaban la importancia de un buen departamento publicitario. Al menos para el Acton-Plaza. Había sido

encontrado el, cadáver de Rosemary Martin, correctamente identificado, a pesar de haberse inscrito bajo nombre supuesto. Según la agencia, recientemente no había trabajado, suponiéndose que estaba muy decaída. La policía llegó a la conclusión de que se había suicidado. Nada más. Breve, corto y apropiado; sin supresión de noticias, con libertad de prensa, y sin poner en apuros a la empresa del Acton-Plaza.

Yo no sabía, ni casi podía calcular, cuánta información lograría reunir la policía, o qué era lo que ya sabían. Sin embargo, estaba seguro de conocer el motivo del asesinato de Rosemary. Después de reflexionar en la situación, los hechos se me aparecían de esta manera:

Amar, o el grupo para el que trabajaba, había localizado la caja de seguridad, gracias a la carta recogida por Merkle en la redacción de la *New Amsterdam Safe Box News,* la noche en que asesinó a éste. Sabiendo dónde estaba la caja, necesitaba la llave. Era seguro que la había buscado incansablemente sobre mi persona la noche en que casi me degollaron, por lo que sabía que yo no la llevaba encima. Entonces, razonó que la llave estaba en posesión de Rosemary Martin, y fue en su busca. Tardó algún tiempo en localizar a la chica en el Acton-Plaza, y cuando lo hizo era demasiado tarde. Yo tenía ya la llave. Además, Rosemary Martin había sido asesinada por puro cálculo. Si bien la muerte de Merkle fue accidental, la de ella fue deliberada. Aunque Amar estuviese ya convencido de que la joven no poseía la llave, tenía buenos motivos para que yo no pudiese servirme de Rosemary una vez muerta. Por tanto, la mató.

Amar se enfrentaría conmigo en un plazo más o menos largo. Mientras tanto, yo intenté fundirme en el fondo incoloro del hotel Castillo, pasando el día en la empresa Warner y encerrándome de noche en mi cuarto. El trabajo me interesaba, y me gustaba trabajar... ganando tiempo hasta que lograse reunir más datos y convertirlos en actos. Haines me explicó los métodos usados para crear ventanas de vidrios de colores, métodos que variaban en

ligeros detalles de los empleados en los siglos XIII, XIV y XV. La única diferencia estribaba en la perfección de los instrumentos.

En la empresa habían recibido un pedido de una ventana extremadamente amplia y alta, para una nueva biblioteca de Long Island. Esta ventana requeriría bastante tiempo. Al principio, un artista concibe el dibujo y lo ejecuta en una miniatura coloreada. De esta miniatura, el artista del cristal traza bocetos de tamaño natural, los cuales se transforman, a su vez, en piezas de papel pardo muy grueso, siendo éstas, en realidad, la pauta sobre la que se fabrica la ventana. El vidrio se corta sobre dichas pautas, se ensamblan los distintos fragmentos, y la soldadura se lleva a cabo con tiras de plomo sólido.

Yo había construido el marco arqueado de metal para la ventana, y nadie vendría a examinarlo, ni yo tendría que ocuparme ya del mismo, hasta que se ensamblaran todas las piezas de vidrio. En consecuencia, soldé la llave de la caja de seguridad que me había entregado Rosemary a un extremo del marco. Allí estaba a salvo, pues nadie la descubriría, y en caso necesario, yo podía quitarla cuando quisiera.

Varias noches más tarde, llamé a Bianca por teléfono. Era difícil hacerme entender sin utilizar el bloc.

—¿Verla? —repetí varias veces.

—¿Quiere verme? —inquirió ella finalmente.

—Sí.

—¿Por qué no viene?

—No.

Hubo una pausa.

—No creo que la casa esté vigilada por la policía —murmuró luego.

—No.

—Entonces, ¿hemos de encontrarnos?

—Sí.

—¿Dónde...? Oh, deje que piense.

Por fin nombró un pequeño restaurante, situado a varias travesías de su casa, y accedí en esperarla allí.

Cuando ella apareció, yo me hallaba al fondo del café, ante un velador. Parecía cansada y preocupada, aunque al verme sonrió.

—¿Cómo está?

Contesté que muy bien.

—Vino la policía —me contó—. Consiguieron mi dirección en la agencia donde trabajaba Rosemary. Me hicieron un millón de preguntas.

—¿De mí? —logré articular.

—Sí, también de usted. Les conté que había trabajado algún tiempo para mí, pero que se había cansado, marchándose. Añadí que ignoraba dónde estaba.

—Gracias.

Bianca estaba sentada, inmóvil, con un cigarrillo en la mano. Ocasionalmente, alisaba las arrugas del mantel, con un gesto nervioso que hubiese alisado valles y montañas.

—La policía me preguntó —susurró finalmente— si conocía a un tal Howard Wainwright. Cuando respondí negativamente quisieron saber si Rosemary había pronunciado alguna vez ese nombre. En realidad, no lo mencionó jamás.

La miré inquisitivamente.

—¿Wain...wright? —conseguí pronunciar.

—Sí, Wainwright. Por lo visto, se trata de un corredor de bolsa bastante acaudalado, o algo por el estilo, que vive por Wall Street. Según las apariencias, Rosemary tenía con él frecuentes tratos.

En el fondo de mi mente iba repitiendo aquel nombre: Wainwright... Wainwright... Wainwright...

—Bien —prosiguió ella—, la policía deseaba interrogar a Wainwright y hallaron que su oficina estaba cerrada. Había desaparecido y nadie sabía dónde estaba ni dónde está ahora.

Comprendí que la información referente a Wainwright era importante. Y deseaba saber algo más. Sin embargo, no conseguí localizar el nombre, aunque lo reconocía. Era una lástima que no

pudiese volver a servirme de Delton, mas no podía tentar a la suerte. Estaba convencido de que el detective callaría respecto a sus actividades dedicadas a localizar a Rosemary Martin en el Acton-Plaza. Naturalmente, ignoraba mi nombre, aunque podría identificarme fácilmente debido a mi voz. No creía que Delton se presentase voluntariamente a la policía, y existía la posibilidad de que, a menos de que ésta se cruzara en su camino, no se enterase del asesinato, debido a que los periódicos apenas si habían dado publicidad a la noticia.

Decidí investigar lo de Wainwright mediante otro sistema.

Bianca abrió su bolso y se miró en un espejito de mano.

—¿Cómo está... —preguntó sin levantar la vista— cómo está de dinero?

Le aseguré que tenía suficiente.

Cerró el bolso y se puso de pie. Aunque la seguí hasta la salida, dejé que se marchase sola, como precaución por si vigilaba la policía.

—Llámeme otra vez, Vic —me suplicó—. Llámeme cuando quiera.

Contesté que sí, que la llamaría.

Cuando se hubo ido, fumé otro cigarrillo. Continuaba reflexionando sobre todo el asunto: me habían cortado la garganta; Rosemary Martin había sido asesinada; un corredor de bolsa llamado Wainwright había desaparecido. Todo esto no era una simple coincidencia, sino que los tres hechos se relacionaban entre sí. En mi cerebro leí la palabra árabe *Jashs,* que significa burro. Mi propio sentido común pregonaba que yo era un asno. Claro que existía una relación: ¡Pacific, Martin, Wainwright! Merkle fue un peón sin importancia, atrapado por casualidad. Pero Wainwright... De repente, recordé el nombre. Claro que tenía importancia. ¡Tenía que averiguar mucho más sobre aquel sujeto!

22

Jensen consultó su reloj de pulsera. Eran casi las doce del mediodía.

—¡Diantre, estoy medio dormido! —exclamó.

—Pronto tendremos noticias de Gorman —le recordó Burrows, animándole.

—En realidad —comentó el otro—, la guerra hizo mucho bien a varios de esos granujas. Cuando volvieron, todos se convirtieron en ciudadanos honorables.

—Tal vez. Mas no podemos afirmar lo mismo de Pacific. Nadie que termine sus días con la garganta cercenada puede ser calificado de ciudadano honorable.

—Sí, pero quizá no fue culpa suya. Aunque lo dudo. Un individuo puede morir en una pelea, accidentalmente en un atraco...

—Pero aquí no se trata de ningún atraco ni pelea —objetó Burrows.

—Lo sé —Jensen estaba irritado por el cansancio—. Iba a decir que Pacific pudo empezar como un delincuente juvenil. Luego, la guerra... la disciplina, le hizo andar recto... al menos por una temporada. Diez... quince años. Después, volvió a su vida anterior.

—Poseía un buen expediente militar —le recordó Burrows.

—Seguro. En el Seiscientos Cuatro de Tanques... Un buen equipo. Y también peligroso. Pacific llegó a sargento en buena

compañía.

—En principio, pidió ser destinado a los Batidores.

Jensen se echó a reír.

—¿Te acuerdas de aquellos días? Tú eras un buen mecánico, por ejemplo, y pedías servir en un almacén de camiones... en cualquier sitio, en donde pudieran apreciar tus servicios. ¿Y dónde te destinaban?

—A tomar notas taquigráficas a Alaska —replicó Burrows—. Empiezo a creer que ese Pacific fue un tipo duro desde el principio. Los Batidores... los Exploradores... Éstos eran los cuerpos más duros. Como los comandos ingleses.

—Seguro, judo y combate mano a mano. Pero muchos jóvenes creían que eso les gustaría. Además, lo que le concedieron a Pacific no fue una bagatela. Los carros de combate en África eran sumamente peligrosos —Jensen cogió varios papeles unidos por un clip, lo quitó y estudió el detallado informe—. Aquí dice que fue herido en un lugar llamado Al-Slaoui. Su tanque quedó atrapado y fue volado por la artillería. Toda la tripulación falleció. Él quedó malherido en la espalda y fue dado por muerto. Hubo una retirada general, pero veinticuatro horas más tarde se produjo un avance y Pacific fue enviado al hospital de campaña. Y cuando la línea del frente quedó reorganizada. Lo trasladaron a Inglaterra, siendo dado de alta e inútil para el servicio activo, por lo que regresó a Estados Unidos.

—Tuvo suerte —comentó Burrows.

—Sí, tuvo suerte —asintió Jensen—. Muchos chicos no lograron regresar. Pero su suerte acabó ahí. Ahora, al cabo de todo ese tiempo, también la ha diñado. Lo cual demuestra —filosofó Jensen—, que al fin todo el mundo acaba de una manera u otra. No es posible vivir eternamente.

—No, pero me gustaría intentarlo —rió Burrows.

23

«¿De acuerdo?», le pregunté a Haines, entregándole una nota en la que le pedía permiso de tener una hora más para el almuerzo.

—Sí, claro —accedió el capataz.

Bajé al Metro de Union Square y cogí un tren hasta la calle Cuarenta y Dos. Al otro lado de Broadway localicé el Panoramic Photography, Inc.

En la oficina había el definido olor de negativos secándose, líquidos de revelado, y esos productos químicos que siempre están asociados con los fotógrafos... incluso con los callejeros.

Un tipo de fosco semblante, con una mandíbula proyectada hacia delante, esperó pacientemente a que yo garabatease mi pregunta.

«Tiene algunas fotos de los rascacielos neoyorquinos?»

Repitió la pregunta en voz alta mientras la leía.

—Caramba —exclamó—, ¿tiene sal el océano?

Se llamaba Dolan, y su empresa estaba especializada en fotografías aéreas para mapas y labor de vigilancia, incluyendo oleoductos, canales y otros proyectos comerciales.

Dejando la postal en colores sobre su mesa, indiqué el edificio color rosa que me interesaba, y escribí que era muy importante localizar dicho rascacielos. Dolan inspeccionó la postal con evidente desprecio.

—Esto fue retocado de una foto barata —comentó despectivamente—. Los litógrafos deben llevar utilizando las mismas placas hace diez años —inspeccionó la postal de nuevo, ahora atentamente, y por fin estableció la identidad de varios edificios—. Veamos qué tenemos sobre esta zona —añadió, pasando al cuarto contiguo.

Buscó por entre diversas cajas llenas de material fotográfico, y volvió a su escritorio con un montón de fotos. Sentóse, y empezó a revisar las fotos, dejando ocasionalmente una aparte. Cuando terminó, reunió la media docena de fotos seleccionadas y volvió a examinarlas de nuevo.

—Aquí tenemos el Empire State Building —observó—, que es muy fácil de reconocer. El edificio que usted trata de identificar se halla hacia la parte alta de la ciudad en relación con el Empire, y a la izquierda, lo que significa hacia el Oeste. Creo —añadió, tras estudiar de nuevo la postal y las fotos y al cabo de un largo silencio —, tal vez, que el edificio que le interesa a usted puede ser el Amco o el National Federated. Puede ser cualquiera de ambos, según el ángulo y la altitud a que fue tomada la foto original. Se hallan directamente detrás uno de otro, y separados por una distancia de dos manzanas. El Empire State Building está en la esquina de las calles Treinta y Cuatro y Quinta Avenida. El Amco está en la calle Treinta y Seis cerca de la Sexta Avenida, y el National Federated se halla detrás, en la calle Treinta y Ocho —se inclinó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de su silla, y concluyó—. Por lo menos, esto es lo que yo creo, y a usted no le cuesta nada comprobarlo.

Le di las gracias y salí de la Panoramic Photography, Inc. Como aquellas señas no estaban muy lejos, bajé por la calle Treinta y Ocho y estudié el edificio del National Federated. Si el edificio era de color rosa, ello se debía exclusivamente a la mente febril del litógrafo. Era exactamente del mismo color que cualquier otro edificio. En el vestíbulo, unas placas contenían una larga lista de nombres de las compañías afincadas allí. Leí la lista atentamente, pero no reconocí ningún nombre ni hallé una compañía que tuviese algún significado

para mí. Un poco después, a dos travesías de distancia, volví a estudiar la lista de nombres del edificio Amco, otro rascacielos muy alto y gris, con un piso sobre otro de ventanas idénticas. Cuando salí de aquel rascacielos, no obstante, ya tenía algo en qué meditar. Entre sus más notorios inquilinos, figuraba en el piso bajo, el First International Export Bank.

Cuando volví a mi trabajo, Haines me preguntó si me había ocupado de algún asunto personal y le respondí afirmativamente. Durante la tarde, mientras trabajaba con el metal y el vidrio, comencé a intuir una primera comprensión de mí mismo. Fue debido al vidrio. Tradicionalmente, se usan dos clases de vidrio para fabricar las ventanas de colores. Existe el verdadero vidrio coloreado que se llama «vidrio de metal de puchero», y es de un solo color: rojo o azul, verde o púrpura, o cualquier otro... pero de un solo tono.

La otra clase se llama «vidrio fulgurante», y es una combinación de dos colores, aunque uno de los dos siempre es el blanco. Cada color del vidrio es una lámina, y las dos están superpuestas, fundidas y cristalizadas juntas, como rojo y blanco, verde y blanco o azul y blanco, por ejemplo. Mediante el empleo de un ácido, el color de encima, que siempre es la lámina coloreada y nunca la blanca, puede grabarse en las zonas deseadas. La lámina blanca, así expuesta, puede regrabarse y colorearse, pero sólo con un color. Color que, invariablemente, es el amarillo o el dorado.

De esta forma, una pieza de vidrio fulgurante de color azul, puede ser azul en un sitio, blanco en otro, y dorado en un tercero.

Desde que hablé con Bianca, me convencí de que necesitaría cierta ayuda para localizar a Wainwright. Recordaba que este hombre era uno de los que figuraban en el edificio de apartamentos donde antiguamente residía Rosemary. Decidí que un abogado sería una valiosa ayuda. Cuando salí aquella tarde de Warner, volví a la Union Square y me paseé por Broadway, en dirección a la parte inferior de Manhattan. Los edificios de aquella zona son todos viejos y descascarillados, albergando a muy pocos inquilinos acaudalados. En el vestíbulo de uno, cerca de la calle Novena, vi los nombres de

varios abogados. Anoté los números de sus oficinas y empecé a visitarlas. Las tres primeras ya habían cerrado, pero la cuarta estaba abierta, y un abogado regordete y bajo, llamado Bozell, se hallaba repasando unos papeles en su despacho.

Miraba constantemente mi garganta, lo cual me ponía nervioso, y cuando logré articular una palabra, pareció sobresaltarse. Finalmente, dejé de hablar en absoluto, confiando tan sólo en mi bloc. De esta forma, le expliqué que deseaba obtener la mayor información posible respecto a un tal Howard Wainwright, corredor de Bolsa, a su negocio y también personalmente. Bozell accedió a servirme. Cuando le pregunté el precio nombró una cifra muy superior a lo que yo podía pagar. Como no deseaba discutir, y vocalmente me resultaba imposible, moví negativamente la cabeza y me dispuse a marcharme. Bozell me cogió del brazo y sugirió que tal vez había sobrestimado la tarea encomendada. Le di a entender que comprendía perfectamente su punto de vista, y que él, en cambio, sabía lo que yo deseaba. Entonces, me propuso que fijase yo el precio, cosa que hice. Le ofrecí cincuenta dólares; contrarrestó con cien y al final lo dejamos en ochenta. Quedó bien entendido que yo volvería a su oficina al día siguiente, a la misma hora.

Aquella noche los periódicos publicaron muy pocas noticias adicionales respecto a Rosemary Martin. Enterrado profundamente entre los demás artículos, el suyo apenas se diferenciaba de los demás sucesos. La joven había trabajado recientemente como modelo; vivía bajo nombre falso; y existía una vaga posibilidad de un amor desdichado, causa de su suicidio. Por lo que a mí atañía, me interesaba que la historia continuase de esta manera; tal vez la policía también aceptaría dicha versión.

Como ya era un residente fijo del Hotel Castillo, no me costó mucho conseguir algunas comodidades ilícitas que necesitaba. En mi interior se había desarrollado una presión, una edificación de deseos, un ansia innominada de algo que debí conocer en otros tiempos y que, subconscientemente, anhelaba volver a gozar. No era el licor. Aunque bebía coñac y, en algunas ocasiones, whisky, no me

producían placer alguno. No me gustaba su sabor, y el efecto de la intoxicación era como el de una enfermedad, un mareo, un torbellino en la cabeza, y ninguna clase de placer. Tampoco deseaba a las mujeres. Lo cual no indicaba falta de virilidad o un relajamiento de la masculinidad en mi interior, sino sólo una carencia de necesidades emocionales. Dentro de mi cuerpo había el vacío, una falta total de deseos, y en mi cerebro residía la incapacidad de unirme al mundo que me rodeaba. Mas, buceando en mi mente, descartando las necesidades de licor y mujeres, recordé el *hashish.*

Me di cuenta de que anhelaba fumarlo, y que un recuerdo olvidado de mi pasado me urgía más allá de toda resistencia. En el Castillo, le entregué al conserje un billete de veinte dólares, y le apremié a conseguirlo.

—Imposible —replicó, tras embolsarse el dinero—. No venden por aquí.

Su cabello negro y untuoso relucía bajo la lámpara. Sentí en mi interior un furor creciente, y me incliné sobre el mostrador para mirarle fijamente. Él leyó la cólera en mi rostro y se apresuró a darme explicaciones.

—Tal vez podría conseguirle un poco de marijuana.

Como la marijuana es la prima occidental del *hashish* oriental, asentí y subí a mi habitación, a la espera de los cigarrillos.

Eventualmente, llamaron a la puerta y al abrir vi a una joven muy sonriente.

—¿Quería usted unos petardos? —me preguntó.

Asentí.

Entró, y entreabriendo un bolso grande y negro, extrajo del mismo media docena de cigarrillos. Pude distinguir las anchas venas azuladas de sus delgadas muñecas; tenía el rostro demacrado, lo cual prestaba a sus rasgos una dureza agradable, pero usaba unos polvos demasiado claros contra el tono aceitunado de su tez.

Al entregarme los cigarrillos, sus ojos me miraron con interés y sonrió mecánicamente.

—¿Desea que me quede con usted?

Respondí que no, que no quería que se quedara. Era obvio que el conserje la había hecho subir ante la perspectiva de ganar otra comisión.

La chica se encogió de hombros con indiferencia.

—De acuerdo, tal vez más tarde... Si es así, llámeme. Me llamo Margarita.

Me dio el número de su habitación y se marchó.

Tumbándome en la cama, encendí un cigarrillo, e inhalé el humo hasta lo más profundo de mis pulmones, reteniéndolo hasta haberse filtrado en la sangre. Intuí que en el pasado, lo había hecho igual muchas veces. Cuando la droga empezó a producirme su efecto, sentí que mi indiferencia se desvanecía; me volví de lado y, como desde gran distancia, vi cómo el aislamiento de la apatía se iba separando de mí capa a capa. Esto me entristeció, pues prefería no sentir nada, no perder nada, en lugar de volver a experimentar emociones.

Imperceptiblemente, mi mente empezó a agarrotarse, como apretujada por un bastón enredado en unas cuerdas formadas por el casi invisible humo gris. Me acordé de Amar y me senté en la cama, poniendo luego los pies en el suelo. Claramente, con toda lucidez, con un odio helado flotando sobre mis sentidos, estuve sentado allí toda la noche.

Por la mañana fui a trabajar, pero mi mente no estaba atenta a la labor, por lo que trabajé desmañadamente hasta que volví a la oficina de Bozell.

Ya allí, el abogado me indicó una silla.

—Tengo varios datos para usted —empezó, con aire importante, rascándose la nuca—. Me ha costado bastante obtenerlos.

Hizo chascar el dedo cordial de su mano izquierda con la uña del pulgar de la derecha.

—Tuve que dar la impresión —añadió—, de que representaba a un acreedor que posiblemente presentaría una demanda contra Wainwright y su compañía.

No contesté. Permanecí sentado en la butaca, escuchando.

—Como sabe —prosiguió Bozell—, su nombre es Howard K. Wainwright, y es el jefe de su compañía... incidentalmente, de poca importancia. No era miembro de la Junta Bolsística, y sólo ocasionalmente trabajaba a través de los corredores licenciados. Wainwright afirmaba ser solamente un consejero de inversiones. Nadie sabe, al parecer, quiénes eran sus clientes ni nada al respecto. En realidad, no se ha presentado ninguno a reclamar nada contra él desde su desaparición.

Escribí una pregunta, pidiéndole más detalles sobre la oficina de Wainwright.

—Es pequeña, como he dicho, aunque está situada en Wall Street ([4]). A veces, utilizaba los servicios de una taquimecanógrafa-telefonista, aunque había una chica extranjera que trabajaba de manera fija para él. Esa muchacha constituía todo su personal.

Pregunté el nombre.

—Sara... no sé qué —replicó Bozell.

Conocía la respuesta a mi siguiente pregunta, pero la formulé de todos modos.

—Wainwright vivía en la calle Sesenta y Tres, junto a la Quinta Avenida —contestó Bozell.

Me dio la dirección exacta, resultando que era el mismo edificio donde había residido Rosemary Martin.

—También descubrí que las autoridades andan buscando a Wainwright para interrogarle respecto a la muerte de una joven conocida suya.

«¿No le habían localizado todavía?»

—No. Todavía no.

«¿Cuánto hace que desapareció?»

—Nadie lo sabe exactamente. Tres o cuatro meses al menos, posiblemente más. Nadie dio cuenta de su desaparición; a nadie pareció interesarle.

«Y el apartamento y la oficina?»

—Los contratos caducaban dentro de varios años, y él pagaba los alquileres mediante cheques anuales. Los propietarios no tienen

ninguna queja al respecto.

Le comuniqué a Bozell que si necesitaba alguna otra información me pondría en contacto con él. Como aún era temprano, decidí volver al hotel. Allí fumé otro cigarrillo e intenté calcular la situación. Wainwright había desaparecido por la época en que a mí me atacaron; era probable que hubiese muerto... asesinado. Él y Rosemary Martin habían vivido en el mismo edificio, lo cual era algo más que una coincidencia. Llegué a la conclusión de que era sumamente interesante registrar el apartamento de Wainwright, aunque no se me escapaba el riesgo que entrañaba tal acción. Indudablemente, la policía ya habría registrado aquel domicilio, y era probable que aún siguiera vigilado.

Sin embargo, cuanto más reflexionaba en esta posibilidad, menos probable la encontraba. En la policía siempre hay escasez de hombres, y faltando ya Wainwright desde hacía varios meses, no parecía razonable suponer que la policía efectuase algo más que un registro ocasional de su apartamento. Ciertamente, no mantendrían una vigilancia constante por tratarse de un asunto rutinario, por lo que decidí aguardar hasta muy tarde para visitar el apartamento del corredor de Bolsa.

A las dos de la madrugada, la calle Sesenta y Tres estaba desierta. El vestíbulo del edificio, con sus buzones pulimentados, se hallaba iluminado por una lámpara muy discreta, y a su resplandor discerní que el apartamento de Wainwright era el 3-A. Volviendo a comprobar todos los nombres, no descubrí nada relacionado con Rosemary Martin u O'Hanstrom. Era lógico suponer que, después de abandonar Rosemary su apartamento, lo habían alquilado a otro inquilino.

Junto al ascensor, que estaba con las puertas abiertas, había una escalera. Decidí que subir a pie me ofrecería la oportunidad de vigilar el pasillo antes de acercarme al apartamento de Wainwright. Al llegar al tercer piso, me asomé discretamente y vi que el corredor estaba desierto. Sólo había dos apartamentos en el piso: el 3-A frente a la escalera, y el 3-B al fondo del pasillo.

Utilizando la palanqueta, abrí con facilidad la puerta del apartamento. Me calcé unos guantes, giré el pestillo y entré en el piso, cerrando la puerta a mis espaldas.

Permanecí unos instantes con la espalda apoyada en la pared, escuchando; no detecté el menor signo de vida. Al otro lado de la habitación, la luz se filtraba a través de las ventanas que daban a la calle. Echando las persianas, corrí los pesados cortinajes y dejé el cuarto en una completa oscuridad. Encendí un fósforo y luego mía lámpara de mesa. Dejándola en el suelo, amontoné varios almohadones encima para reducir el resplandor. Tras tomar estas precauciones, comprendí que nadie podría divisar la luz desde la calle.

El apartamento estaba compuesto por un amplio salón, un dormitorio, un vestuario pequeño, un comedor, la cocina, y junto a la misma el cuarto de la criada con un baño. Sin embargo, este cuartito estaba amueblado y equipado como un despachito, con una mesa escritorio, una máquina de escribir, y otros artículos burocráticos. Tan pronto como abrí un archivador, comprendí que alguien había registrado ya el apartamento. Faltaba toda la correspondencia.

El escritorio me otorgó algo más. Un cajón contenía un montón de papel de cartas con el membrete «Howard Wainwright, Consejero en Inversiones».

Allí no había nada que atrajese mi atención, por lo que no tardé en revisar todo el contenido, pero antes de cerrar el cajón, saqué el papel de cartas y lo hojeé con el pulgar. Hacia la mitad del montón, salió, cayendo al suelo, una hojita de dietario. Dejé las cartas en la mesa y recogí la hojita.

Había una anotación mecanografiada:

Mecca. Al-Suweika. Set. 2241
Oct. 4333
Nov. 8781

Me metí la hojita en el bolsillo, terminé el registro de la mesa y no hallé nada más. En cuanto al resto del despacho, lo habían registrado todo escrupulosamente.

El armario del dormitorio me permitió ver varios trajes de caballero, muy bien colgados, además de diversos abrigos, zapatos y otros adminículos de vestir. En los bolsillos encontré varias cajas de cerillas, recibos abonados, y nada más. El segundo armario, más amplio, estaba vacío.

En el vestuario hallé el rastro de Rosemary Martin. Acababa de registrar concienzudamente una cómoda de varios cajones que contenía la ropa blanca de Wainwright sin encontrar nada raro. Luego, dirigiéndome hacia una alacena, abrí cada uno de sus cuatro cajones y los hallé todos vacíos; sin embargo, capté un detalle: ¡el aroma a madera de sándalo!

Volvió a mi cerebro el recuerdo de la noche en que registré el dormitorio de Rosemary en casa de Bianca; en el tocador había olido el mismo perfume a sándalo. Es muy difícil romper con una costumbre, y Rosemary había seguido con su manía personal de perfumar el tocador con aquel aroma. El significado del armario y el tocador vacíos estaba ya claro para mí. La joven, en alguna época, había vivido en el apartamento de Wainwright.

Aunque no podía determinar exactamente la época, era probable que ocupase este apartamento cuando Bianca la conoció, trasladándose luego a Greenwich Village. Y, no obstante, al cabo de tantos meses, ¿por qué no se había borrado completamente aquel olor a sándalo? ¿Por qué no había desaparecido, por qué no había colocado Wainwright sus objetos personales en aquella alacena?

Me acordé de lo dicho por Bianca. Cuando Rosemary Martin se trasladó a! hotel, le contó a su amiga que tenía parte de su equipaje almacenado. Indudablemente, se refería a las prendas que había dejado en el apartamento de Wainwright. Debía poseer una llave del mismo, y volvió a recogerlo todo. Según la policía y el propio Bozell, Wainwright llevaba varios meses desaparecido. ¿Sabía Rosemary dónde estaba? Esta pregunta no podía ya obtener respuesta.

Pero cuando regresé al salón, no obstante, seguía meditando sobre esta cuestión. Inmediatamente sentí el cañón de un revólver contra mi espalda.

—Señor —masculló una voz desconocida—, la espera no ha sido en vano.

24

Sonó el teléfono. Burrows consultó el reloj. Eran las doce y doce minutos.

—Probablemente será Gorman —le comunicó a Jensen.

Al coger el teléfono vio que no se había equivocado. Era Gorman, el médico forense.

—He terminado la autopsia —manifestó Gorman— y puedo darle por teléfono mis hallazgos. Más tarde le enviaré el informe oficial.

—Está bien —asintió Burrows.

Atrajo hacia sí un bloc de notas.

—Bien —empezó el médico—, no estuve muy equivocado en mis primeras suposiciones. El cadáver pesa ochenta y siete kilos, y mide un metro ochenta centímetros y medio. Originalmente, el pelo era castaño claro, con ciertas hebras grises en la actualidad, y por su edad, se hallaba en buena forma física.

—¿Qué quiere decir con esto? —inquirió Burrows.

—Es imposible acertar con la edad exacta mediante una autopsia. Sólo puedo definirla hasta cierto punto. En vida, ese individuo debía parecer más joven de lo que era.

—¿Cómo?

—Según su aspecto, debía rondar los cuarenta, más o menos. Pero los órganos, las arterias y demás... parecen indicar más edad.

—Tal vez bebía demasiado —observó Burrows.

—Posiblemente. Además, quedó casi decapitado por una cuchilla de carnicero, o algo muy semejante.

—¿Muy ancha y pesada?

—Prácticamente, una espada. Sí, podemos llamarla espada. El examen de los zapatos y calcetines no ha reportado ninguna materia extraña; nada de polvo, arena, cemento o materias que no suelan encontrarse en Nueva York.

—Lo cual significa que vivía aquí.

—Necesariamente no. Pero al menos no anduvo con esos zapatos fuera de Nueva York últimamente. Las suelas se hallan en buen estado, aunque algo desgastadas, lo que indica que hacía cierto tiempo que calzaba dichos zapatos.

—¿Cuál fue la hora de la muerte?

—Entre las doce de la noche y la una. No puedo fijarla con exactitud. Digamos que puede existir una diferencia de quince minutos a cada extremo.

—¿Y la cicatriz?

—Muy antigua, indudablemente. Característica en la forma y el aspecto. He visto muchas en la guerra.

Cuando Gorman colgó, Burrows le pasó toda la información a Jensen.

—El forense acertó bastante en sus primeras deducciones —comentó aquél.

—Seguro —asintió Burrows—, pero...

25

Por un momento estuve completamente inmóvil.

—Soy un hombre paciente —continuó la voz a mi espalda—, y la paciencia siempre se ve recompensada... *khlas.*

Khlas... al fin.

El revólver estaba firmemente plantado en mi espalda. Extendí los brazos al costado, manteniéndolos separados de mi cuerpo. Pude sentir una mano que palpaba mis ropas en busca de armas ocultas; luego, cautelosamente, vació el contenido de mis bolsillos, arrojándolo todo al suelo.

—La llave, por favor —me pidió, después de asegurarse de que no la tenía.

El revólver se apartó ligeramente de mi cuerpo, y entonces recobré el poder de mis reflejos. Instintivamente, retrocedí, aferrando con fuerza el cañón del revólver, que aparté a un lado. Sin el menor esfuerzo, mi cuchillo salió de su escondrijo en la manga de mi chaqueta, y lo arrojé por encima del hombro sin volverme. La hoja hirió el brazo de mi contrincante a mi espalda, y el revólver cayó al suelo.

Giré en redondo y sostuve la punta del cuchillo contra el estómago de mi contrincante, el cual se llevó una mano al hombro herido. Le indiqué que diera media vuelta. Obedeció con reluctancia. Cuando estuvo de espaldas a mí, recogí el revólver del suelo y lo

empuñé fieramente. Debido a la poca luz reinante en la estancia, me resultaba difícil distinguir bien a mi adversario, por lo que di una vuelta completa a su alrededor; era bajo, muy delgado, de media edad, con ojos negros muy intensos y cabello oscuro y espeso. Aunque sus ropas eran de corte americano, no sabía llevarlas, por lo que pensé que debía tratarse de Amar. Por un momento, estuve tentado a hundir mi cuchillo en su cuerpo y cerrarle la boca con la mano, pero descarté esta idea y le golpeé en la sien con el revólver. Cayó al suelo, donde se quedó inmóvil. Le quité todos los papeles y objetos que llevaba en los bolsillos, así como su billetera. Le dejé inconsciente en el suelo, recogí todo lo mío y salí de allí.

Tenía prisa por llegar al Castillo, hacer el equipaje y largarme. Como había cogido su dinero, Amar no podría seguirme inmediatamente, y esta demora me permitiría perderme de nuevo en la ciudad. En el hotel, el conserje leía un periódico en su mostrador y no se molestó en levantar la mirada cuando pasé por el vestíbulo con mi maleta. Detuve un taxi, me hice conducir hacia la parte alta de la ciudad y bajé delante de un hotel de aspecto desolado en la parte inferior de Broadway. Era el Hotel Arena, del mismo aspecto que el otro.

En mi nueva habitación, una versión ligeramente mejorada de la del Castillo, esparcí el contenido de los bolsillos de mi enemigo, así como lo que me había llevado del apartamento de Wainwright. Había una carta breve dirigida a Amar Al-Kariff indicando la partida de un barco dos semanas antes hacia un puerto africano, escrita a máquina, en inglés. El membrete rezaba «Tajir Transportation Company», con oficinas en Damasco, La Meca y El Cairo. Como la carta no llevaba sobre, no pude averiguar desde donde había sido enviada. Pero reconocí la palabra *Tajir* que, en árabe, significa *exportadores-importadores de toda clase de productos.*

Una estilográfica, un lápiz automático, y una boquilla fueron los objetos que examiné escrupulosamente, si bien no ocultaban nada. En el billetero hallé la licencia de conducir de Amar, cuya dirección era una residencia elegante. Había media docena de tarjetas

personales con su nombre y el de la compañía exportadora-importadora, cuya dirección se hallaba en el extremo inferior del West Side, o sea en los muelles. Aparte de las tarjetas y la licencia, encontré un manojo de cinco llaves y noventa y un dólares.

Me metí el dinero en el bolsillo, rompí la carta y las tarjetas, y arrojé el billetero y las llaves a un respiradero.

Aquella madrugada estuve considerando un nuevo problema: ¿debía regresar a mi empleo de la compañía Warner? Necesitaba recoger la llave soldada al marco de la ventana, aunque era aconsejable aguardar a que la precisara urgentemente. Si Amar Al-Kariff me había seguido desde el Castillo a mi trabajo, ciertamente rondaría por allí a fin de encontrarme de nuevo. Por otra parte, tal vez sólo me esperó en el apartamento de Wainwright, o quizás aguardaba a otra persona allí, si bien esto era muy dudoso, pues me había llamado por teléfono a casa de Bianca, con la esperanza de obligarme a entrar en acción.

Estaba casi seguro de que había conseguido mi rastro gracias a Rosemary Martin, y que indudablemente lo había perdido al marcharme yo del Hotel Castillo. En tales circunstancias debía volver a la Warner a recoger la llave.

Tras presentarme en la compañía como de costumbre, cogí la llave a la primera oportunidad y le escribí una nota a Haines explicándole que me encontraba mal. Tenía que irme a casa, cosa que hice, aunque no me dirigí al nuevo hotel hasta después de ir hacia el norte en el Metro; luego, me dirigí a pie a través de Macy, por donde salí a la calle escurriéndome por una salida de emergencia. Entonces, alquilé un taxi y fui al Hotel Arena; no era probable que me hubiesen seguido.

Ya en el hotel, saqué la hojita que Swan me había entregado en el Banco, con el membrete:

...del despacho de

C. K. Swan, vicepresidente del
Banco de Cambio de Mercaderes y Químicos.

Swan había anotado en lápiz la dirección de la *New Amsterdam Safe Box News.* Borré cuidadosamente lo escrito y anoté con pluma:

La presente sirve para presentar al señor Victor Pacific, uno de nuestros depositantes que recientemente estuvo enfermo. Agradeceremos cualquier información que puedan suministrarle.

Firmé *C. K. Swan* con un buen floreo.

En el Edificio Amco, penetré en el First International Export Bank. Bianca me aguardaba dentro. Volvimos al vestíbulo donde le expliqué trabajosamente lo que deseaba que hiciese, puesto que a mí me había sido imposible decirlo por teléfono cuando concerté con ella el encuentro. Acto seguido, ella asintió, aunque en sus ojos se leían muchas preguntas. Tras penetrar de nuevo en el banco, nos dirigimos al despacho del señor Jackson, vicepresidente. Le entregué la hoja de Swan, que leyó atentamente; después, respondió que trataría de servirnos lo mejor posible.

—Yo soy la enfermera del señor Pacific —explicó Bianca, con su mejor sonrisa—. A él le resulta muy difícil hablar, por lo que, con su permiso, lo haré yo por él.

—Ciertamente, ciertamente —consintió Jackson.

—El señor Pacific, antes de su enfermedad, se ocupaba en negocios de importación. Sin embargo, debido a su accidente, ha sufrido una pérdida parcial de la memoria y no recuerda bien todos los detalles.

—¿No pueden ayudarle en su compañía? —inquirió Jackson.

—No —replicó Bianca—. Su negocio era de poca importancia, en realidad, de carácter personal casi, y como su secretaria, debido al tiempo transcurrido por su enfermedad, abandonó el empleo, no ha podido ser localizada.

—Ciertamente, deben existir archivos…

Bianca, con la destreza de una actriz consumada, movió la cabeza, sonrió ligeramente, y, fingiendo esconder el gesto de mi mirada, se golpeó levemente la frente.

—Es posible que el señor Pacific se desprendiese de sus archivos poco antes de su enfermedad.

—Oh... —exclamó Jackson, mirándome con profunda compasión, y volviendo a dirigirse a Bianca—. Bien, le ayudaremos si nos es posible. ¿Qué desea saber?

—Sólo si el señor Pacific tenía una cuenta en este banco.

—Esto es fácil —asintió Jackson.

Cuando iba a coger el teléfono de la mesa, Bianca añadió suavemente:

—Naturalmente, mientras estuvo enfermo, insistió en utilizar diversos nombres. Bueno, esto fue una molestia, pero —bajó la voz — el pobre, en sus delirios... ya sabe. Bien, uno de sus nombres favoritos era el de O'Hanstrom.

Jackson pidió la información al departamento de contabilidad. Sostuvo el teléfono junto a su oído unos momentos antes de volver a dirigirse a Bianca.

—Tenemos una cuenta a nombre de Nell C. O'Hanstrom. Nada a nombre de Pacific.

Escribí en el bloc:

«¿Qué hay de la Tajir Transportation Company, y un tal Horstman?»

Le entregué el bloc a Bianca. La joven repitió la pregunta a Jackson. Éste se encogió de hombros y volvió a hablar por teléfono. Tras una breve pausa, asintió y colgó.

—Sí y no —explicó—. Tenemos una cuenta de la Tajir Transportation Company, pero no hay ninguna ficha a nombre de Horstman —se reclinó en su asiento, dispuesto a concluir con el asunto, para lo cual le espetó a Bianca—: En ambos casos, esas cuentas no tienen la menor relación con el señor Pacific. Una es de la *señorita* O’Hanstrom y la otra de una compañía internacional.

Bianca le dio las gracias amablemente y se puso de pie. Mas yo no estaba satisfecho, por lo que escribí otra pregunta. Tras leerla, ella se volvió hacia el vicepresidente.

—¿Existe alguna objeción en indagar cierta cuestión relacionada con su departamento de cajas de seguridad?

—En absoluto —la tranquilizó Jackson.

Ya abajo, en el sótano del banco, pasamos por una puerta con rejas de acero, hacia una salita de recepción que contenía una puerta tremendamente gruesa. Allí, hundí el rostro en mi bufanda, a fin de ocultar mis facciones en lo posible. Bianca efectuó una rápida explicación y se refirió a Jackson, quien la había autorizado a hacer preguntas. El encargado del departamento aceptó su historia y, rápidamente, consultó una lista de orden alfabético, explicando que Nell C. O’Hanstrom tenía una caja de seguridad, si bien no había ninguna a nombre de Horstman, Pacific o Tajir Transportation.

Bianca le formuló una pregunta muy inteligente, que a mí me había pasado por alto.

—¿Autorizó la señorita Nell C. O’Hanstrom a otra persona a tener acceso a su caja de seguridad? —volviéndose a mí explicó—: Cuando mi madre poseía una, yo solía gozar de ese permiso.

Después de examinar los archivos, nos dijeron que un tal señor Wainwright, Howard K., tenía permiso para ser admitido al departamento a cualquier hora, poseyendo una llave. Esta información se relacionaba apretadamente con lo que yo ya conocía. Rosemary estuvo directamente unida a Wainwright, tanto en su vida personal como en sus negocios.

Sin embargo, todavía quedaba en pie otra pregunta. ¿Qué había en la caja de seguridad? Era posible que Rosemary o Wainwright hubiesen estado en el departamento poco antes de la muerte de la primera o la desaparición del segundo. Pero, puesto que yo tenía la llave de la caja en el bolsillo, decidí que no debía de ser así. Ella se hallaba demasiado asustada para guardar la llave y me la había entregado. Indudablemente, Wainwright poseía la segunda llave.

—¿Dónde vive ahora, Vic? —quiso saber Bianca, cuando estuvimos ya en la calle.

Moví la cabeza negativamente. Ella me cogió del brazo.

—Tiene razón. Es mejor que yo no lo sepa. ¿Puedo ayudarle en algo más?

Desde que habíamos salido del banco estaba considerando la posibilidad de abrir la caja de seguridad. Nos detuvimos al resguardo de un portal y, de nuevo gracias a mi bloc, le expliqué a Bianca que era peligroso que volviese a verme, pero que podría ayudarme por última vez si poseía alguna muestra de la escritura de Rosemary Martin.

Después de reflexionar un instante, replicó que tal vez hallaría unas notas o tarjetas que Rosemary había dejado olvidadas en su casa. Le pedí que me las enviase a la tercera zona, apartado de correos. Prometió hacerlo inmediatamente.

Aunque ya sabía que Rosemary Martin y Howard Wainwright poseían juntos una caja de seguridad, también estaba igualmente seguro de que yo tenía una en Nueva York. Existía la respuesta de la *New Amsterdam Safe Box News* para apoyar esta convicción, pues la petición de información se había efectuado a nombre de Pacific. De repente supe, con la misma seguridad, que Amar no había logrado hallar la respuesta al anuncio en el apartamento de Merkle. A éste le había el árabe propinado un golpe prematuramente, antes de que el otro tuviese oportunidad de revelarle el escondite, y el registro del apartamento no había dado resultado. Tal vez Merkle hubiese dejado la carta en la ferretería donde trabajaba. Si esto era exacto, la noche en que me tropecé con Amar en el apartamento de Wainwright, aquél estaba buscando la llave duplicada de Rosemary Martin, en poder de Wainwright, y no la llave de Victor Pacific.

Decidí que más adelante tendría tiempo de buscar mi propia caja de seguridad. Quizá si hallaba la respuesta a la de Rosemary Martin y Wainwright, encontraría mi propia respuesta. Ciertamente, entre los tres debía de existir una conexión directa.

Gran parte de la cuestión dependía de que yo fuese capaz de poder examinar la caja de seguridad a nombre de O'Hanstrom, pero no tenía el convencimiento de poder lograrlo.

Antes de conseguir ver al doctor Minor tuve que aguardar largo rato en el hospital. Finalmente, salió al pasillo y me estrechó la mano.

—¿Cómo está? —me preguntó.

—Muy bien —respondí con mi enronquecida voz.

Minor pareció tan contento como si yo fuese un papagayo amaestrado.

—Continúe así y aún acabará cantando en el Metropolitan.

Yo lo dudaba. Sin embargo, reí cortésmente, y al final formulé la pregunta que deseaba hacerle. Leyó mi nota y meditó breves instantes.

—Sí —respondió al fin—, parecía usted otro la noche que le trajeron. Lucía un bigote pequeño y bien cuidado, de corte militar. En el hospital no se permiten los bigotes, excepto a los pacientes que se los pueden cuidar por sí mismos, cosa que usted no podía hacer. Pero aún más importante, usted había perdido mucha sangre que le cubría el rostro y el cabello. En consecuencia, tuvimos que recortarle el pelo de la frente y las sienes.

Después de algunas frases más, comprendí que mi aspecto había cambiado gracias al afeitado del bigote y al corte de pelo, modalidad que había seguido conservando desde mi salida del hospital, aparte de la pérdida de peso. Aunque, a decir verdad, estaba ganando peso nuevamente, y ensanchando el pecho.

Bianca mantuvo su palabra, y no tardó mucho en enviarme por correo una carta que recogí al día siguiente. Adjuntaba dos notas breves de Rosemary, que ésta le había dirigido; en una le rogaba que no la aguardase levantada porque llegaría tarde, y en la otra hablaba de algo relacionado con un regalo de cumpleaños. Por suerte, había las suficientes palabras y letras para poder formar el nombre de Nell C. O’Hanstrom. En lo posible, comparé las letras y elegí las redactadas con más naturalidad. Luego, encargué fotocopias de las mismas, y recortando las letras, las pegué una

junto a otra, hasta formar el nombre, las iniciales y el apellido. Lo malo fue que poseía una *N* y una *H* mayúsculas, pero ninguna C ni O.

Tras muchas pruebas, y gran pérdida de tiempo, escribí finalmente, y di mi aprobación, a una prueba del nombre, con todas las letras unidas, como habría hecho Rosemary. No puse la C inicial, pues no podía imitarla, y decidí correr el albur. Sin embargo, no podía prescindir de la O mayúscula, lo cual era una dificultad; eventualmente, seleccioné una O sencilla, ligeramente picuda por arriba.

Como Bianca había estado conmigo en el banco, y seguramente se acordarían de ella, no era aconsejable que me acompañase. Y no obstante, necesitaba ayuda. No podía confiar en nadie más, tal vez con exclusión de Margarita, la chica que me había llevado los cigarrillos de marijuana en el Hotel Castillo. Claro que no podía fiarme de ella, aunque quizá sí pudiese comprar su temporal fidelidad. Además, debido a sus actividades ilegales, vacilaría mucho en acudir a la policía. Finalmente, más concluyente aún, no podía pedírselo a nadie más. Ella me había dado su número de teléfono, y conseguí que un botones del Arena la llamase, pidiéndole que fuese a verme al hotel.

26

A la una de la tarde, Jensen decidió irse a casa para dormir unas horas. Tras separarse de Burrows, pasó por su despacho de la Brigada de Homicidios, en Manhattan Este, situada en la calle Treinta y Cinco Este. Allí, sin embargo, le esperaba un mensaje del Departamento de Identificaciones. Después de llamar a Jefatura en respuesta al mensaje, volvió al Precinto Octavo para ver a Burrows.

—Pensé que te habías ido a casa —comentó el detective al ver entrar a Jensen.

—Ésta era mi intención —replicó su colega. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño—. Ha ocurrido una novedad y creí preferible venir a verte.

—Iba a marcharme —gruñó Burrows—. ¿De qué se trata?

—Tumer me envió una nota para que le llamara al departamento de dactilares. Entró de servicio a mediodía, y al leer los informes de anoche le pareció recordar el nombre de Pacific.

—Ya —rezongó Burrows—. Algo les había pasado por alto, ¿eh?

—No, no fue culpa suya. No existen huellas en el archivo. Esto fue lo ocurrido. Turner recordó haber recibido hace mucho tiempo un informe de Washington. Se acordó del nombre y decidió mirar en los archivos. Sí, el nombre está allí, en el archivador principal, pero ha desaparecido la ficha.

—¿Desaparecido? —sorprendióse Burrows.

—Seguro, desaparecido.
—¿Por qué?
—Que me registren.
—Pero —objetó Burrows—, nadie puede sacar su ficha de esos archivos. Pacific, aunque fuese un gran personaje, sería incapaz de conseguirlo.
—Tal vez Pacific no sea Pacific.
—Ha de serlo. Mira, en este mundo todo cambia... excepto una cosa: las huellas dactilares.
—Sí, pero ¿y la ficha desaparecida?
Burrows sacudió la cabeza.
—Ni el propio jefe del FBI lograría hacer desaparecer una de esas fichas.
—Lo sé. Bien —añadió Jensen—, Turner buscó en el fichero de duplicados y halló que se trata del mismo tipo.
—¿Victor Pacific?
—Sí, Victor Pacific.
—Tengo una idea —exclamó Burrows—. Quédate por aquí. Voy a comprar una cosa. Sí, tengo una idea. Ya veremos.

27

Abrí cuando Margarita llamó a la puerta. Llevaba el mismo bolso grande que la otra vez.

—¿Quería verme? —preguntó.

—Sí.

Cruzó indolentemente el cuarto y se instaló en una de las sillas de madera. La contemplé cuidadosamente. Su tez tenía el color de las aceitunas; sus facciones eran correctas, sin ser grotescas en absoluto. Pese a su hosquedad era bastante atractiva. Pero no había que engañarse en modo alguno: era una ramera; la falda muy ajustada, muy llamativa, y su aspecto resultaba retador. Me sentí desanimado; no se parecía en nada a Rosemary Martin, y dudaba mucho de que con ella pudiera llevar mi plan a la práctica con buen éxito. De todos modos, no quedaba otra alternativa, y sólo podía confiar en que en el banco no recordasen en absoluto el aspecto de la difunta Rosemary.

Al principio, cuando le escribí lo que deseaba de ella, o sea que aprendiese a falsificar una firma, se mostró muy terca, sobre todo al añadir que debía aprender a firmar rápidamente con aquel nombre en público.

—No, gracias —replicó escuetamente—. Ya tengo bastantes problemas para crearme otros.

Le describí la caja de seguridad y le conté que pertenecía a mi esposa que me había abandonado; que contenía varios documentos importantes que yo necesitaba urgentemente y que no tenía otro modo de conseguirlos.

—¿Dónde está ahora su consorte?

Escribí que lo ignoraba.

—¿En Nueva York?

«No, aquí no.»

—¿Qué precio tiene eso?

«Cien dólares.»

Considero mi oferta cuidadosamente.

—Sólo tengo que ir al banco con usted y firmar una ficha a nombre de Nell O'Hanstrom, ¿verdad? ¿Nada más?

«Correcto», asentí.

Le dije que si alguien se lo preguntaba, dijese que su inicial intermedia era C.

—¿No tendremos líos con la bofia?

«En absoluto.»

Aunque tardó bastante en acceder, una vez hubo aceptado se dedicó a la tarea de todo corazón. Le entregué el papel donde había copiado la firma de Nell O'Hanstrom y prometió practicar todo el día y volver al siguiente.

Cuando se hubo marchado, revisé todo lo que había ido reuniendo de Rosemary Martin. No logré comprender el significado del recorte de periódico relativo a las regatas universitarias. Evidentemente, era importante la fecha de 1895, y esos números podían ser un recordatorio de muchas cosas: una dirección, un número de teléfono sin las iniciales de la zona, el número de una caja de seguridad...

Después de considerar varias soluciones, llegué a la conclusión de que se trataba de una artimaña, demasiado elaborada para esconder una dirección o un número telefónico, pero no para una caja de seguridad. Margarita tendría que decirle al encargado del banco el número de la caja, por lo que podía utilizar el 1-8-9-5, y si

no era éste, fingir que se le había olvidado. A lo mejor, esta treta daba resultado.

Al día siguiente, cuando volvió Margarita, le entregué una hoja de papel para que escribiera en ella. Efectuó con rapidez la firma de Nell O'Hanstrom. Luego, la comparé con la conjuntada por mí. No era muy buena, mas tampoco muy mala.

—¿Qué tal? —quiso saber la joven.

«Ha de ser mejor», escribí, tras mover negativamente la cabeza.

—Está bien —se enfadó, por no saber apreciar sus facultades imitativas—. Lo intentaré. ¿Cuándo iremos al banco? ¿Hoy?

—Mañana.

—De acuerdo, practicaré un poco más.

Antes de irse, le expliqué cómo debía vestirse.

—Seguro —repuso—, tengo un abrigo. Algo viejo, pero es de lanilla.

Era precisamente el más adecuado para mi plan.

Al llegar al banco, Margarita tenía el aspecto más aproximado posible al de una dama. Antes de salir del hotel, insistí en que se quitase casi todo su maquillaje, dejando pintados tan sólo los labios. Llevaba un abriguito corriente; el cabello bien peinado, reluciente bajo un sombrerito. Ensayamos, paso a paso, todo lo que debía suceder en el banco. Margarita me aseguró que se hallaba bien posesionada de su papel, y pensé que la gran confianza que poseía en sí misma la ayudaría grandemente.

Mientras descendíamos por la escalera del banco hacia el sótano, deslicé la llave de la caja de seguridad en su bolsillo. Delante de la puerta enrejada, presioné el timbre y pasamos al interior. Yo me había calado unas gafas de lentes lisos, y un sombrero nuevo, muy encajado en mi cabeza. Esperaba que nadie me reconociese desde mi última visita allí con Bianca. Así fue. El empleado que había atendido a Bianca estaba ocupado con otros clientes.

—Deseo abrir la caja 1-8-9-5 —díjole Margarita, con gran entereza, al que nos atendió.

El empleado le entregó una cartulina y un bolígrafo.

—Firme aquí, por favor.

De manera casual, Margarita trazó la firma de Nell O’Hanstrom, devolviendo la tarjeta al dependiente, junto con la llave. El joven, con la cartulina en la mano, fue hacia un archivador y comparó la firma. Vaciló un instante, y mi tensión subió de punto.

—¿Cuál es su inicial intermedia? —inquirió el empleado.

—C —replicó Margarita-C de Charlotte.

—Gracias.

Nos indicó que le siguiéramos a través de otra pesada puerta, y agachándose ligeramente, insertó su llave maestra, y después la que le había entregado Margarita. Así abrió una puerta de metal, ovalada, y extrajo una caja de acero.

—Vengan por aquí —nos ordenó.

Le seguimos por un corredor que presentaba varios cubículos a ambos lados. En cada uno había un escritorio, una silla, una lámpara y recado de escribir. El empleado dejó la caja en la mesa y, abandonando el cuartito, cerró la puerta a sus espaldas. Pude oír el ruido del pestillo.

—Bien, ya está —exclamó Margarita satisfecha.

—Sí.

Le entregué cien dólares y le indiqué que se mantuviese de pie en el rincón más alejado de la estancia... de cara a la pared. Una vez hubo obedecido, abrí la caja, resguardándola con mi cuerpo.

En el interior había un montón de billetes del gobierno de Estados Unidos, por valor de diez mil dólares cada uno... diez en conjunto, o sea cien mil dólares. En un gran sobre color manila, había una serie de letras aceptadas, que variaban desde cincuenta mil a cien mil dólares. Todas iban a nombre de Howard Wainwright, y podían acreditarse en cualquier banco de Estados Unidos, o de otros países. Los aceptos iban endosados por diversos bancos, por un total de novecientos mil dólares. Además, no podían figurar en ninguna cuenta bancaria. Tradicionalmente, los utilizaban los importadores y exportadores.

Salimos del cuartito y Margarita devolvió la caja y la llave al empleado. Éste cerró la caja y devolvió la llave a la joven. Abandonamos la entidad bancaria sin pronunciar palabra.

—Bueno, cariño —quiso saber ella—, ¿tienes ya lo que deseabas?

No lo sabía. Tenía un millón de dólares pertenecientes a Wainwright, que tal vez no me servirían de nada. Un billete de diez mil dólares no es moneda corriente, y quizá me resultase difícil cambiarlos todos. Para ello, los bancos desean conocer a su poseedor, que ha de quedar bien identificado.

Esos billetes suelen emplearse para la transferencia de fondos de las grandes empresas, para operaciones en la Bolsa, o para otros fines comerciales.

—Debe de ser tremendamente importante —prosiguió Margarita —. Me parece que te has llevado muchos papeles.

No repliqué, sino que apreté el paso, y ella tuvo que correr casi para mantenerse a mi altura.

—Si tan importante era —jadeó la muchacha—, cien dólares no son bastantes. Tal vez te dignes darme algo más.

Su voz poseía una nota profesional.

Pasábamos por delante de una boca de Metro y me detuve súbitamente. Arrastrándola a un lado, de modo que nos ocultase en parte su umbral, saqué un billete de veinte dólares. Y lo sostuve en alto, de modo que ella pudiese divisar el cuchillo escondido en la manga de mi chaqueta.

Margarita contempló el billete, y lentamente volvió los ojos hacia el mango descansando en mi palma. No me moví hasta que levantó la mirada hasta mi rostro. Temblando, se ajustó más el abrigo en torno a su cuerpo. No había necesidad de hablar; el mensaje era muy claro y lo comprendió. Cogiendo los veinte dólares, bajó corriendo la escalera del Metro y desapareció.

De vuelta al Hotel Arena, me miré al espejo. Desde mi última visita al doctor Minor, había decidido dejarme de nuevo el bigote. Sólo habían transcurrido tres días, por lo que encima del labio sólo

había una ligera sombra. Cuidadosamente, lo afeité siguiendo la línea del bozo, y ensombrecí éste con un lápiz. El bigote reapareció casi en todo su esplendor. Luego, volví a mirarme al espejo. Un bigote no disfraza a una persona si sus facciones son muy conocidas; sin embargo, cambia la expresión del rostro.

Sonó el teléfono, lo cual me sorprendió, puesto que solamente Margarita sabía dónde vivía. Levanté el receptor.

—¿Sí?

—¿Pacific? —era la voz de Santini—. Estoy en el vestíbulo y quiero verle. Voy a subir... ¡y no intente escapar!

No tenía la menor intención de huir y colgué el aparato. A los pocos instantes oí la puerta del ascensor y los pasos del policía acercándose a mi habitación. Abrí.

—Bien —gruñó—, es realmente agradable volver a verle, Pacific.

Sin embargo, su tono no era amistoso, y el significado resultaba retorcido. Entró y sentóse en la cama sin quitarse el sombrero ni el abrigo. Parecía estar encaramado en el lecho, como un ave de presa, moviendo lentamente la cabeza de lado a lado, como para mirar en torno.

—Una excelente habitación —comentó—. ¿Le molesta que eche un vistazo?

—Sí.

Pareció sorprendido.

—¿Le molesta que eche un vistazo?

«Sí —escribí rápidamente en el bloc—. ¿Tiene un mandamiento?»

Santini leyó lo escrito y apretó los labios, asombrado.

—¿Necesito un mandamiento para echar un vistazo? ¿Un mandamiento entre dos viejos amigos?

Me estaba estudiando atentamente.

«¡Esto es exactamente lo que quiero decir!», escribí.

Santini se puso deliberadamente de pie; me planté ante él. Estábamos a menos de medio metro uno del otro, mirándonos ferozmente. Santini tenía las manos a los costados. No le temía;

antes de que pudiera sacar el revólver, mi cuchillo estaría clavado en su cuerpo. Tras una pausa, se encogió de hombros y volvió a sentarse en la cama.

—De acuerdo —murmuró con voz desprovista de emoción—. Tengo el recurso de volver. No vine a detenerle... cosa que hubiese podido hacer. Sólo a mantener una conversación amistosa.

Asentí, pero continué muy próximo a él.

—Es usted un poco tortuoso, Pacific —masculló, en tono casual —. Y sigo pensando que no es usted un tipo decente. Por ejemplo: a la gente que usted conoce les ocurren algunas cosas. Y no precisamente buenas. ¿Sabe a qué me refiero?

—No.

—Mas ejemplo: hablemos de un individuo inofensivo que comparte con usted una sala en el hospital. Alguien lo manda al otro barrio. ¿No fue usted, Pacific?

«Claro que no», escribí moviendo enérgicamente la cabeza.

—Naturalmente, no sospechaba de usted. Aunque supongo que lo habría hecho, de haberle interesado. Los polis tenemos a veces ideas raras respecto a las personas —dio una fuerte chupada al cigarrillo que acababa de encender y me contempló con atención— ¿Por qué no se sienta?

Continué de pie, esperando la continuación. Faltaba algo más. Santini se hallaba sólo en los preliminares, y todavía no había llegado al tema central.

—Los polis son tipos de suerte. Trabajan en colaboración, lo cual les ayuda mucho. Un ladronzuelo, un delincuente, trabaja solo, sin. nadie más, aunque a veces logre el apoyo de otros criminales. A veces, un poli tarda bastante en sumar dos y dos, pero al final casi siempre suma cuatro —esperaba una respuesta que no llegó. Exhaló un profundo suspiro. Aunque su expresión fingía pesar, sus pupilas me acechaban fríamente—. Bien, hablemos ahora de esa bella damita que vivía en casa de la Hill, cuando usted trabajaba allí. ¿Sabía que la estrangularon, y que después de muerta, alguien la colgó de la ducha por el cuello?

—Perió... dicos —logré articular.

Asintió.

—Sí, hubo algo en los papeles —se echó el sombrero hacia atrás y se rascó el pelado cráneo—. Supongo que esa dama Martin no le gustaba a alguien. ¿Le gustaba a usted, Pacific?

—Sí.

—No había huellas dactilares en su habitación, por lo que no sabemos quién le retorció el pescuezo. Mas ocurrió algo gracioso. ¿Sabe qué? Descubrimos que esa Martin tenía un amigo, un chico muy rico llamado Wainwright. Vivió con él largo tiempo. Bueno, no me gusta ser injusto. Quizás estuviesen casados. No lo sabemos, ni lo sabe nadie. Pero ese Wainwright ha desaparecido desde hace varios meses. Hemos registrado el apartamento de Wainwright y ¿sabe qué hemos encontrado?

Sacudí la cabeza.

—Gran cantidad de huellas dactilares. De la Martin, del encargado de la lavandería, del chico de la tienda de comestibles, de la mujer de la limpieza... prácticamente, de todo el vecindario, y también las de un chico llamado Victor Pacific —Santini se inclinó hacia delante para escrutar mi rostro—. Tal vez usted también era amigo de Wainwright, ¿eh?

«No recuerdo haber conocido a Wainwright», escribí en el bloc.

—Bravo por usted —asintió Santini—. Siga así. El doctor Minor se deja engañar por su gran actuación, yo no —se puso de pie y fue hacia la puerta—. No se moleste en fingir ante mí, Pacific. Ni trate de escabullirse, porque siempre daré con usted.

Salió al pasillo y cerró la puerta.

Aguardé largo tiempo. Finalmente, llamé a conserjería.

—Botones —pedí.

Cuando llegó el muchacho, escribí en el bloc que fuese a la papelería y adquiriese una bolsa de plástico y un rollo de cinta adhesiva. Cuando volvió, cogí lo pedido y cerré la puerta.

Puse en la bolsa todos los billetes, excepto uno, de los hallados en la caja de seguridad, así como la llave, el revólver, los

documentos y papeles de Rosemary y los de Amar. La bolsa era impermeable, y la sellé cuidadosamente con la cinta adhesiva. Fuera de mi ventana había un par de ganchos mohosos separados entre sí por medio metro, clavados a la pared del edificio, a cada lado del marco de la ventana. Esos ganchos, en algún día ya olvidados por el Hotel Arena, los habían usado para sus cinturones de seguridad unos limpiacristales. Colgué la bolsa, atándola cuidadosamente, en uno de los ganchos, y cerré la ventana. Nadie podía divisarla, pues mi habitación estaba situada al fondo del edificio. Aunque Santini registrase la habitación en mi ausencia, no encontraría la bolsa colgada fuera.

El policía, en su conversación, me había revelado cierta fase de mi existencia pasada. No creía que él se hubiese dado todavía cuenta de la importancia de su descubrimiento, pero yo sí.

28

Cuando Burrows volvió a su mesa, Jensen levantó la mirada, expectante. Burrows sentóse, con expresión pensativa.

—¿Y bien...? —le apremió Jensen.

—Tenemos a Pacific en el registro general, pero sin archivo personal ni expediente.

—¡Así me aspen!

—Vamos a contárselo a Scott.

Pasaron desde la sala general al despacho privado del teniente, que estaba separado de la primera por un tabique de metal con ventanas. Scott estaba ocupado en el teléfono y les indicó unas sillas a los dos policías. Tras colgar el receptor, se volvió hacia ellos.

—Teniente —empezó Burrows—, sobre el homicidio de que le informé antes, hemos procedido a la identificación del cadáver. Se trata de Victor Pacific, residente en Nueva York, con dirección desconocida.

—No podía ser un pordiosero, con mil dólares encima —comentó Scott—. Mas, ¿por qué la dirección desconocida? ¿Tenía alguna ficha?

—La dirección desconocida es el producto de unas señas falsas que Pacific dio al ingresar en el Ejército. Evidentemente, vivía en otra ciudad o aquí con un nombre supuesto, pero lo que Jensen y yo

deseábamos decirle se refiere a su expediente —Burrows volvióse hacia su compañero—. Cuéntale al teniente Scott tu descubrimiento.

Jensen se aclaró la garganta.

—Conforme: Turner, a cargo del departamento de huellas dactilares, tardó bastante en darse cuenta, porque entró más tarde de servicio. Pero al oír el nombre de Pacific, le pareció familiar, y halló dicho nombre anotado en el archivador general, si bien faltaba la ficha. Por esto, la identificación tuvo que venir de Washington. Naturalmente, Turner encontró otra ficha entre los duplicados, aunque nadie pensó en ello la primera vez.

Scott pareció pensativo.

—Cuando Jensen me lo contó —intervino Burrows—, tuve un presentimiento y busqué en nuestro propio archivo general. Bueno, también tenemos el nombre de Pacific. Pero sin ficha ni expediente personal. Por esto, no lo encontramos tampoco aquí.

Scott procedió a encender un cigarrillo. Los detalles de cientos de rostros, de cientos de nombres, de docenas de miles de crímenes, habían pasado por su cerebro en veinticinco años. Pacific... Victor Pacific... Él debía conocerlo... ¿le resultaba familiar? ¿O se engañaba pensando que le era familiar? ¿De dónde lo conocía? No como asesino... no lo era. Un ladrón... no, no un ladrón. Pero había algo que recordaba... ¿o lo había ya olvidado? Si aquel nombre estaba en el Precinto Octavo, significaba que lo habían atrapado en relación con dicho Precinto. El teniente Scott sólo llevaba algo más de un mes al frente del Octavo; de modo que lo que fuese debió de ocurrir antes de su llegada. ¡Vaya asunto! Lo mejor sería dejarlo todo en manos de Burrows. Que se afanasen Burrows y Jensen, el policía de la Brigada de Homicidios.

—De acuerdo, siga con esto —repuso Scott—. Descubra, junto con Jensen, qué ha ocurrido. ¡Si logra averiguar algo por medio de nuestros archivos, enviaré personalmente al responsable del extravío o desaparición del expediente a Siberia!

29

El edificio de Wall Street era elevado y muy estrecho. El vestíbulo, con una tabaquería a un lado, se extendía por un costado de la construcción, como un pasillo de mármol, hasta los dos ascensores.

En el tablero de ocupantes localicé el despacho de Wainwright; estaba en el piso decimoprimero. Cuando descendió uno de los ascensores, entré y aguardé para ver qué pasaría.

—¡Señor Wainwright! —me saludó amablemente el ascensorista, un hombre ya de cierta edad—. ¡qué alegría volver a verle!

—Sss...í —mi garganta estaba extraordinariamente prieta y pronuncié aquel monosílabo con más dificultades que en otras ocasiones. Dentro del ascensor, mi voz sonó gutural y dura—. S...iiií —repetí.

El viejo no pareció fijarse en la cualidad de mi voz.

—Ha estado usted fuera bastante tiempo. ¿Un buen viaje, señor? —me preguntó.

—No. Enfermo —contesté.

En el piso decimotercero, hallé el despacho al fondo del edificio. No tenía la llave, pero sí mi palanqueta y no vacilé en utilizarla. Ya en el interior, no recordé haber visto jamás aquel despacho, mas en calidad de Howard Wainwright debí de haber pasado allí mucho tiempo. Miré a mi alrededor con gran curiosidad, y vi sólo dos

habitaciones: una recepción-secretaría, y un despacho muy amplio. El mueblario era excelente, dando la sensación de dinero y buen gusto... una estupenda combinación para un consejero en inversiones.

No tardé en descubrir que todos los libros y las carpetas se los habían llevado, así como los archivos de la correspondencia. Me senté en mi escritorio, intentando rememorar alguna sensación del pasado, algún recuerdo. Me pregunté si Horstman habría estado alguna vez en aquel despacho. Tal vez me hubiese visitado muchas veces y por esto recordaba yo su nombre. Esta idea se convirtió en una convicción, aunque no en un recuerdo, y empecé a pensar en la manera de ponerme en contacto con él.

En un lado de la estancia había una librería de caoba, y mis ojos recorrieron los títulos: ley comercial, finanzas y temas bancarios, libros de referencia de empresas... hasta que distinguí una serie de cuatro volúmenes, de igual encuadernación, titulada *La guerra de Rommel en el desierto,* por el general G. K. Henry.

Me puse de pie, fui a la librería y cogí los cuatro tomos. Al hojearlos, hallé una historia muy detallada de todas las campañas de Rommel, junto con mapas topográficos compilados con todo lujo de datos. El general Henry, según leí, era comandante de la Academia del Ejército de Tierra de Estados Unidos, y aquella serie era un reportaje oficial de las campañas de Rommel.

No había ningún secreto en aquellos tomos, puesto que estaban de venta al público, pero su presencia en el despacho sólo podía deberse a mi interés por el tema. Cierto que había servido en África, lo cual podía explicar el porqué poseía aquella obra.

Después de unos minutos durante los cuales estudié el despacho, salí de allí, dejando la puerta cerrada de golpe y sin llave. Cuando el ascensor llegó a la planta baja, el ascensorista me detuvo.

—Un momento, señor Wainwright. Acabo de recordar un encargo. Por aquí ha venido mucha gente preguntando por usted. Su secretaria me rogó que le entregase esto tan pronto le viese.

Con su mano espantosamente delgada cogió del espejo del ascensor, en cuyo reborde estaba encajado, un sobre blanco que me entregó.

—Gracias.

Le di un billete.

Ya en la calle, rasgué el sobre y extraje del mismo una cuartilla, donde habían escrito un mensaje:

Si le entregan esto, llámeme al momento, por favor. J.

Debajo había un número telefónico.

No conocía a J. ni recordaba quién era. El ascensorista dijo que era mi secretaria, y yo deseaba verla. Fui desde el extremo inferior de Manhattan a la calle Catorce, y me dirigí al despacho de Bozell. Estaba aún. Con paciencia, escribí la información que necesitaba y que quería me consiguiese por teléfono. Marcó el número.

—Hola —dijo Bozell—, ¿la secretaria del señor Wainwright? —hubo una pausa y añadió—: No, no, estoy completamente seguro de que se trata del número correcto. El señor Wainwright recibió su mensaje por medio del ascensorista de su edificio.

Mi antigua secretaria, al parecer, estaba algo inquieta por mi llamada.

Indicándole con el gesto a Bozell que apartara un poco el receptor del oído, acerqué el mío a fin de escuchar la conversación. Era una voz agradable, suave, con acento extranjero.

—Si el señor Wainwright está aquí, permita que hable con él —dijo aquella voz.

—Yo soy el abogado del señor Wainwright —replicó Bozell—, y él no puede hablar con usted. Sufrió un accidente y, por el momento, está imposibilitado para hablar.

—¿Cómo puedo saber que no se trata de una estratagema? —insistió la joven.

—¿Estratagema? —Bozell estaba amoscado—. Yo soy un abogado —repitió—. Mi nombre figura en la guía telefónica. Búsquelo y llámeme. De esta forma, sabrá que no es ninguna estratagema.

J. evidentemente desconfiaba, pero debió acceder a esta proposición, porque Bozell colgó el aparato.

Escribí velozmente en mi bloc varias directrices, que le entregué al abogado. Sonó el teléfono. Era J.; Bozell le dio mis instrucciones.

—El señor Wainwright se encontrará con usted a la hora y lugar que a usted mejor le acomode. Le aguardará en la calle, y usted pasará en taxi y de esta forma le verá. Luego, cuando esté convencida de que es él, podrá hablarle.

La joven aprobó la sugerencia y convino en encontrarse conmigo en la esquina de la calle Cincuenta y Siete y la Quinta Avenida, a las cinco de la tarde. Yo debía estar en la acera de Tiffany ([5]).

A la hora prevista hay un tráfico muy denso tanto en la calle Cincuenta y Siete como en la Quinta Avenida, y los taxis forman largas caravanas. Sería difícil parar o seguir a otro taxi, cosa que J. debió de comprender. En esto pensaba, en tanto aguardaba la entrevista, pero a las cinco y diez minutos, una mano me tocó en el brazo. Al dar media vuelta, contemplé el rostro de una joven delgada, casi con exceso, de ojos pardos y cabello plateado.

—Señor Wainwright —exclamó suavemente, dejando que las palabras silbasen casi por entre sus labios—, de modo que es usted en persona...

Asentí.

Ella miró ansiosamente a su alrededor.

—Debe hallarse en algún apuro, ¿verdad? —añadió—. ¿Le han seguido?

No lo sabía; Santini podía haber destacado a un hombre para ello, en cambio no creía que Amar hubiese vuelto a encontrar mi rastro. Sin embargo, nada se ganaba con estar de pie en aquella esquina, por lo que echamos a andar por la calle Cincuenta y Siete

hasta llegar a una amplia galería de antigüedades. Entramos y fingimos contemplar una vitrina llena de *objets d'art.*

Con el bloc le expliqué a la joven que había sufrido un accidente, padeciendo una completa pérdida de memoria, que no recordaba nada en absoluto, ni siquiera su nombre.

—¡Oh! —exclamó, mirándome intensamente. Luego, agregó—: Me llamo Juahara.

La apremié para que me contase todo lo que pudiera... sin molestarse en hilvanar los hechos, sino del modo que acudiesen a su cerebro. Obedeció prontamente.

Una mañana llegó al trabajo y yo no me presenté. Tras llamar a mi apartamento sin obtener respuesta, empezó a intrigarse. Como en el despacho apenas había nada que hacer, hasta la tarde no descubrió que los libros y las carpetas con otros documentos confidenciales habían desaparecido. Al principio quiso llamar a la policía, pero finalmente decidió que a mí no me gustaría tal cosa.

—¿Por qué? —quise saber.

Me miró largamente.

—Por su negocio —replicó—. La policía y el gobierno habrían descubierto demasiadas cosas.

—¿Cuáles?

—Toda la verdad. En mi país hay un proverbio: «El tuerto es el rey en la nación de los ciegos.»

Juahara continuó con su historia. Aquella noche, al salir de la oficina y volver a su apartamento de una sola habitación, dos hombres la esperaban: Amar y otro muy moreno llamado Ghazi.

—Me formularon muchas preguntas a las que no pude contestar —añadió, y me enseñó la mano derecha. Miré sus dedos cicatrizados ya, por donde se los habían aplastado y destrozado—. Me amenazaron con matarme si denunciaba su visita —agregó—, y comprendí que no amenazaban en balde. De modo que me apresuré a esconderme.

«¿Por qué se ha arriesgado en ponerse en contacto conmigo?»

—Porque —explicó sencillamente— necesitaba dinero. Quería irme de aquí. Muy lejos. Mi cabello y mi color de piel pueden cambiar, y quiero huir. Sí, huir. Pero tenía que esperarle a usted. Estaba segura de volver a verle, y de que usted me daría dinero.

Un empleado de la tienda estaba ya dando vueltas a nuestro alrededor, por lo que era difícil continuar conversando allí. Fuera, el tráfico había ya remitido ligeramente y pudimos hallar un taxi. Volví con Juahara al Arena. En mi habitación, continué indagando la historia de la joven árabe.

«¿Qué hacía en Estados Unidos?»

—Llegué aquí como estudiante. Al terminar mis estudios, no quise volver a mi país. Me gustaba vivir aquí. Y busqué empleo. Así entré a trabajar para usted.

¿Qué hacía en el despacho? ¿Cuáles eran sus obligaciones?»

—Particularmente, traducía y redactaba cartas... para Siria, Líbano, Iraq, Egipto y Arabia Saudita.

«¿De qué trataban las cartas?»

—Sobre provisiones... aceites, animales, vinos... —me explicó—. Cantidades de productos para La Meca, para Al-Suweika, el gran mercado de La Meca —prosiguió. Dejó arrastrar la última palabra...

«¿Qué había en ello de malo?»

—En esto, nada. La mercancía va en gabarras... siempre en *bum o baghala,* por el Mar Rojo. Muchas veces se pierde todo el cargamento por culpa de las lanchas cañoneras británicas —desvió la mirada—. Esas lanchas jamás hunden a las gabarras, pero la mercancía se pierde.

«Esto significa que se trataba de contrabando. ¿De qué? ¿De drogas?»

—Nada de drogas —negó Juahara—. Juro por Dios que no lo sé *exactamente.* No es asunto mío.

Medité profundamente. ¿Qué había enterrado en los arenosos desiertos? ¿Qué había enterrado tan valioso, tan precioso que valiese la pena pasarlo de contrabando? Oro no, porque allí no existe. ¿Petróleo? ¿Por qué pasarlo de contrabando? Sin embargo,

decidí preguntárselo a Juahara, la cual movió negativamente la cabeza.

—Petróleo no —dijo. Se puso de pie—. He de irme.

Deseaba detenerla aún. ¿Qué podía decirme de las provisiones... aceites, vinos y animales?

Juahara me miró intensamente.

—En este país hay muchos productos raros: frutas de vidrio, verduras de cera... ¿no podrían hacer de metal los animales? —cruzó desesperadamente las manos, casi en desafío y prosiguió—. Wainwright, *khawaja,* hay muchas cosas que no sé y no puedo decirle —contempló sus mutilados dedos y continuó con voz implorante—: Hace algún tiempo que me da miedo trabajar. Y tengo tan poco dinero... Tal vez usted, con su generosidad, podrá ayudarme a marcharme de aquí...

Contesté que le entregaría dinero, y le pregunté dónde tenía yo mi cuenta corriente. Nombró un banco cercano a la oficina de Wall Street. Le rogué que volviese a mi hotel al día siguiente, a mediodía, en busca de su dinero. No estaba seguro de poder cambiar un billete de diez mil dólares aquella misma tarde, ni quería agotar mi provisión de dinero suelto.

Consintió en volver.

En el banco no hubo problemas para cambiar el billete. Era el *National Security y Trust,* y a nombre de Howard Wainwright, mantenía la cuenta de mi oficina allí. Todavía arrojaba un modesto balance. Tras cobrar, deposité ocho mil dólares en la cuenta, me llevé mil en un solo billete, y el resto en otros de veinte y cincuenta. En el banco efectué varias pesquisas respecto a la posibilidad de que hubiese una caja de seguridad a nombre de Pacific, Wainwright y O'Hanstrom. No había ninguna con esos nombres.

Juahara volvió a las doce del día siguiente y le di quinientos dólares. No por generosidad, como creyó, sino porque estaba ansioso de alejarla de mi camino. Podía ser peligrosa en manos de Santini, si éste la encontraba; ya había arrostrado el peligro de que la vieran en mi hotel, porque no creía que Santini u otro detective la

reconocieran sólo de vista. De todos modos, era aconsejable que la joven desapareciese para siempre.

Después de aceptar el dinero, Juahara me dio las gracias y se dispuso a partir. Intenté manifestarle mi pesar por todo lo que había padecido a causa de su empleo, y le pregunté si podía contarme algo más.

Sus ojos negros, muy profundos, me contemplaron impasiblemente por debajo de su cabello oscuro. En sus pupilas detecté un destello fugaz de simpatía, mas se desvaneció al momento.

—Es extraño —musitó, moviendo pesarosamente la cabeza, como recordando cosas ya olvidadas— que algunos hombres lleven consigo la violencia como si fuese una capa. Es el aliento de su vida, es la música de su alma. Son indestructibles, salvo para ser destruidos por sus propias manos. Cuando usted desapareció, no creí que hubiese muerto, ni siquiera cuando Amar y Ghazi lo juraron. El motivo de no traicionarle fue, no que usted fuese mi amigo pues nunca lo fue, sino porque, al traicionarle a usted, habría firmado mi sentencia de muerte. De haberles dado alguna información a aquellos hombres, tan pronto como hubiese cerrado mis labios, me habrían matado. Mientras negase todo conocimiento, existía la probabilidad de que, con la gracia de Dios, seguiría viviendo.

«¿Qué información deseaban?»

—Dónde guardaba usted sus cuentas bancarias, si tenía en alguna parte una caja de seguridad.

«¿Nada más?»

—Nada más. Aunque preguntaron otras cosas respecto a una chica llamada Rosemary Martin. Y unas llaves, si tenía usted unas llaves escondidas en la oficina. Pero constantemente se interesaron por sus cuentas bancarias.

«¿Había llamado al despacho un tal coronel Horstman?»

Juahara estaba impaciente; tal vez la angustiaba el recuerdo de su tortura y desease escapar. Se ciñó el abrigo en torno a su

delgado cuerpo y fue hacia la puerta. Permaneció allí un instante, con la mano sobre el picaporte antes de abrir.

—No le vi jamás —aseguró finalmente—. A veces, llegaba una carta dirigida a usted, señor Wainwright. Al abrirla, encontraba otro sobre a nombre de Hans Horstman. Entonces, yo se lo entregaba a usted sin abrir, y usted se lo guardaba, diciendo que se lo entregaría en persona al coronel —respiró profundamente—. Tal vez ese hombre podría ayudarle.

«¿Había sabido noticias de Horstman? ¿Había llamado alguna vez por teléfono a la oficina?

—No lo sé. Si llamaba, no daba su nombre.

Giró el picaporte, con suavidad.

—Adiós, Wainwright, *khawaja* —despidióse cortésmente, usando la fórmula de respeto. Agregó—: Tal vez algún día acaben sus conflictos. Sin embargo, le diré algo: cuando uno no duerme de noche, como ocurre a menudo, se entera de muchas cosas. Por ejemplo: de pequeña, oí hablar de lo que sucede en el mercado de Al-Suweika de La Meca.

Inclinó ligeramente la cabeza y cerró la puerta tras sí.

Cuando Juahara se marchó, mi cuarto quedó muy silencioso. Las sucias paredes parecían escuchar. En el ambiente había una gran tensión, como la espera de otra voz... la voz del coronel Horstman. Mi cerebro se iluminó y en aquel momento me pareció oír su voz, recordando que me había hablado... pero aquella impresión no tardó en desvanecerse. Aquel instante pasó. Poco después, dejé la habitación y volví a Wall Street, al despacho de Howard Wainwright.

Registré cuidadosamente el despacho, buscando una pista... un rastro, una insinuación... algo que me condujese a Horstman. Había concluido casi por completo el registro sin éxito, cuando se abrió la puerta y apareció Santini.

—Si me dice qué busca —articuló—, le ayudaré a buscarlo.

Fui hacia la librería y cogí los cuatro volúmenes dedicados a las campañas de Rommel, dejándolos encima del escritorio. Santini cogió uno y lo hojeó descuidadamente, volviendo a dejarlo.

—Recordando los antiguos días, ¿eh, Pacific?

Me encogí de hombros.

Santini sentóse en una butaca de cuero y encendió un cigarrillo.

—Prometí volver a verle.

«Hay que tener buena memoria —escribí en mi bloc— para cumplir sus promesas.»

Era una frase de Nietzsche.

—Me preguntaba —replicó Santini en tono casual, después de leer la cita— cuánto tiempo tardaría usted en recordar que era Wainwright.

Era el propio Santini quien me había dado la pista de quién era yo. El día que me contó que el apartamento de Wainwright estaba lleno de huellas dactilares mías. La noche que yo irrumpí en el apartamento, y me peleé con Amar, yo llevaba guantes, que no me quité ni un segundo. Por tanto, no pude dejar allí ninguna huella, a menos de haber estado ya con anterioridad. Sin embargo, no juzgué necesario explicarle esto a Santini.

—Todavía ignoro cuál es su negocio —continuó el detective—. Por lo que he logrado indagar, no hay nada ilegal. Nada de drogas ni algo por el estilo —se quitó el cigarrillo de la boca y contempló fijamente la punta encendida—. Naturalmente, podría encontrar un fallo técnico, según la ley, en su forma de manejar este negocio bajo un nombre supuesto —volvió a colocar el cigarrillo entre sus labios y sacó de un bolsillo un sobre—. Aquí tengo todo lo concerniente a usted —añadió, pasando el pulgar por el borde del sobre—. Usted me interesa, Pacific-Wainwright, y me he ocupado mucho de usted. Perdiendo tiempo y dinero. Pero estoy casi seguro de que no conseguiría atraparle mediante un mero tecnicismo.

Contemplé atentamente a Santini. Detrás de su máscara de indiferencia, había una nueva amenaza, una nueva sensación de aplomo desconocida hasta entonces. No creí que estuviese buscando informes. Parecía aguardar algo, aunque yo ignoraba de qué se trataba. Devolvió mi mirada, con pupilas heladas y

desprovistas de toda expresión, no ya iracundas como yo recordaba haberle visto la primera vez que me visitó en el hospital.

—La suerte, Pacific —continuó—, es sólo una palabra. Un hombre, en su existencia, no tiene suerte, sino un conjunto de circunstancias. Comete los mismos errores que los demás, y a veces se aprovecha de toda la serie de errores cometidos por sus semejantes, a quienes tal vez ni llega a conocer. Acaso sea la hora y el lugar, teniendo a su lado el elemento de la incapacidad humana. Todo esto le ayuda por algún tiempo, y él cree tener suerte... mas esto no dura siempre.

Se irguió y cuidadosamente aplastó la colilla en un pesado cenicero de bronce de mi escritorio. Tocó los cuatro volúmenes sobre Rommel con indiferencia.

—Una agradable lectura —masculló, saliendo suavemente del despacho sin volver la vista atrás.

Con los libros bajo el brazo, dejé poco después el despacho y cogí un taxi hacia Broadway para visitar a Bozell.

Estaba en su despacho y le pregunté si conocía a alguien que tuviese contactos con África, con Arabia Saudita en particular.

Bozell conocía a un abogado que había llevado un caso legal para Maxwell Claussen, un antiguo corresponsal del *New York Daily Register.*

¿Podía Bozell, por medio de su amigo el abogado, llamar a Claussen y concertar una cita con él a mi nombre? Bozell respondió que lo intentaría.

Le di mi dirección del Hotel Arena y le entregué unos billetes.

—Le llamaré tan pronto sepa algo —me prometió Bozell.

30

—Bueno —murmuró Jensen, colgando el teléfono—, tengo noticias referentes al billete de mil. Forma parte de una serie del Banco de Reserva Federal de Nueva York.

—¿A dónde fue entregado?

—Cien mil dólares en billetes de mil al National Security y Trust Company, de esta ciudad.

—¿Cuándo?

—Hace unos meses.

—Evidentemente, no deben de realizar muchas operaciones con billetes de mil dólares —comentó Burrows.

—¿Quién las hace? El National Security y Trust asegura que dieron curso al billete, pero que, como ahora ya no tienen en sus manos esta serie, no pueden saber quién se lo llevó.

—¿Pacific?

—No tiene ninguna cuenta a nombre de Pacific, y no pueden identificarle.

—¿Lo entregaron como uno de la serie?

—El banco lo ignora, aunque existe la posibilidad de que así fuese. Los billetes de mil no flotan por el aire. Usualmente, forman parte de tres, cinco o diez mil dólares, utilizados para transacciones de importancia.

Burrows estaba pensativo. Sus ojos, enrojecidos por la falta de sueño, miraban hacia la ventana que daba a la calle Mercer. Estaba dándole vueltas en su cerebro a la última información suministrada por Jensen.

—Existe otra posibilidad —manifestó lentamente—, la de que se trate de un solo billete. Supongamos que Pacific deseaba salir de la ciudad y tenía poco dinero, sólo mil dólares, aproximadamente. No deseaba llevarlos en un fajo, de modo que los convirtió en un solo billete.

—Sí, puede ser, salvo por un detalle.

—¿Cuál?

—¿Por qué no se lo metió en un bolsillo o en una cartera, en lugar de llevarlo en el zapato? Un tipo que anduviera con un billete de mil metido en el zapato, lo destrozaría en un par de días.

—Sí, es cierto —accedió Burrows. Hizo una breve pausa y continuó—: Entonces, podemos imaginar que no intentaba llevarlo tanto tiempo en el zapato... sino sólo temporalmente, por unas horas. De modo que, ¿cuál fue el motivo de ocultarlo en el zapato?

—Iba a verse con alguien —explicó Jensen—. Estaba citado con alguien a quien temía; con alguien que podía darle un susto. Pacific deseaba el billete por razones de emergencia, mas no quería que lo encontrasen en su poder, y tal vez que se lo robasen.

—Esto suena bien. Pero seguimos sin saber si Pacific cobró el billete en persona en el National Security y Trust, o si lo obtuvo de otra persona.

—De todos modos, de una forma u otra, la diferencia no es mucha. Pacific tenía el billete.

Jensen meditó breves instantes y asintió, inclinando la cabeza.

—En eso tienes toda la razón.

31

Aquella tarde y por la noche me quedé en mi habitación del Hotel Arena leyendo los libros que el general Henry dedicaba a las campañas de Rommel. En las prolijas descripciones de aquellas batallas, que describían con todo detalle y tecnicismo los éxitos y fracasos de Rommel, no hallé nada que me ayudara. Mas a medida que los éxitos de Rommel iban languideciendo y el *Afrika Corps* iniciaba su retirada, seguí el informe con más interés. Estudié cuidadosamente los mapas, siguiendo con gran excitación las rutas de la derrota y el desastre.

Aquella noche, mucho más tarde, fumé otro de mis cigarrillos de marijuana, me tendí en la cama y me dormí.

Durante la madrugada, volví a padecer la familiar pesadilla. Volví a estar en la habitación oscura, con el cono de luz y los rostros medio desvanecidos en la negrura. Y la espera... la larga espera. Pero esta vez, las caras se iban aproximando a la luz y casi pude identificarlas, mientras ansiaba oír una voz. La voz, según sabía, que alejaría el velo del terror que me daría a conocer la verdad. La escena quedó suspendida en el tiempo, dando vueltas lentamente en el espacio... con unas vueltas regulares... retorcidas...

Al despertar, no conseguí volver a conciliar el sueño. Salté de la cama y acerqué una silla a la ventana. Contemplé la noche, aún sin insinuación de amanecer, y los edificios que estaban en fila como

centinelas en torno a un mundo en el que yo no podía entrar, y del que no podía tampoco huir.

Cuando las primeras luces del alba se filtraron por los intersticios y grietas que eran las calles, estrechadas por los elevados rascacielos, me tendí de nuevo en la cama y volví a sufrir un sueño sumamente inquieto. El teléfono me despertó mucho más tarde. Era Bozell. Me notificó que había hablado con Maxwell Claussen, concertando a mi nombre una cita con el corresponsal en el Club de Prensa Internacional.

—Le he explicado sus dificultades con el habla —añadió el abogado—. Se reunirá con usted en la puerta que conduce al bar, este mediodía.

El Club de Prensa Internacional está situado en un edificio reconstruido de la calle Treinta y Seis Este, y allí encontré a Claussen, un individuo nervioso y delgado, de cabello gris, a las doce en punto. Evidentemente, Bozell le había descrito mi aspecto porque Claussen vino hacia mí casi sin vacilación y se presentó, tan pronto como yo crucé el umbral. Fuimos hacia el bar y nos sentamos a un pequeño velador.

—Tengo entendido —comenzó, cuando hubimos pedido bebidas — que está usted interesado en Arabia Saudita.

Contesté que sí, y escribí una pregunta en el bloc.

—En la Arabia Saudita —repuso Claussen, después de leerla—, un quince por ciento de la población son esclavos. Esclavos en el verdadero sentido de la palabra, hombres y mujeres que pertenecen a sus amos en cuerpo y alma. Cada mes pasan de contrabando unos diez mil esclavos por el Mar Rojo, burlando la vigilancia inglesa. Los contrabandistas dejan a los esclavos en Arabia, cerca del desierto de Asudi. La ruta principal de esclavos, hacia La Meca, que es donde se halla el mejor mercado de esa mercancía, es a través del Yemen.

Volví a escribir y replicó:

—Los ingleses no pueden impedir ese tráfico porque si sus lanchas cañonean a las gabarras, los esclavos son arrojados por la borda con grilletes y todo, y son ahogados.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Por qué? —Claussen no había captado mi interrogación—. ¿Por qué... qué?

Traté de explicarle el significado de mi pregunta.

«¿Por qué esclavos ahora?»

—Oh... Ya le entiendo. Bien, Arabia Saudita en particular, y otros cuantos Estados árabes de menor importancia, han ganado muchos millones con el petróleo. Esos países están subdesarrollados y necesitan esclavos para sus edificios nuevos, y también para las plantaciones de café y azúcar. Necesitan esclavos de ambos sexos. El mayor mercado de esclavos está en La Meca y se llama Al-Suweika. Y el principal mercado de esclavas está en Jidda.

Mi pregunta siguiente era más difícil, por lo que la escribí.

—Ciertamente —afirmó Claussen—, todo esto es muy conocido. También a escala internacional. Se presentó un informe sobre esta situación a las Naciones Unidas, pero lo archivaron, porque no podían hacer nada debido a la situación internacional del petróleo. De modo que no se emprendió ninguna acción oficial.

—Gracias —contesté.

Apuramos las bebidas y nos separamos.

Decidí trasladarme al apartamento de Wainwright. La habitación del Hotel Arena me resultaba poco adecuada y deprimente. Poseía ya dinero en abundancia, y no había ninguna razón, excepto por Amar, de continuar escondido. Santini me había localizado, y sabía que, con el tiempo, Amar también me encontraría.

Toda la ropa de Wainwright estaba en el apartamento, o al menos la mayor parte... suficiente, claro está, para mis necesidades. Descolgué la bolsa de plástico con el dinero y los certificados de los pagarés, y procedí a hacer el equipaje con la bolsa y mis escasas posesiones. Tras salir del hotel, alquilé un taxi en dirección a la Tercera Avenida, donde me apeé y entré en la *Midtown Moving and Storage Company.* Dejé la maleta en consigna, bajo el nombre de P. Victor, y pagué un año por anticipado. Podía recoger la maleta cuando quisiese, y me resultaba mucho más fácil esconder el

resguardo que el dinero y los pagarés. El taxi seguía aguardándome, y desde la consigna continué directamente al apartamento de Wainwright.

Durante dos días viví allí sosegadamente, sin dejar el apartamento más que para comer. Pasé el tiempo aguardando... aguardando a Amar.

No había ningún motivo para huir. Aunque tenía una fortuna en pagarés a nombre de Wainwright, no podía cobrarlos en otra ciudad ni en otro país, sin una excelente identificación. Estaban extendidos a nombre de Wainwright, y solamente en Nueva York podía demostrar mi identidad.

Creía, no obstante, que Horstman me ayudaría. Era evidente que sólo podía ponerme en contacto con él a través de Amar. Si había juzgado mal a Horstman, podría eliminarle, así como a Amar, más adelante, pero al menos, después de hablar con él, estaría mejor informado de la situación.

Mi posición era desesperada, aunque no me faltasen buenas esperanzas, a lo que podía determinar. Creía comprender ya casi toda la historia. Indudablemente, yo había actuado como banquero e inversor del sindicato oriental representado por la *Tajir Transportation Company.* Los beneficios de esta compañía, o por lo menos parte de los mismos, pasaban a Estados Unidos de contrabando para una nueva inversión, como protección contra los cambios políticos de Oriente. Tajir, según las insinuaciones de Juahara, se dedicaba al tráfico de esclavos. Mas, ¿en qué se basaba el capital inicial de la compañía?

Creía saberlo. En las arenas del desierto, Rommel, en su retirada, escondió armas, municiones, camiones y el resto de su arsenal. Ésta era la base del mercado de esclavos. Todos los pueblos musulmanes del norte de África necesitaban armas para sus revueltas e insurrecciones, y vendían gustosos los esclavos a cambio de aquéllas. Las armas no les costaban nada a los traficantes, y los esclavos podían venderse con grandes beneficios. Alguien, en alguna época bien relacionado con Rommel, sabía dónde estaban

escondidas las armas. Ese hombre había organizado un negocio muy lucrativo y a gran escala, fundado en este conocimiento. Tenía a muchos secuaces en lugares estratégicos, en todo el mundo; yo era uno de ellos. Indudablemente, Horstman era otro.

Parte de los fondos habían pasado por mis manos, y yo los había escamoteado. No me sentía culpable por ello. El contrabando de armas y esclavos no son ocupaciones respetables; mis superiores eran asesinos, esclavistas y ladrones. Yo también era un ladrón que robaba a otros ladrones. Sólo lamentaba no haber sido más listo.

Había necesitado el concurso de Rosemary Martin para establecer cuentas falsas; ella había accedido, aceptando una comisión. Mi muerte, más que el intento de asesinato, había sido llevada a cabo para asustarla, o para incitarla, a quedarse con todo el dinero, a fin de poder más adelante arrebatárselo. Rosemary Martin no había logrado cobrar los pagarés, por lo que no había insistido. Amar y el sindicato aguardaron una ocasión propicia, pero la espera fue demasiado larga. Cuando llegó el momento, yo recuperé la salud y Rosemary Martin me devolvió la llave.

Sólo muy lentamente conseguí esbozar esta teoría de lo sucedido, en la soledad de mi apartamento, durante un período de varios días. Me parecía que el sindicato y yo estábamos en tablas. Yo tenía dinero, aunque podía ser asesinado antes de tener ocasión de cobrarlo. En tanto pudiese recuperarlo, no existía ningún motivo para que el sindicato y yo no llegásemos a un compromiso.

Amar apareció la tercera noche. Le esperaba y cuando llamó al timbre, abrí. Permaneció con la mano metida en el bolsillo, empuñando un revólver, y me preguntó cortésmente si podía pasar.

Me hice a un lado y entró, vigilante y alerta. Ya en el saloncito, fue hacia el extremo más alejado y se instaló en una butaca.

—Me esperaba, claro —dijo sin preguntar. —Sí.

—De lo contrario, no habría vuelto a vivir aquí —me contempló con inquietud—. Está usted muy seguro de sí mismo.

Me encogí de hombros y encendí un cigarrillo, esperando que Amar me diese el mensaje de sus superiores. Finalmente, se retrepó

en el asiento, aunque siempre con la mano en el bolsillo.

—Usted nos ha causado muchas preocupaciones. *El Saiyid* efectuó un viaje especialmente para verle en persona —sus pupilas estaban al acecho como dos puntitos de luz muy peligrosos. Añadió —: Honor no concedido a menudo.

El Saiyid, en árabe es el principal jeque de la tribu. No creía que Amar hubiese querido darle aquel título literalmente, sino más bien el de *jefe* o *amo,* por el que también puede traducirse. Callé, dejando que Amar prosiguiese.

—Ha concertado una entrevista para mañana por la noche. A las once en su despacho.

—¿Dónde?

Amar me contempló con impaciencia.

—En *Tajir* —replicó.

—¡No! Aquí.

Movió la cabeza.

—Las órdenes son muy explícitas. A las once en la compañía *Tajir.*

No tenía la menor intención de ver a *El Saiyid,* a Amar ni a los miembros del sindicato en su oficina ni en la zona portuaria. Deseaba, sí, mantener aquella entrevista, pero en mi apartamento.

—¡No! —repetí llanamente—. Aquí.

Amar sonrió. No fue una sonrisa agradable, aunque había en la misma cierta satisfacción.

—Ya anticipamos —explicó— que usted no aprobaría la elección del lugar. Por tanto, dispusimos algo para inducirle a usted a aceptar. La señorita Bianca Hill le esperará. Y supongo que por entonces sentirá un gran alivio al verle aparecer. ¿No es así?

—¿Bi...anca?

—Sí. La retendremos hasta mañana por la noche. Si usted se presenta como se le pide, a ella no le ocurrirá nada —dejó la butaca y fue hacia la puerta—. En caso de que usted dude de la generosidad de *El Saiyid,* la señorita Hill estará delante de la oficina. Cuando usted aparezca, la soltaremos.

Cruzó el umbral y desapareció.

Inmediatamente, fui al teléfono y marqué el número de Bianca. El teléfono llamó largo tiempo. Nadie contestó.

Estuve seguro de que Amar no había mentido respecto a la joven. Pero exponerme a un desastre por su causa era una locura. Sabía que el asunto se presentaba muy negro, mas existía una posibilidad en favor de Bianca: que después de interrogarla la soltasen, debido a su falta de información. Decidí que no permitiría que se me obligase a aceptar ninguna condición; mi única preocupación consistía en atraer a *El Saiyid* a mi apartamento y, en mi propio terreno, estar a salvo. De esta manera, podría negociar con ellos.

Me acosté, aunque no pude dormirme inmediatamente. En mi cerebro se agitaban toda clase de planes, que examiné atentamente. Pero en los mismos se interponía la imagen de Bianca, perturbándome. Aquellos recuerdos eran innecesarios y sentimentales. No podía tener ningún peso sobre la decisión de mis actos. Sólo había dos puntos a considerar: mi propia seguridad, cosa que creía poder resolver; y retener la mayor cantidad de dinero posible en el trato. Lo demás no tenía la menor importancia.

En mi memoria se amontonaban recuerdos de la joven que traté de olvidar, mas se negaban a alejarse. Bianca se hallaba en un peligro que no había escogido, pagando por una lealtad que estaba dentro de su carácter.

Me cubrí la cabeza con la ropa de la cama, dispuesto a dormir.

Sin embargo, el sueño tardó mucho en acudir en mi alivio.

32

Santini sostenía la fotografía en su mano.

—Si queréis— les dijo a Burrows y Jensen—, yo poseo algunos informes sobre este tipo.

Santini, que trabajaba en el turno de las cuatro de la tarde a medianoche, había entrado a trabajar, viendo la foto en el tablero.

—Seguro —asintió Burrows—. Cuando pusimos la foto aguardábamos informes de Washington. Ya los tenemos: se trata de Victor Pacific.

Santini meneó la cabeza.

—¡Ese individuo no es Victor Pacific!

—¿Quién es, pues? —quiso saber Jensen—. El informe de Washington afirma que sí lo es.

—Yo aseguro positivamente que este fiambre no es Victor Pacific.

Burrows cogió la foto de manos de Santini y la estudió cuidadosamente. Jensen acercó su silla a la mesa, encendió un cigarrillo y colocó los codos en una postura cómoda.

—Supongamos que nos cuentas todo lo que sabes —le dijo Burrows a Santini.

—No sé quién es realmente Victor Pacific, pero era alguien. Y ese individuo es otra persona —señaló la foto—. Creo saber quién es y qué era. No tardaré mucho en comunicároslo todo. Era un

canalla, ésta es la verdad. Por lo que he averiguado, jamás hizo nada decente en toda su vida. Tenía el corazón... y la moralidad de un cocodrilo.

—Vaya, un buen chico —comentó Jensen.

Burrows miraba a Santini pensativamente.

—Es gracioso. Desde el principio opiné lo mismo— se volvió a Jensen en demanda de confirmación—. ¿No es verdad?

—Sí —convino el interrogado agriamente.

—Tuve la sensación de que había algo torcido. Bueno, no se tratará de dos Victor Pacific, ¿eh? —Burrows volvióse hacia Santini —. Con ese nombre, no habría ni una probabilidad entre dos billones de que se tratase de dos personas distintas.

—No, nada de eso —negó Santini—. Sólo hubo un tipo llamado Victor Pacific en este caso. Aunque, en algunos momentos, consideré la posibilidad de que fuesen dos.

Jensen apartó deliberadamente los codos de la mesa y cogió la foto del cadáver. Hizo un último intento de encarar el asunto con la debida perspectiva pero abandonó.

—Bien, tal vez ahora nos dirás lo que sabes —gruñó, en dirección a Santini—. Pero sigo creyendo que ese fiambre es Victor Pacific.

—De acuerdo —accedió Santini—, ahora sabréis toda la verdad.

33

Llegué cerca de la calle Markham a las once menos cuarto, y anduve el último bloque de casas hacia allí, aproximándome lentamente al lugar de la cita. Dentro del zapato llevaba escondido el billete de mil dólares, por si se presentaba una emergencia.

La oficina de la *Tajir Transportation Company* estaba situada en un edificio achaparrado, de ladrillos rojos, muy sucios. Tenía tres pisos, y se hallaba en el lado este de la calle, frente al muelle. El zumbido de los neumáticos de los coches que corrían por la *West Side Highway* era como un colmenar de abejas iracundas en la noche. En el muelle, las calles estaban pavimentadas con bloques de piedra, y algunos camiones circulaban pesadamente bajo la penumbra del pobre alumbrado.

Durante varios minutos estuve oculto tras un poste de la calle, fundido con las sombras, vigilando el coche estacionado delante de la *Tajir.* A lo lejos, un reloj dejó oír las once, y me aparté de aquel amparo provisional, yendo cautelosamente hacia el auto. Al acercarme, Amar abandonó el umbral del edificio y se quedó junto al vehículo. Vio cómo me aproximaba, con el rostro tapado por el ala del sombrero.

—Llega puntual —comentó.

—¿Bian...ca? —pregunté penosamente.

No contestó. Movió la mano hacia el automóvil y al abrir la portezuela, saltaron al suelo dos hombres. Entre ambos guiaban a una mujer con los ojos vendados.

—¿Bian...ca? —repetí.

—¡Vic! —exclamó ella—. ¡Oh, Vic, Vic! —le toqué un brazo—. ¿Puedo quitarme ya la venda? —quiso saber.

—¡No! —repliqué, cogiéndola del brazo y llevándola apresuradamente calle abajo.

Si se quitaba la venda, si podía identificar el edificio, o a aquellos individuos, su vida correría mucho peligro. Amar y sus dos secuaces nos siguieron en silencio.

—Vic —inquirió la joven, mientras iba tropezando en su oscuridad —, ¿está usted bien?

—Sí.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Está en algún apuro?

—No.

Suspiró aliviada, medio riendo, medio llorando.

—¡Oh, estoy tan... tan contenta! Nunca había estado tan asustada. Y estaba angustiada por usted.

—Bian...ca —susurré para tranquilizarla, al doblar la esquina.

El taxi esperaba donde yo lo había dejado. Abrí la portezuela y ayudé a Bianca Hill a subir, quitándole el vendaje de los ojos. Los tres árabes estaban más allá, débiles siluetas en la noche.

—A casa —le ordené a Bianca.

Asintió. En la oscuridad del taxi, vi sus ojos ensancharse por el temor.

—¿Irá usted más tarde?

—Sí —le aseguré.

Se inclinó hacia mí y me besó. Luego, cerré la portezuela del taxi y éste se puso en marcha.

Amar se estremeció. Me aparté rápidamente a un lado, con los dos hombres detrás de mí. Retrocedimos hacia el edificio de la compañía Tajir. El ritmo de nuestros pasos se fundía, llegando a formar un solo ruido en la desierta calle. Unos puntos de luz

indefinidos en la noche... unos puntos aureolados de amarillo en el tigre que era la noche... se reunían en charcos poco profundos en las aceras, y colgaban suspendidos del aire.

—No lo entiendo —murmuró Amar, al cabo de unos instantes de silencio—. Hay muchas cosas en esta vida que no acierto a comprender. ¿Esa joven vale para usted cinco millones de dólares?

Continuamos andando, y sus palabras sólo llegaron a medias a mi oído. Yo me hallaba resignado, con una paz interior desconocida para mí. En el mundo del que yo procedía, debía de haber muy pocas cosas que no se obtuvieran con dinero... incluyendo a las mujeres, la seguridad y el poder. Y todas esas cosas, muy apetecibles en sí mismas, las había trocado por la salvación de una mujer a la que no amaba. Comprendía confusamente que Bianca Hill representaba un mundo extraño a mi carácter. Me había conmovido profundamente con su cariño, con su amor, ofreciéndome la oportunidad de formar parte de un mundo que jamás supe que existiese. Había aceptado sus favores, me había aprovechado de ellos, utilizándolos sin placer porque ignoraba su valor. Su amor, su compasión, me habían permitido por primera vez asomarme a otro mundo, un mundo que ella veía y en el que creía. Era un mundo de hombres y mujeres, y no de fantasmas; un mundo de sueños profundos y agradables, no de pesadillas; donde las palabras tenían pleno significado, y donde un hombre no ha de vivir solo en los desolados espacios de su espíritu.

A mi lado, Amar volvió a hablar. No le miré aunque comprendí que movía la cabeza en señal de admiración.

—¡Cinco millones de dólares! —exclamó.

Fue entonces cuando toda la plena implicación de sus palabras pareció explotar sobre mí, hundiéndome en un temor indescifrable. Yo poseía cinco millones de dólares a nombre de Wainwright. En algún sitio, no sabía dónde, yo tenía cuatro millones de dólares más... el dinero de la Tajir convertido primero a nombre de Wainwright y reconvertido después a nombre de Pacific. Lo había

escondido cuidadosamente... ¡demasiado cuidadosamente! gracias a varios nombres, palabras y lugares.

Penetramos en el edificio. Estaba muy oscuro y la humedad del muelle nos envolvió como una mortaja de sudor frío en torno a la escalera de metal cuando subimos al segundo piso.

El cabello empezó a erizarse en mi cabeza, y una sequedad irresistible pegaba mi lengua al paladar, resecando mis labios, mi boca, mi garganta, imposibilitando que tragase saliva. Porque sabía que era demasiado tarde. No podía hacer un trato sólo por el dinero de Wainwright. Era un asunto grande, excesivamente grande. Lo suficiente grande para obligar a un individuo de la máxima categoría a trasladarse desde África a América. Cinco millones de dólares extraviados. Yo poseía ya un millón, pero, ¿y los otros cuatro?

Sólo existía una probabilidad... una sola. ¡Horstman! Si Horstman asistía a la entrevista, aún me quedaba una esperanza. Había muchas cosas entre los dos. Lo sabía. Siempre lo había sabido. ¡Horstman era amigo mío! ¡Un hombre en quien podía confiar! Si estaba allí, Horstman lograría convencer a los reunidos de que yo *no recordaba* dónde estaba escondido el dinero. ¡Si me ejecutaban, ya jamás podría recordarlo! ¡Devolvería sin discusión todo lo perteneciente a Wainwright!

¡Pero Horstman tenía que estar allí... tenía que estar allí!

La puerta. Es extraño que en un momento como éste, mis ojos se tomen la molestia de ver con tanta claridad... la granulación de la madera, el polvo de la placa... ¿Qué importa todo, salvo que se trate de un segundo, o dos, de vida? Amar abre la puerta cortésmente, con demasiada cortesía, y cuando cruzo el umbral, abandono la tierra de los vivos.

No es ya un sueño, sino la pesadilla de la que ya jamás volveré a despertar. Hay sombras en la estancia, y entre ellas una mesa. Encima, la bombilla. Pende de un cable y arroja un cono de luz desvalida contra las tinieblas. La oscuridad se espesa, para materializar, para destacar en negro sobre negro, las formas del consejo.

Allí está, grande, tan negro como Satanás, con sus ojos de porcelana blanca, Ghazi. En su mano, una cimitarra corta. Llamea, pero aún no ha llegado el momento.

Primero, el anuncio. Un paso al frente, *El Saiyid.* Había olvidado que era tan alto y viejo. Su rostro está surcado por los abismos de amargos años, y todo su poder no logra alejar el polvo del tiempo de sus hundidas mejillas. ¿Dónde están ahora los miles de miles de vidas que ha robado, destruido y asesinado? *El Saiyid* ha vendido el espíritu de los hombres por unas libras, retorciendo la dignidad humana en unas formas sin nombre.

Inclínate, *El Saiyid.* No se pierde tu inclinación burlona. Al fin, puedes hablar. Hablas en alemán, y ahora recuerdo que es ésta nuestra lengua nativa. Éramos hermanos de sangre, tú y yo, y yo daré mi sangre por la tuya. Durante largo tiempo manará de nuestros labios.

¡El Saiyid!

Desciende el cuchillo de mi manga, salta a mi mano, y vuela por el aire.

Éste es el *segundo más largo* de mi existencia.

34

—La primera vez que le vi —explicó Santini—, estaba en el hospital con la garganta cortada; de esto hace un año. Se restableció. Y ahora está en el depósito de cadáveres con la garganta cortada de nuevo, pero esta vez ya no se restablecerá.

—¿Tienes ya todos los datos? —inquirió Burrows.

—Sí. Lo que más me costó fue obtener la información militar desde Berlín. El Pentágono la recibió antes de que yo pudiese conseguirla. De este modo fue peor; seguramente, sólo habría logrado deportarle. Bien, se pasó de listo, esto es todo.

—Llevas en esto mucho tiempo —observó Burrows—. ¿Qué fue lo que no te gustó en él?

—Bueno, empecé a preguntarme por qué ese Victor Pacific se había esfumado, tan por completo, después de la guerra. Hubiese podido obtener una pensión por su invalidez, de haberla necesitado; poseía seguros, bonos y otras ventajas de las que en todos esos años no se aprovechó.

—No lo necesitaba —asintió Jensen.

—Exacto, pero un individuo no puede vivir quince años sin dejar algún rastro. Por tanto, Pacific debía de tener uno entre dos motivos.

—O estaba en aprietos o no era Pacific —asintió Burrows.

—Eso me imaginé —replicó Santini—. No había expediente ni ficha de Pacific en ninguna parte, por lo que decidí que había

sucedido algo. Las huellas dactilares, de su estancia en el Ejército, me confundieron. Mas cuando reflexioné en ello, decidí que si habían herido a Pacific, también podían haberle matado. De modo que ese otro individuo se presentó con la identificación y los documentos de Pacific; fue a un hospital y luego lo reembarcaron a Estados Unidos.

—Seguro —concedió Jensen—, pero en el hospital debieron tomarle de nuevo las huellas, siendo enviadas a Washington.

—En aquella época —rectificó Santini—, con tres millones de fichas dactilares en el Ejército, cuando le tomaron las huellas de identificación a Pacific en campaña, y las enviaron luego a Washington para su archivo, quedaron junto a las otras. Sí, fueron archivadas, pero no llegaron a comprobarlas con las anteriores.

Santini fue a su mesa y cogió una gruesa carpeta.

—Saqué del archivo todo esto y comencé a ocuparme de ello siempre que tenía una ocasión. Tardé bastante en intuir lo sucedido.

—¿Qué dijo el Ejército? —quiso saber Burrows.

—Comprobaron las huellas a petición mía y admitieron inmediatamente que se habían equivocado. Matemáticamente hablando, se equivocan de vez en cuando, pues el elemento humano es muy poderoso y siempre cuenta. Se valieron de la nueva serie de huellas dactilares en lugar de la primitiva porque pensaron que eran iguales. Luego —añadió Santini—, al ver que no lo eran, el Ejército buscó en los archivos alemanes y descubrió la verdad.

—¿Quién era ese individuo? —preguntó Burrows.

—Utilizaba tres nombres. Pacific y Wainwright, para empezar. Pero había sido teniente coronel de Rommel —agregó Santini—. Su verdadero nombre era Hans Horstman.